Yo nena, yo princesa

Luana, la niña que eligió su propio nombre

Gabriela Mansilla

EDICIONES UNGS



Universidad Nacional de General Sarmiento

Yo nena, yo princesa

Gabriela Mansilla

Yo nena, yo princesa

Luana, la niña que eligió su propio nombre

* *

Presentación: Gabriela Diker y Pablo Bonaldi
Presentación: César Cigliutti
Prólogo: Valeria Pavan
Epílogo: Alfredo Grande



Universidad Nacional de General Sarmiento

Mansilla, Gabriela

Yo nena, yo princesa : Luana, la niña que eligió su propio nombre / Gabriela Mansilla ; prólogo de Valeria Pavan ; Alfredo Grande. - 1a. ed . - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-630-401-6

1. Identidad de Género. 2. Biografía. I. Pavan, Valeria , prolog. II. Grande, Alfredo, prolog. III. Título.
CDD 305

Este libro ha sido declarado:

De Interés Cultural por el Honorable Senado de la Nación.

De Interés Municipal, Social y Cultural por el Honorable Concejo Deliberante de Merlo.

De Interés Social y Cultural por el Honorable Concejo Deliberante de Hurlingham.
De Interés Legislativo Municipal por el Honorable Concejo Deliberante del Partido de Tigre.

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico: Ediciones UNGS

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Índice

PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL POR LA UNGS

Cuando nos comentaron sobre el libro que estaba escribiendo Gabriela Mansilla, nos pareció una idea interesante. Cuando terminamos de leer el manuscrito, tuvimos la certeza de que ese texto debía convertirse en un libro y que sería muy importante publicarlo a través del sello editorial de la universidad.

Porque es un testimonio extraordinario de una lucha por el reconocimiento de la diferencia y el derecho a la identidad, que logró, entre otras cosas, que por primera vez en el mundo un Estado reconociera la identidad de género asumida por una niña pequeña. Porque esa lucha corrió los límites de los saberes y las prácticas profesionales, y también de las políticas que se despliegan sobre la infancia. Porque el relato muestra los efectos indisociablemente subjetivos y políticos de toda lucha identitaria. Y, por encima de todo, porque esas luchas se siguen librando aquí y ahora.

La Universidad Nacional de General Sarmiento es una institución comprometida, desde su creación en el año 1993, con la defensa y la promoción de aquellas políticas que procuran la ampliación de derechos. Publicar este libro a través de nuestro sello editorial es una forma más de expresar ese firme compromiso en la medida en que nos permite intervenir en el debate público sobre el derecho a la identidad en general y a la identidad de género en particular, así como también actuar como caja de resonancia de los nuevos problemas, los nuevos temas y las múltiples voces que atraviesan ese debate.

La voz que se escucha aquí es la de una madre que, a su vez, supo escuchar a su hija. Luana y su mamá toman la palabra en este libro. Dialogan en un lenguaje muy franco y directo, con palabras y gestos cargados de afecti-

vidad. Pero, a la vez, esos relatos en primera persona nos interpelan de un modo ineludible. Nos hablan del sufrimiento que a veces producen las certezas construidas en ciertos campos de conocimiento cuando estas se traducen en intervenciones profesionales, normatividades institucionales y regulaciones políticas. Aunque también nos traen la voz de los profesionales, funcionarios y docentes que, en el curso de esta historia, han estado dispuestos a conmover sus saberes y a ensayar otras prácticas.

A pesar de su distancia con los géneros académicos (o quizás gracias a esa distancia), este libro puede ser también leído como un libro que abre un nuevo campo de problemas para la investigación académica y para la formación de profesionales. Una universidad como la nuestra, comprometida con la producción de un conocimiento crítico sobre el Estado y sus políticas de inclusión, sobre el sistema educativo, sobre las diferencias y las desigualdades en la construcción de identidades, sobre las políticas del cuidado, puede y debe recoger ese guante; debe asumir el desafío de profundizar el diálogo y multiplicar las voces que resuenan en la discusión pública. Porque si algo nos enseña este libro es que hicieron falta muchas voces para que pudiera escucharse: “Yo nena, yo princesa”.

Queremos agradecer de manera muy especial a la autora del libro, Gabriela Mansilla, quien confió en nosotros para la edición de un texto tan íntimo y personal como el que estamos publicando. A Valeria Pavan, quien supo construir con una enorme sensibilidad el puente entre la UNGS y la autora. Tanto Valeria Pavan como Alfredo Grande contribuyeron a darle un marco político e interpretativo a esta historia a través del prólogo y el epílogo, respectivamente. Finalmente, un agradecimiento muy particular a Luana, quien nos permitió compartir sus sueños y fantasías al cedernos sus preciosos dibujos para embellecer esta edición.

Gabriela Diker
Secretaria Académica
de la Universidad Nacional de General Sarmiento
Pablo Bonaldi
Secretario de Investigación
de la Universidad Nacional de General Sarmiento

PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL POR LA CHA

El origen de esta historia individual tiene una fecha precisa y una lucha colectiva: el 17de abril de 2006 se firma la Carta Acuerdo entre el Hospital Durand y la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) para la creación de un equipo interdisciplinario de profesionales con el propósito de atender los casos de la comunidad gay, lésbica, travesti, transexual y bisexual. Ese acuerdo incluye al Departamento de Urología del Hospital Durand y a las y los profesionales del Área de Salud y del Área Jurídica de la CHA para facilitar el acceso a la salud de las personas sin discriminación por orientación sexual e identidad de género.

Es el primer antecedente en la Argentina y en Latinoamérica de un trabajo de salud pública focalizado en las personas travestis y transexuales. Tarea nada sencilla pues el ámbito médico en nuestro país tiene una historia de desconfianza y recelo para admitir modificaciones en ciertas convenciones en relación con la identidad de género. A la vez, la CHA encara otro trabajo en un dominio todavía más reactivo: la justicia. El 19 de septiembre de 2008, nuestra institución logra el primer fallo en el país y en Latinoamérica en el que el Poder Judicial –el juez de Mar del Plata, Pedro Hooft– autoriza a cambiar su DNI a Tania Luna, reconociendo su identidad de mujer sin realizarse previamente una intervención de adecuación sexual, algo que hasta ese día era un requisito imprescindible. El 2 de diciembre del 2010, Tania Luna recibe su DNI que reconoce su género y se convierte en el primer antecedente en la Argentina y en la primera celebración.

El 10 de noviembre de 2010, el Frente Nacional por la Ley de Identidad de Género (integrado por la CHA, la Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual, la Cooperativa Nadia Echazú, el Movimiento Anti-

discriminatorio de Liberación, Futuro Transgenérico e independientes), presenta en el Congreso de la Nación el proyecto de Ley de Identidad de Género N° 8126. El 9 de mayo del 2012, la Cámara de Senadores de la Nación aprueba la Ley de Identidad de Género (obtuvo 55 votos a favor), cuyo texto base es ese proyecto, y quince días después la Ley de Identidad de Género (Nº 26.743) es promulgada y publicada en el Boletín Oficial a través del Decreto 773/12 con las firmas de la presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, el jefe de Gabinete, Juan Manuel Abal Medina, y el ministro del Interior, Florencio Randazzo.

No obstante, y para hacer justicia a esta historia colectiva, quiero contar que antes de la redacción del proyecto aprobado, una llamada telefónica nos dio una perspectiva totalmente novedosa para nosotros. Era Gabriela, la madre de Lulú, una niña transexual de 4 años, y pedía ayuda para aprender a encarar lo que ella sentía como una realidad en la que no hubiera espacio ni para el prejuicio ni para el autoritarismo o la crueldad.

Tomamos todos los recaudos para proteger a Lulú y a su madre. Por eso, no hicimos público el tema, sino años después, cuando ya contábamos con el marco jurídico para defender el derecho de la niña.

La voz de Gabriela surge clara, honesta y contundente. Ella tuvo que vencer los propios prejuicios y las creencias que intentan vincular casi indisolublemente en una persona el sexo biológico con la identidad de género. No es lo que les pasa a las personas transexuales. Por primera vez, en nuestra historia, al menos, una madre escucha a su hija que le afirma que es una nena y que se llama Lulú.

Gabriela tuvo todo el apoyo de la CHA y de Atico Cooperativa de Trabajo en Salud Mental, y el afecto de cada uno/a de los activistas. Así comenzamos una relación que continúa con todo nuestro reconocimiento y con todo nuestro afecto.

No es motivo de este prólogo actuar como ventrílocuos de Gabriela, ella impone su propia voz. Solo buscamos aportar alguna información para entender cómo son los procesos de estos relatos y presentar, con el marco institucional que también tiene esta historia, el testimonio de una madre que defiende a su hija, el de una niña que se expresa sin duda ni negociaciones y el de organizaciones que trabajan para defender los derechos.

Gabriela comenzó a escribir esta suerte de diario de una manera espontánea, en un diálogo consigo misma para narrar cada uno de los pasos, cada uno de los problemas y todas las afirmaciones. Nos brinda un testimonio

que consideramos valioso difundir por su claridad y por su valor, con todas las connotaciones que tiene esta palabra.

César Cigliutti
Presidente
de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA)

PRÓLOGO

"En el origen de nuestra lucha está el deseo de todas las libertades".
Alejandro Modarelli

Esta maravillosa historia de expresión, reconocimiento, aceptación e inclusión democrática y la escritura de este libro de Gabriel a fueron posibles, entre otras cosas, gracias a los más de treinta años de lucha y trabajo por parte de activistas comprometidos –que en muchos casos entregaron su vida– y de organizaciones que, como la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), han conseguido no solo restituir derechos, sino también que vivamos en un país más democrático.

Este libro es también una forma de reconocimiento a quienes nos antecedieron en una lucha que durante décadas combinó valentía y perseverancia. A todos y todas, el mayor homenaje.

Hasta hace algunos años creía que el desafío más importante de mi modesta carrera profesional había sido romper, de alguna manera, con la academia. Con cierta distancia y nuevas perspectivas (las que otorgan en ocasiones los años), agrego a eso la posibilidad de ampliar mis reflexiones y estructurar así otro tipo de escucha en la atención de personas lesbianas, gays, trans, bisexuales, queer (LGTBQ) que llegaron a la consulta.

Cuando me refiero a otro tipo de escucha, se trata simplemente de una mirada despatologizadora. Aunque resulte extraño, escuchar y mirar configuran, sin dudas, unas formas de ver y de estar en el mundo que están vinculadas a la política. Prestar el oído tiene un contenido político que pone en tensión los decires de las representaciones tradicionales e históricas que sobre el sexo y el género fueron construyéndose y que perfectamente podría-

mos asociar con la fatalidad. Sin embargo, el destino no está escrito y la identidad excede los límites de la biología del sexo y el género.

Hoy puedo afirmar que acompañar a Luana y a su familia constituyó para mí no solo un compromiso, tal vez el más importante de mi trabajo profesional, sino también un verdadero desafío. Un desafío que excede ampliamente lo personal y que resultó una disputa por el sentido y el significado de muchas cosas que aparecen como naturales, como si entre la naturaleza y la cultura no existieran límites. Establecer ese límite formó parte de una discusión que aún no ha finalizado. En ese sentido, poner en tensión una ley de la cultura en la que vivimos y sobre la cual construimos subjetividad es un trabajo arduo que supone, sin dudas, romper con muchos preconceptos que nos atan al pasado y suman dolor a los dolores a los que toda vida se enfrenta en su devenir.

Sabemos que las experiencias personales no son transferibles, lo que no quiere decir que no puedan ser narradas, que carezcan de palabras, que no se pueda dar cuenta de ellas. De este modo, puedo asegurar que la experiencia trans de Luana atravesó desde el comienzo los afectos y las emociones de su propia familia. Pero uno no vive solo y las miradas de los vecinos del barrio también se vieron afectadas. Agreguemos a ello que una niña o un niño suelen ser sujetos de instituciones que esperan justamente "personitas" que se adapten a la "norma". Eso me obligó (nos obligó) a trabajar también con instancias que van más allá del círculo familiar y barrial dialogando con las instituciones responsables de educar, cuidar la salud, brindar esparcimiento y garantizar derechos civiles. Un trabajo que se inició paralelamente a la vivencia de la experiencia trans de la niña.

La mamá y el papá de Luana se pusieron en contacto por primera vez con el Área de Salud de la CHA hace más de dos años. En ese momento, la niña apenas había cumplido cuatro años. Ese primer encuentro se concentró en un relato pormenorizado con precisiones y detalles que me recordaron historias de disconformidades, llantos y tristezas oceánicas; de pañuelos, toallas, repasadores y hasta trapos de piso haciendo las veces del pelo largo que deseaban tener otras personas con autopercepciones análogas a las de Luana, a quien conocería a los pocos días.

Cuando se presentó en mi consultorio no dudé de que se trataba de una niña trans a la que no solo tendríamos que escuchar, sino también respetar en aquellas cosas que expresaba y para las cuales la teoría se quedaba corta. Lo que Luana fue manifestando día a día se relacionaba directamente con

un universo infantil que nuestra cultura asocia y ha naturalizado como femenino. Ser y estar en el mundo en el discurso de Luana es femenino.

He tenido la oportunidad y el privilegio de haber documentado más de doscientos testimonios de vida de personas trans para el Área de Salud de la CHA. En su gran mayoría, la expresión de la identidad comienza a manifestarse muy temprano en la infancia, tal como le sucede a nuestra niña. El extrañamiento respecto de la identidad asignada en ocasiones está adherido a molestias con relación a la percepción del propio cuerpo. Muchos de estos recuerdos infantiles han sido confirmados por padres, madres y familiares directos con los que he dialogado.

Estos testimonios también me permitieron confirmar que, con la misma espontaneidad con que las diferentes expresiones de género eran manifestadas por los niños y niñas, los adultos se encargaban de callar con el argumento de que un cuerpo no puede mentir. Para ello, no importaron demasiado los métodos. El objetivo era la represión mediante el castigo con utilización de violencia efectiva y violencia psicológica, rechazo y estigmatización. Esto configura solo una parte del alto precio que debe pagar muchas veces la expresión de la identidad en la infancia.

La violencia, en sus diferentes manifestaciones, atraviesa las vidas de los niños y las niñas en general; la experiencia trans en la infancia agrega un plus importante a esa violencia ejercida como respuesta hallada por las familias, sin distinciones socioculturales, políticas ni económicas, y por las instituciones del Estado, como si frente a lo diverso y desconocido no existiera otra posibilidad que ceñirse a los mandamientos de la cultura.

En consecuencia, es posible afirmar que lo más importante en la historia de Luana no es la precocidad en su expresión de género o la fuerza arrolladora que le permite y la impulsa a luchar por su identidad, como también lo han hecho otros niños y niñas, sino la disposición de una mamá y un papá acompañados por una familia que se hicieron cargo de lo que la niña expresaba aun cuando no comprendieran de qué se trataba. De este modo, le habilitaron la posibilidad de vivir una vida real en el mundo real. Luana vive como siente que tiene que vivir sin la necesidad imperiosa de refugiarse (sin otro remedio) en una vida posible solo en la fantasía como un modo de eludir y evitar las heridas infligidas por la condena del otro.

Después de un tiempo, la familia logró que el Estado reconociera la identidad autopercibida de la niña. Un hito en este recorrido fue la entrega del DNI. Este reconocimiento puso a Luana en un lugar insospechado hasta

poco tiempo atrás: es la primera niña trans del mundo que obtuvo su cambio de identidad registral sin recurrir a la justicia, con todo lo que ello supone.

Este diario de Gabriela es, sin dudas, una historia de amor y de lucha inagotables. Pero también es un ensayo y una reflexión profunda y extraordinaria sobre los prejuicios y los saberes instituidos, tan próximos muchas veces a la ignorancia y la ignominia con los que nos enfrentamos día a día. Una historia en la que el desafío, la perseverancia y una encantadora forma de inteligencia se enfrentan a los problemas de lo cotidiano, de los vínculos sociales y de nuestra relación con las instituciones.

Luana vive como lo que siente que es, una nena de seis años. Una niña que desde hace un tiempo se cuestiona y nos cuestiona, con la profundidad de sus reflexiones acerca del futuro, algunas de las certezas, de las dudas y de los temores que a veces son la fuente de los sueños de angustia que la perturban.

¿Qué respuesta podemos dar desde nuestro lugar de adultos, profesionales, familiares? Sabemos que el debate está abierto y que las disputas no terminaron. Tal vez recién empiezan. Sin embargo, respondemos desde lo que consideramos nuestra "verdad" porque creemos que es posible vivir una vida con autonomía y con dignidad.

No es el otro quien nos puede decir qué somos y quiénes somos, al menos no siempre y para todo. Existe una voz que nos es propia y sobre la cual podemos al menos articular nuestro propio relato. Una voz que, saludablemente, nos instituye como personas más allá de lo que la ciencia, la religión y el Estado esperan de cada uno de nosotros.

La diferencia nos enriquece y nos vuelve más democráticos y libres, de eso trata el texto de Gabriela. De eso, justamente, nos viene a dar una buena noticia.

El próximo desafío llegará pronto, cuando Luana comience a cursar la escuela primaria.

Valeria Pavan
Coordinadora del Área de Salud de la
Comunidad Homosexual Argentina (CHA)
www.cha.org.ar
salud@cha.org.ar

Yo nena, yo princesa

Luana, la niña que eligió su propio nombre



La tristeza de Manuel

8 de octubre de 2011

Hoy mamá empieza a escribir todo lo que recuerde.

Hoy voy a tratar de acordarme de cómo pasaste de ser mi nene a ser Luana, mi princesa…

En julio de 2007 nacieron mis mellizos, de 35 semanas de gestación, después de un embarazo complicado, de alto riesgo. Vos naciste primero y a los cinco minutos, tu hermanito; los amé en ese instante.

Después de nueve días de estar en neo ya estaban en casa, vos demandabas mucha atención; en cambio tu hermano, nada. Llorabas mucho y dormías muy poco, y eso hacía que tu hermanito no durmiera.

Nada te complacía, siempre necesitabas algo que yo no podía descifrar porque ni siquiera hablabas. Eran tan diferentes, el día y la noche. A él se lo notaba sereno, tranquilo; en cambio a vos algo no te dejaba en paz.

Se notaba en tu mirada, sorprendían tus ojitos profundamente tristes.

La ilusión con que los esperamos, dos varones, papá ya tenía planeado el futuro de los dos.

–Uno va a ser electricista, como yo –me decía–. El otro, mecánico, y van a trabajar juntos.

Nos pasábamos horas hablando de cuando fueran grandes, eligieran sus novias, fueran juntos a estudiar a una escuela técnica y lo más lindo… eran mellizos, cuánto se iban a divertir.

Entre los dos pintamos su habitación de color celeste, obvio, y verde. Fueron creciendo a la par y teniendo cada vez más acentuadas las diferentes

personalidades, eran tan distintos…

Todo era por igual; la ropa, los juguetes, las cunas celestes, pero había una diferencia, a tu hermano lo conformaba enseguida y a vos no conseguía calmarte. El primer año pasó volando, y a pesar de ser tan chiquitito demostrabas estar disconforme, no sabía con qué ni me lo pude imaginar siquiera; mis dos hombrecitos, mis nenes, mis dos amores.

Noté que eras muy sensible, llorabas por cualquier cosa y tu hermanito no. Papá se enojaba y no quería jugar con vos porque en lugar de reírte te ponías a llorar, no te gustaba jugar a lo bruto.

Tendrías dos años más o menos y mamá te compró unas películas de Disney para que vieras con tu hermano. La que más te gustó fue *La bella y la bestia,* la viste tantas veces que repetías los movimientos de Bella y tratabas de cantar y decir los diálogos como te salían. Empezaste a bailar como Bella durante todo el día, te quedabas deslumbrado con esa princesa.

Recuerdo una tarde que les puse música para bailar, yo tenía puesta una pollera y te quedaste mirándome hasta que fuiste a mi placard y trajiste una pollera mía para ponerte. Te la puse, pensé que era un juego, todos los nenes se disfrazan para jugar, pero vos no, te pusiste la pollera y no te la quisiste sacar nunca más…

Eras tan chiquito, tan hermoso, tan inteligente. Llorabas mucho para que te pusiera las películas de princesas; encima no teníamos cable, en la tele solo les podía poner el DVD. Si veías *La bella y la bestia,* vos eras Bella y tu hermano, la Bestia; si veías *La bella durmiente,* vos eras Aurora y él, el príncipe Felipe. Lo abrazabas para que bailara con vos.

Te vi arrastrar una silla, llevarla a mi habitación, ponerla delante de mi placard y buscar una remera mía para ponerte. Te quedaba como un vestido, y con eso puesto te ponías a bailar delante del televisor al mismo tiempo que lo hacía la princesa y con los mismos movimientos que ella. Te pasabas todo el día con una remera mía puesta.

Todo empeoró, ya no era un juego porque ya no nos divertíamos…

Te puse otras películas, pero no llegaban a atraer tu atención y no te gustaban tanto.

Pasabas mucho tiempo revolviendo mi placard hasta encontrar una remera que te gustara y me pedías que te la pusiera. Empezaste a guardarlas debajo de tu almohada, en tus cajones o debajo de tu cama.

Las puse en el estante más alto para que no las agarraras más. Ya era muy reiterativo. Te ponías muy mal si no las encontrabas y rompías en llan-

to durante horas.

Lo que siempre noté fue que no era un llanto de capricho, llorabas con un sentimiento profundo, de dolor.

Ya no estabas tranquilo, necesitabas vestirte para jugar, y como yo no te quería poner mi ropa, aprendiste a vestirte solito.

Mientras tu hermanito jugaba con autitos y trenes, vos solo aceptabas un peluche.

No dormías de corrido toda la noche y no te recuperabas durante el día; consulté con el pediatra y me derivó a un neurólogo infantil.

Te llevé y mandó a hacerte una polisomnografía nocturna, un estudio del sueño; para él no era normal las pocas horas que dormías.

El estudio salió perfecto, neurológicamente estabas bien, me puse a llorar sin entender entonces qué era lo que te pasaba.

Te derivó a un psicólogo infantil, tenías solo un año y medio, dijo que tenías problemas de conducta. No pude llevarte, se me complicaba viajar con los dos bebés. No tenía quien me ayudara...

Pasaban los meses y todo seguía igual, insistías con mi ropa y el día entero te la pasabas llorando por todo sin sentido y en la noche te despertabas a los gritos, día tras día, no tenías paz y no lograba entenderte.

Me asusté mucho cuando vi que se te caía el pelo a mechones, tenías cuatro aureolas en la cabeza, obviamente te llevé al dermatólogo, te revisó y me preguntó si había fallecido algún familiar, si nos habíamos mudado, si me había separado o algo que hubiera cambiado radicalmente. Nada de eso pasaba, no era un hongo, no había remedios, tu pelo se caía por tu estado de ánimo y se sorprendió porque eras muy chiquitito para que te pasara eso. Igual nos dio una loción que te pasé durante dos meses.

Mi angustia iba creciendo, no había explicación médica para nada de lo que te estaba pasando físicamente. Tenía mucha impotencia, nada podía hacer para mejorar tu vida, para darte tranquilidad.

Tenías ya veinte meses y comenzaste a hablar, entonces me pudiste decir:

–Yo nena, yo princesa.



Ya no era un juego ni con lo que jugabas, era lo que decías ser. Ahí empezó tu larga lucha para tu tan cortita vida.

Ya no podía verte tan mal, tan angustiado, la vida se nos hacía insoportable, y no tenía una solución. Lo único que te calmaba era que te dejara jugar con mi remera puesta. Repetías todo el tiempo y a quien quisiera escucharte:

–Yo nena.

Contrariarte era peor.

Lógicamente te respondíamos:

–No sos una nena, sos un nene.

Y tu reacción tan violenta, autodestructiva, nos dejaba desconcertados a todos. ¿Qué podía pasar por tu cabecita, mi cielo, que llegabas a lastimarte si te decíamos que no lo eras?

Te dejé entonces ponerte mi remera, por lo menos unas horas te la pasabas tranquilo. Pero a la noche era de sobresaltos. Llorábamos juntos, mi desesperación me hacía pensar que podías estar enfermo. Nadie me daba una

solución ni podían explicar tu conducta, cada estudio que se te hizo salía bien.

El pediatra sostenía que lo que te pasaba era porque papá no estaba más tiempo con vos.

–Le falta la figura paterna, llévenlo a jugar a la pelota y a practicar juegos más rudos. Pasa mucho tiempo con la madre.

Decían. Y yo pensaba:

–¿Y tu hermanito? Él pasa el mismo tiempo que vos y papá está para los dos por igual y, sin embargo, no me dice que es nena.

Llegó a recetarme un antialérgico que produce somnolencia en los niños para que pudieras dormir un poco, y nada.

Lo que más me desconcertaba era que estaba criando a dos niños al mismo tiempo y de igual manera y uno estaba conforme consigo y el otro no. Si fallaba con uno, tendría que fallar con los dos.

Era agosto del año 2010, tenías tres años ya y estabas cada vez peor, te golpeabas la cabeza contra la pared, te tirabas del pelo, te mordías.

Decidí entonces llevarte a un psicólogo; si lo que te estaba pasando era emocional, no tenía otra solución.

Fui a una entrevista con una psicóloga infantil, ahí le comenté que tenía mellizos varones a los que criaba por igual y que uno de ellos decía ser una nena y pedía vestirse como tal.

–Mi hijo de tres años me dice que es una nena –le dije.

Después de ir sola a la sesión y responder a todas las preguntas que me hicieron sobre el embarazo, tu nacimiento, cómo eras de bebé, etcétera, llegó el día en que te iba a ver a vos.

Pusimos tantas ilusiones y expectativas, necesitábamos urgente que nos dijeran qué te estaba pasando y fue un gran error caer en ese lugar.

La licenciada que te atendía decidió aplicarte un método correctivo y afirmar tu masculinidad.

Recuerdo que tenía una caja con juguetes, vos entrabas solito al consultorio y mamá te esperaba afuera.

En esa caja había un pedazo de tela. Una vez, cuando te retiraba, te vi con esa tela puesta encima como si fuera un vestido y ahí sentí que por fin un profesional estaba viendo lo que vivíamos a diario con vos, con un nene que se sentía nena y se vestía como nena.

Pensé entonces que estábamos yendo por buen camino, pero me equivoqué.

Nos citó a papá y a mí y nos dijo que lo que notaba era que nosotros no éramos firmes con vos, que vos eras un nene y que teníamos que recordártelo.

–Cuando él diga que es una nena, ustedes le dicen que no. Si se pone una remera, se la sacan; no importa si llora, tienen que ser firmes con esto.

Nos dijo que lo transmitiéramos al resto de la familia y que sacáramos todo lo que estuviera a tu alcance con lo que te pudieras vestir como una nena. Y así lo hicimos.

A papá le costaba mucho verte así, entonces acató la orden de la psicóloga al instante. Yo hice lo mismo creyendo que era lo correcto y que de esa manera ibas a mejorar tu estado anímico.

Hablamos con tu abuela y tus tíos para que todos hiciéramos lo mismo por tu bien.

Lamento tanto todo lo que te hicimos sufrir…

Guardé todas las películas de princesas, cerré mi habitación con llave para que ya no sacaras mi ropa, y te repetíamos a diario que eras un nene, no una nena.

Jamás pensé que queriendo hacerte un bien te lastimaríamos tanto.

Cada vez que te ponías una remera mía, te la sacaba y te decía que no lo hicieras más porque eras un nene; por Dios, todavía escucho tus gritos cada vez que te sacaba lo que te habías puesto, no te estaba sacando la ropa, yo sentía que te estaba arrancando la piel.

Tus gritos eran desgarradores, tu llanto era con tanto sufrimiento, horas te escuché llorar por una remera o porque decíamos que eras un nene. Te quedabas sin voz de tanto gritar. Los vecinos paraban a mi mamá en la calle para preguntarle si yo los maltrataba porque escuchaban tus gritos y llanto continuamente. Como no tenías mi permiso ni mi ropa a mano para ponerte, comenzaste a ponerte cualquier cosa que simulara un vestido.

Repasadores, toallas, la funda de la almohada, jugabas con tu imaginación, una fibra de color rosa era una princesa, me decías.

Elegiste tu cepillito de dientes de color lila, jugabas y dormías con él.

Cuando querías entrar a mi habitación a buscar mi ropa y la encontrabas cerrada con llave, estallabas en una crisis que golpeabas la puerta con los pies y con la cabeza para abrirla, gritabas tanto que dudo que pueda borrarlo de mi mente. Te abrazaba para que no te golpearas.

Llegaste a llorar tres horas, recuerdo, o hasta que te quedabas dormido en el piso, pegado a mi puerta. Dormido seguías sollozando.

Lo primero que hice fue hablar con la psicóloga para explicarle que cada vez era peor, que tenías muchas crisis nerviosas y que nada te hacía cambiar de opinión ni dejar de intentar vestirte como una nena. Y a todo esto se sumó tu deseo de tener el pelo largo, era demasiado ya.

Su respuesta fue:

–Sigan así, no importa lo que llore, es un nene.

La familia se destrozaba, nadie soportaba verte sufrir así. Papá era el único que se mantenía firme, y hasta llegó a romperte la fibra rosa con la que jugabas porque un día rayaste todas las paredes de tu cuarto, los muebles, los juguetes, el velador y la cara de tu hermanito que estaba durmiendo. Las paredes estaban pintadas de celeste y verde y vos pintaste todo lo que pudiste del color de las princesas.

Le tenías miedo a papá, te empezaste a esconder de todos. Tu angustia se te notaba, era inmensa, en tu carita se reflejaba la tristeza que tenías, supongo que te atosigamos entre todos.

Imagino qué desesperación has tenido con todos encima de vos diciéndote que no a todo, contrariando tu deseo de ser una nena e imponiéndote que eras un nene, qué horror viviste, mi cielo.

Pasaron los meses y seguíamos firmes; empezaste a mentir, a disimular.

Te encontraba con la funda de la almohada puesta en tu falda y te preguntaba:

–¿Estás jugando como una nena?

–No, mamá, estoy bailando, yo soy un nene.

Aprendiste a decir lo que queríamos escuchar y te encerraste en tu mundo, donde eras la nena que querías ser. Te aislaste de todos. El único que te acompañaba en el juego era tu hermanito. El único que te entendía y jugaba con vos, con la misma inocencia.

Una vez te encontré en el patio con una remera mía puesta, otra vez, como vestido; estaba mojada, la habías sacado de la soga. Era la ropa que recién había lavado; cuando me miraste a los ojos y me enojé por lo que hiciste, empecé a notar que también me tenías miedo.

Le conté a la psicóloga que no podíamos seguir así con vos, que te veía destruido, que no eras un niño feliz. No así. Que tu carita cambiaba cuando encontrabas qué ponerte. Un día no salías del baño y entré. Te habías puesto el cubre cesto del baño como una pollera y estabas jugando tranquilo, encerrado. Pero nada de lo que le contara cambiaba su postura de encaminarte a ser un nene por obligación.

Te he visto con la rejilla de la cocina llena de grasa, con la que mamá limpiaba, como pollera, con el trapo de piso que acababa de usar puesto en la cabeza para simular pelo largo.

¿Qué hacíamos mal? ¿Por qué estabas así? Se suponía que esto era lo mejor, lo que teníamos que hacer para que dejaras de pensar que eras una nena, pero, en lugar de verte mejor, te veía cada vez peor.

Seis meses pasaron, durante seis largos meses intentamos cambiar tu deseo de ser, te obligamos e impusimos nuestra voluntad a la tuya y nada. Te vi llorar, te vi sufrir, vi miedo en tu mirada y lloré con vos siendo testigo de tu voluntad y tu firmeza ante el reto, el grito, incluso el chirlo de papá para hacerte varón. Te castigamos e insistimos junto con la psicóloga en doblegarte y lo único que conseguimos con este método "correctivo" fue verte totalmente infeliz.

Me sentí culpable, te llevé a un lugar donde se suponía que iban a contenerte, ayudarte y te destruimos entre todos.

Tenías pesadillas todas las noches, te levantabas gritando y asustado.

Estábamos más perdidos que antes, ¿qué íbamos a hacer ahora? Tus mismos padres, tus verdugos, así me sentía, responsable de tu dolor.

Como madre, un desastre, presencié tu sufrimiento con impotencia y te aseguro que mi dolor era igual al tuyo, pero confié en la psicóloga y le di tiempo al tratamiento que jamás resultó.

La única persona de la familia que no se sumó a todo esto fue tu tía Silvia, mi hermana mayor. La única que no soportó tu dolor y consintió en silencio y complicidad tu deseo. Solo con ella te sentías bien, contenido, calmaba tu llanto y te hablaba al oído. La esperabas con ansias, y fue quien compartió tu mundo imaginario. Se entendían con solo mirarse, ella siempre vio tu interior y supo apaciguar tu dolor de ser incomprendido por el resto de la familia. A ella le decías cada fin de semana que venía a verte:

–Yo nena, tía, yo princesa.

Estabas a meses de comenzar el jardín, salita de tres años y aún no teníamos resuelto qué pasaba con vos. Era obvio que no podías empezar las clases con esas crisis, pero nada había cambiado.

Fui a reservar la vacante a un jardín privado cerca de casa, tenía que tener en cuenta que íbamos a tener un año complicado en todos los sentidos; por eso fui sincera con la directora del jardín y le conté lo que te estaba pasando antes de anotarte y que estabas yendo con una psicóloga: vos, tu hermanito y yo.

La directora del jardín los anotó diciéndome que no me preocupara, que eras muy chiquitito y que esas cosas solían pasar. Que los nenes juegan así.

Lo que más me convenció del jardín fue que no tenían que usar guardapolvo. Tenía miedo de que lo tomaras como un vestido y así fomentar tu supuesta confusión.

Estábamos en casa mirando televisión un domingo con papá y llamó tu tía Silvia, me dijo:

–Poné Nat Geo que están dando un documental, miralo.

Lo vimos, mostraban la vida de una nena transgénero de los Estados Unidos. Era la primera vez en mi vida que escuchaba esa palabra.

Daban testimonios los padres y contaban cómo su hija no estaba conforme con su género y la niña habló diciendo:

–Me llamo Josie, soy una niña y tengo pene.

No sé cómo explicar lo que sentí en ese momento, fue como caer al vacío, vi reflejada ahí nuestras vidas, nuestros problemas, tu deseo de ser nena siendo varón, la felicidad que esa niña trans tenía y te vi a vos, fue un espejo.

Dijimos con papá:

–Eso tiene, es eso.

Lloré desconsoladamente, papá también lloró ese día. El dolor era en el medio del pecho, como cuando te falta el aire y no podés respirar; asombro, culpa, miedo, todo junto en un instante.

Lo primero que papá me dijo fue:

–No le cortes el pelo nunca más.

Y se fue solo al patio a fumar. Yo me quedé sin palabras y me dolía el alma, pensar en todo el daño que te estábamos haciendo.

Esa noche no pude dormir, me senté en tu cama a mirarte mientras vos dormías y no podía salir del ahogo que sentía.

Te acaricié tu pelito que estaba bien cortito y te pedí perdón, te prometí esa noche que iba a ayudarte, que ya sabía qué te pasaba y que si vos querías ser una princesa, mamá te iba a ayudar a ser la princesa más hermosa del mundo.

A la mañana siguiente, sin pensarlo siquiera, llamé a la psicóloga para pedirle una entrevista urgente. Le pedí a tu tía que me trajera información de lo que era ser un niño transgénero; leí tanto y descubrí tantas cosas que no salía de mi asombro, todo lo que allí decía era lo que a vos te estaba pasando.

Subrayé las cosas puntuales mientras lloraba y con esas hojas me fui a ver a la licenciada que estaba haciendo que te destruyeras por el simple hecho de obligarte a ser quien no querías ser.

Mientras iba para el centro de psicólogos, ese lugar donde nos atendían a los tres, sentía como si me hubiera sacado cien kilos de mi espalda, ya está, ya sabía qué tenías, ahora todo iba a ser más fácil.

La licenciada no solo ni me escuchó, sino que tiró por el suelo todos los argumentos que le estaba exponiendo.

Dijo que lo que yo había visto no existía, que era mentira, ni tocó las hojas que le llevé con información.

¡Qué impotencia! Le pregunté entonces qué era lo que te estaba pasando, según ella, y le reclamé:

–Te traje a mi hijo con una sola pregunta: ¿por qué me dice que es una nena? Y pasaron ya seis meses y no tengo respuesta, mi hijo cada vez está peor y cuando encuentro algo que puede ayudarlo, decís que es mentira. ¿Qué le pasa a mi hijo, entonces? Olvidate de todo lo que te dije, dame vos una respuesta.

Llorando se lo pedí, desesperada; era obvio que esa chica que estaba delante de mí no tenía idea de qué responderme, y que estaba segura de que un hombre se hace a los golpes.

–¿Qué le pasa a mi nene que dice ser una nena? –volví a preguntarle.

–Te pregunto yo a vos, qué pasa en tu casa que tu hijo quiere ser nena.

–¿Cómo qué pasa en mi casa? Vos tenés que decirme qué le pasa.

–Acá el nene se comporta como nene.

–Acá el nene está reprimido, solo viene a dibujar y la sesión dura 40 minutos de los cuales se queda solo 15 o 20 nada más.

–¿Qué pasa en tu casa, Gabriela?

–¿Por qué no le pones una tela a ver qué pasa? Te traigo una remera mía y te fijas cómo se comporta.

–Te repito, ¿qué pasa en tu casa, Gabriela?

No sé cómo contuve la ira que me provocó su necedad, su falta de profesionalismo. Pensé que iba a encontrar a una profesional que escuchara que mi hijo se estaba consumiendo en tristeza y solo encontré a una persona ignorante y soberbia que no pensaba en la criatura ni por un instante, solo seguía firme en que teníamos que obligarlo a ser varón pasara lo que pasara.

Recogí las hojas llorando, me levanté y me fui. Qué sola me sentí, que impotencia, bronca, desilusión, ¿adónde iba a ir ahora? Era más que obvio

que esa terapia no hacía más que destruirte y yo no iba a permitirle que te siguiera tratando así.

Llegué a casa decidida a no mandarte más a ese lugar, la psicóloga no me dio ni siquiera lugar al reclamo, ni me dijo: "Dejame ver, lo voy a tomar en cuenta", no sé, me hubiera dicho: "Sí, conozco del tema de los niños transgénero, pero no es el caso de tu nene", qué sé yo, algo coherente por lo menos.

Esa semana fuimos por última vez. Fui a dar la cara con mi psicóloga, la tuya y la de tu hermanito.

Mi psicóloga me dijo que no tenía que molestar a tu psicóloga nunca más si yo tenía angustia por algo. Que lo hablara con ella. Se habían puesto de acuerdo, supongo. Yo solo le traje una inquietud sobre mi hijo y si no lo hablo con ella, ¿con quién? Es ella la que está viéndolo y mi angustia era sobre mi hijo. Evidentemente, no era el lugar apropiado. Ese mismo día me despedí de las tres "profesionales".

Tu psicóloga nos citó a papá y a mí para darnos el cierre de esos seis meses de tratamiento. No nos dio nada por escrito, ningún informe. Solo nos dijo que vos eras hermoso, que sabías compartir y que eras muy inteligente y sabías muy bien que eras un varón.

Ni siquiera le contestamos con papá. Nunca más volvimos a ese lugar.

Hablamos mucho con papá para ver cómo seguíamos, yo estaba decidida a no castigarte más y a dejarte jugar con lo que quisieras. Basta de verte llorar, basta de que se te caiga el pelo, ya basta.

Papá no sabía bien qué hacer, él quería que jugaras en casa solo sin que nadie te viera. Él sintió tu dolor, presenció tus crisis y veía cómo se te pasaba todo si te dejaba usar una pollera nada más. Supongo que sintió culpa de haberte castigado tanto. Estaba perdido, creo.

Hablamos con la familia y les comenté lo que habíamos visto; es más, ellos también lo vieron y entre todos tratamos de tener un poco de paciencia a tus reclamos mientras yo buscaba otra psicóloga por medio de la obra social.

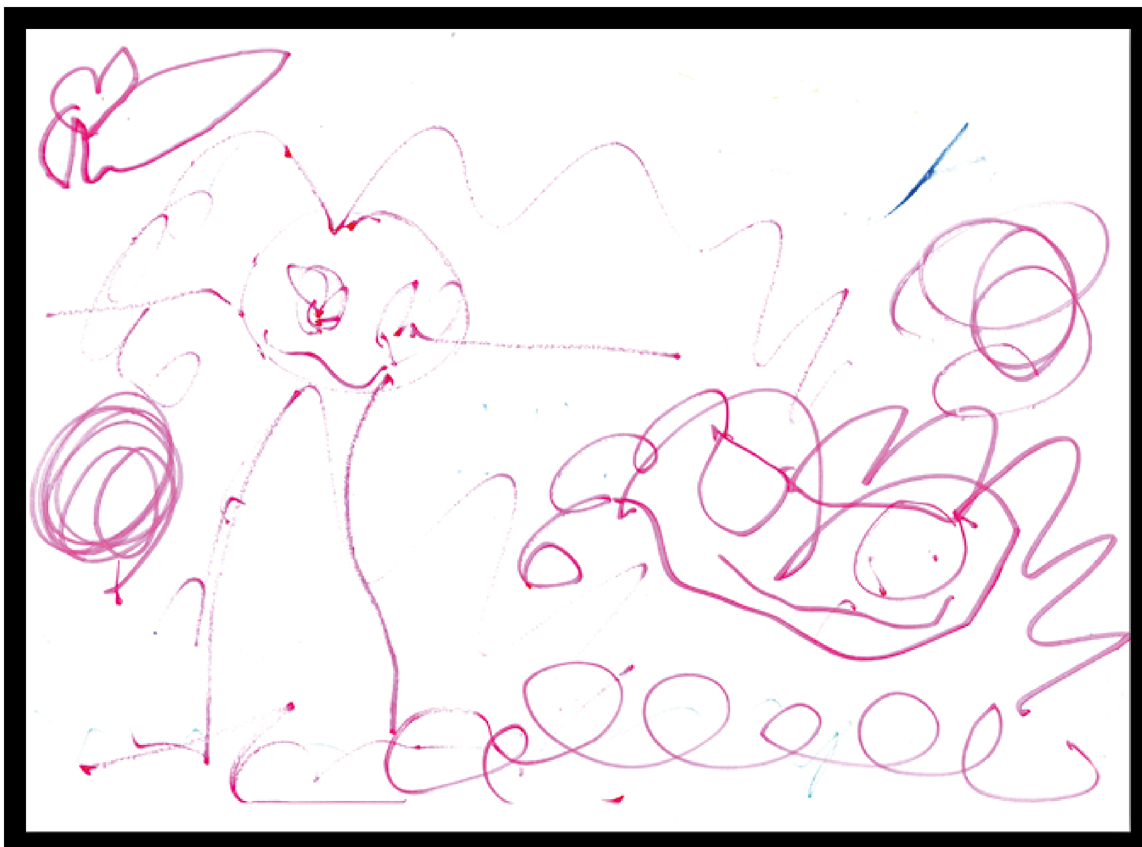
Empezaron el jardín, y fue ahí donde más difícil se te hizo, te enfrentaste al mundo que hay fuera de casa y donde está muy acentuado el ser nena, el ser varón. Los primeros meses fuiste descubriendo a las demás nenas. Las mamás en la puerta me decían que sus hijas solo hablaban de vos, que las peinabas, jugabas en el rincón de la casita a las muñecas y estabas todo el tiempo rodeado de nenas. Un día se me acercó una mamá que me dijo:

–Tu hijo es un donjuán, siempre está con las nenas.

Y yo pensaba: si supieran que desea ser una nena más.

En casa comenzaste a estar más libre, sin presión, llorabas tanto por tu pelo que no crecía que un día papá te compró una peluca de cotillón.

Tu felicidad era inmensa, te la pusiste y no te la querías sacar ni para dormir y te ponías seguido mis remeras.



Papá quería que solo jugaras en casa, no toleraba la idea de que alguien te viera. Por momentos te aceptaba y te ayudaba y por momentos ni siquiera te miraba. Discutimos mucho, él te daba algo para calmar tu ansiedad, pero quería que razonaras como adulto y lo usaras como él quería; pero vos no podías hacerlo, tu juego era tu vida misma.

No te sacabas la peluca ni el disfraz en todo el día, llegabas a dormir con todo puesto. Estabas más tranquilo de esa manera. Cada vez que salíamos para el jardín, papá te repetía:

–Acordate que en el jardín tenés que ser un nene, no digas nada y cuando llegues a casa, te ponés tu disfraz.

Y así la fuimos pasando hasta que tuve una entrevista con otra psicóloga.

Fui dos meses yo sola para explicarle la situación; tampoco lo compartía, me decía que tu deseo de ser nena tenía que ver con que papá tenía sus crisis y nos abandonaba de vez en cuando. Hasta que llegó el momento de conocerte.

Te llevé a la primera sesión y a la segunda podías llevar algo que vos quisieras para jugar y te le apareciste a la siguiente con una bolsa en la que llevabas tu peluca y tu disfraz. Tres meses estuvimos así.

Un día la psicóloga me habló a mí sola:

–Voy a hacerte una derivación, noto que tiene una problemática de género, pero yo no soy especialista; tenías razón, él se siente una nena, yo no puedo seguir tratándolo, tenés que llevarlo a otro lugar. Pregunté en la obra social y no tienen especialistas en temática de género, lo siento.

–Pero ¿vos qué ves? Decime.

–Una nena, pero te repito, te hago una derivación y buscá otro lugar.

Por lo menos, esta psicóloga no tenía idea de lo que te pasaba, pero tuvo la grandeza de reconocerlo y de no hacernos perder más tiempo. No sabía qué decirme, me dio un papel que decía: "El niño tal presenta posible problemática con su identidad sexual. Derivación a especialista".

A empezar de nuevo, y ahora, ¿adónde ir?

No tenía información más que el documental que habíamos visto y lo que había bajado de Internet en unas hojas, nada más.

El jardín se te iba complicando cada vez más porque no solo estabas todo el tiempo rodeado de nenas, sino que querías hacer las cosas que hacían como, por ejemplo, formarte en la fila con ellas; el problema venía cuando la señorita te sacaba y te ponía en la fila de los varones.

Todos tus dibujitos eran en color rosa y solo dibujabas princesas y nenas.

Salías llorando a menudo porque te trataban como varón.

El gran tema era cómo explicarte que vos eras un varón físicamente y con documentos que decían que eras un varón. Entonces empecé a decirte que eras una nena especial y que nadie en el jardín se había dado cuenta.

Y con solo tres años y medio, traté de que empezaras a comprender que tu cuerpo era diferente al de las otras nenas y que había que esperar que creciera tu pelo y que por ahora tenías que ir así al jardín.

Llorabas sin entender el porqué. Aceptabas lo que mamá te decía con tristeza.

Las pesadillas no cesaron, la angustia tampoco, y empezaste a no querer ir más al jardín. Cada vez que te ponía el pantalón del uniforme para ir, me decías que querías una pollerita como las otras nenas.

–Este pantalón me molesta –me decías llorando.

Y al llegar a la puerta no querías entrar, tenías vergüenza, agachabas la cabeza y no querías mirar a nadie, era muy duro para mí dejarte esas cuatro horas que no podía verte y en las que no te dejaban ser lo que vos querías ser, una nena.

Las salidas a cualquier lado se hicieron imposibles, casa a la que fuéramos te daba una crisis por algo que veías de alguna otra nena y te lo querías poner o, por ejemplo, te aparecías delante de todos con un repasador puesto como pollera, enganchado en el pantalón, que habías buscado vos solito. Preferías estar disfrazado delante de quien fuera antes que estar vestido como varón.

Papá se enojaba y nos teníamos que ir enseguida antes de que te agarrara una crisis peor cuando intentábamos sacártelo. Él toleraba que lo hicieras en casa, pero no delante de los demás. Menos de sus amigos; solía esconderte en tu habitación y cerraba la puerta con llave para que no te vieran.

Una vez estaba un amigo de papá en la cocina y vos te apareciste con un camisón mío puesto, rosa, y el muchacho se rio preguntándote qué te habías puesto y le expliqué. Se quedó sin palabras y papá, muy enojado conmigo.

Había algo que me costaba entender, ¿por qué te permitía vestirte, pero nadie te podía ver? No dejaba que salieras a la galería, solo podías jugar con tu disfraz en el fondo de la casa, incluso llegó a decirme que iba a poner una lona que tapara toda la reja del frente para que no te vieran.

Vos mismo decías:

–¿Puedo salir? Si viene gente, me escondo.

El dolor que sentía al escucharte no tiene comparación con nada.

Y seguíamos sin encontrar un especialista para llevarte.

Llegó tu cumpleaños, cuatro añitos ya. Llevé al jardín una torta color verde para tu hermano y una torta color anaranjado para vos, los adornos eran ranas, fue lo único que aceptaste, sin ganas ni alegría. Vos querías una torta de princesas, pero no podía hacértela, fue un cumpleaños triste como todos los que habías tenido hasta ahora; la tristeza y la desilusión aumentaban cuando abrías los regalos que te traían, ninguno era lo que vos esperabas; tu tía Gori les trajo una pelota de fútbol para cada uno; tu tío Fede, unas remeras de color azul y roja; la abuela, zapatillas negras para los dos y

con papá no sabíamos qué regalarte a vos, a tu hermano sí, le encantaban los autos y los trenes, pero a vos no sabíamos qué, nada de varón te iba a gustar. Te compré entonces una remera de varón color rosa, aunque sea que tuvieras el color que tanto te gustaba. Tu tía Silvia te dejó plata, no se animó a traerte nada que te hiciera sentir mal, disconforme, porque agarrabas cada paquete con tanta ilusión deseando que hubiera no sé qué ahí adentro, solo vos sabías qué esperabas y tu carita de desilusión cuando veías qué había era terrible, dejabas el paquete y te ibas a llorar a tu cama, pero no a gritos, sino con pena. ¡Qué inmensa tristeza había en tus ojitos, mi cielo, qué difícil era todo eso para vos!

Tan chiquitito y disimulando para que papá no te retara, sufriendo solito y aguantando que te trataran como vos no querías, ¡qué tortura!, ¡qué dolor!

Nació Felicitas, hija de Ana, una de mis mejores amigas, y fuimos a conocerla, una beba hermosa que tenía toda su habitación decorada con todo el amor que su mamá le tenía, y en su cuna había una muñeca de trapo con pelito de lana toda rosa.

Te acercaste y la tomaste con tus manitos, se te iluminó la cara, la abrazaste y te acercaste a mí diciéndome:

–Mamá, yo quiero una muñeca así, rosa.

Era la primera vez que tenías en tus manos una muñeca.

Te escuchó papá y te la sacó delante de todos, te pusiste a llorar pidiendo una muñeca para vos, te abracé e intenté consolarte, pero fue inútil; nos fuimos del lugar, lloraste todo el viaje y papá se enojaba cada vez más; entonces te hablé al oído y te prometí que iba a comprarte una. Solo así te calmaste.

Esa noche papá trabajaba, fue el 31 de julio del 2011, no me olvido más, estaba cocinando y te apareciste delante de mí con una remera mía puesta, tenías otra carita, te miré y te dije:

–Otra vez lo mismo, sacate esa remera, Manuel.

–No.

–A ver, mirame, sos un nene, sacate esa remera.

–No, soy una nena.

–No, sos un nene y te llamas Manuel.

–No, soy una nena y me llamo Luana.

–¿Qué?

–Me llamo Luana y si no me decís así, no te voy a hacer caso.

Me sorprendí, no tuve palabras, no aguanté el llanto y te pedí que te fueras a tu habitación. Llame a tu papá al trabajo y le dije:

–Ya está, no hay vuelta atrás, se eligió un nombre, un nombre de mujer.

La sensación de no saber qué hacer frente a semejante postura, tenías solo cuatro añitos recién cumplidos y te elegiste un nombre, andá a saber cuánto hacía que lo estabas elaborando o cuánto tiempo hacía que lo habías elegido y estaba en tu cabecita sin animarte a decírmelo. Aparte, ¿de dónde lo habías sacado?, no conocíamos a ninguna Luana, era obvio que lo escuchaste en el jardín.

Te recuerdo diferente, con ojitos con miedo, pero totalmente decidido; por eso fuiste a ponerte una remera mía y te apareciste así. Qué valor, qué decisión, qué claro tenías todo. Con qué seguridad te paraste frente a mí.

Al día siguiente te dejé en el jardín. A la salida me preguntaste por tu muñeca rosa. No la había comprado, comenzaste a llorar tanto diciéndome:

–Vos me prometiste, quiero mi muñeca rosa –gritabas delante de todas las mamás y los nenes que no entendían qué le pasaba a Manuel que a gritos pedía una muñeca rosa.

Te levanté como pude y nos fuimos a casa. Hablé con papá y le dije:

–No sabés cómo se puso en el jardín, gritaba que quería una muñeca rosa, todos se pararon a mirarlo, ¿qué vamos a hacer?

Papá me dijo que iba a hablarte. Te llamó a vos solito y te preguntó por qué habías llorado tanto, qué había pasado.

–Nada –le dijiste.

–No me mientas, mamá me contó que lloraste a gritos. ¿Qué pasó, qué querías?

Te diste vuelta y me miraste como reclamando porque le había contado, dudaste, no querías responderle. Tenías miedo.

–¿Qué pasó, Manuel? –repitió papá–. ¿Qué querías?, decime a mí.

–Un auto, rojo.

–No me mientas, no querías un auto, ¿qué querías?

Retorcías de nervios tus manitos tan chiquititas, estabas por largarte a llorar, se te quebraba la voz.

–Dale, no te voy a pegar, solo quiero saber por qué lloraste tanto.

–Porque quiero una muñeca rosa.

–¿Por qué querés una muñeca?

–Porque soy una nena y me llamo Luana.

Papá no supo qué decirte y te mandó a tu habitación. Se fue un rato solo al fondo de la casa; cuando volvió a entrar, me miró con los ojos llenos de lágrimas y me dijo:

–Me lo contó, se eligió un nombre, eligió el nombre más lindo del mundo.

Tu valor fue admirable, lo enfrentaste a papá, con el miedo que le tenías, paradito delante de él te veías tan indefenso, tan chiquitito, que tuve miedo yo también de su reacción, me imagino vos.

Papá tenía la esperanza de que se te pasara, lo encontraba llorando a veces y me decía:

–No puede ser, Manuel no, él es hermoso, va a tener muchas novias, no puede ser una nena, ¿qué va a ser de él? No puede ser, se le tiene que pasar, es un ganador, va a ser mecánico, no puede querer una muñeca, ¿y con Federico qué vamos a hacer, pobrecito?, ¿sabrá algo?

Cuando pudo reponerse, los llamó a los dos. Estábamos en el mes de agosto a días de festejar el día del niño y esperaban sus regalos.

Te preguntó a vos:

–Manuel, ¿sabés qué quiere Federico para el Día del Niño?

–Sí, quiere un tren.

–Federico, ¿vos sabés qué quiere Manuel de regalo?

–Sí, una muñeca rosa.

Tu hermanito sabía todo. Lo tenía muy claro, vos querías cosas de nena y él cosas de nene. Nos lo contó con tanta naturalidad, fue simple, inocente, no entendía por qué lo mirábamos asombrados.

Con papá pasábamos días sin hablarnos, los dos estábamos tratando de asimilar, de soportar el dolor que causaba la desesperación de no saber qué hacer con vos, todo lo que habíamos visto pasaba en Estados Unidos, las dos psicólogas que habíamos visto no entendían nada sobre niños transgénero. No había información en ningún lado, ningún pediatra nos supo explicar; entonces, qué íbamos a hacer. Si te tratábamos como varón, te destruías en nuestra cara, te veíamos deshecho; si te dejábamos ser una nena, no sabíamos si estaba bien, ni cómo hacer en el barrio; en el jardín ya no te callabas como antes, era desesperante y todo empeoró.

Estábamos todos tristes en la casa. La familia esperaba que dijéramos algo, no sabíamos qué hacer con vos, tu estadía en el jardín se hacía cada vez más difícil, hasta que la señorita me habló:

–Manuel se rasguñó la cara, quería una figurita de princesa. No sabemos bien qué le pasó.

Ya no soportaba que estuvieras tan mal, no quería verte así ni que te hicieras daño, todo se desmoronaba, tenía miedo de que te lastimaras. En casa las cosas con papá no estaban bien tampoco. Él tenía de vez en cuando cambios bruscos de humor y por cualquier cosa se ponía agresivo, se iba de casa y nos dejaba solos tres o cuatro días. A veces volvía solo; otras, mamá lo iba a buscar. Sus cambios de humor comenzaron con el embarazo, sentía que era mucha responsabilidad y a veces huía de nosotros. Intenté siempre que la familia estuviera unida y más aún con lo que a vos te estaba pasando. No quería estar sola, necesitaba su apoyo. No tenía fuerzas para soportar todo esto yo sola; igualmente, en el fondo de mi corazón, sabía que algún día se iba a ir. Cuando lo conocí a papá, ya tenía tres hijos a los cuales había abandonado y ese era el gran temor que yo tenía, que hiciera lo mismo y nos dejara a nosotros también; por eso intentaba que no volviera a repetir su historia con nosotros, no podía sola, las veces que tuviste grandes crisis y papá no estaba conmigo para acompañarnos fueron terribles; por ejemplo, el día de la comunión de tu primo Ayrton.

Fuimos los tres solitos a la casa de la tía Gori. Preparamos la comida, la torta, mientras vos y Federico jugaban, dentro de todo, tranquilos. Llegó la hora de ir a la iglesia y todos fuimos a cambiarnos. Los puse a los dos tan lindos, con sus camisitas y pantaloncitos. Eran dos hombrecitos. En un momento, desapareciste de mi vista. Tu tía me llama y me dice:

–Vení, mirá a Manuel, por favor. Ya su cara me decía todo.

Entré a su habitación y no te vi, te busqué, estabas detrás de la mesita de luz hecho un bollito en el piso, llorando. Mientras todos nos alistábamos para salir, te habías metido en su cuarto, abriste su placard y revolviste su ropa. Le habías sacado una remera amarilla y te la habías puesto como vestido. Recuerdo tu cara, ahí en un rincón, escondido porque sabías que te lo iba a sacar, tu temor al reto, te alcé y te dije:

–¿Qué te pusiste, Manuel?

Intenté sacártelo con más dolor en mi cuerpo que el que vos podías sentir, hijo, pero no podía llevarte así a la iglesia; rompiste en llanto, todos se quedaron mirándote extrañándose de lo que estabas haciendo, la familia política de tu tía no sabía nada.

–¿Qué se puso? –preguntaron.

Te llevé a la iglesia llorando todo el viaje y sabiendo lo que nos esperaba al llegar. ¿Cómo podía evitarte el dolor de que vieras a todas las nenas que iban a estar ahí con sus vestidos blancos para tomar su comunión?, tenía tanto miedo de tu reacción. Dos veces lo pensé, quería irme, no por vergüenza, quería ahorrarte que las vieras y te sintieras mucho peor, llorábamos juntos como si supieras que no había remedio a tu sentir. ¿Qué podía hacer yo?, no tenía idea de qué hacer, papá no estaba, Federico solo presenciaba tus desbordes y cada vez se hacía más introvertido, no le gustaba verte sufrir, a nadie le gustaba. Llegamos a la iglesia y te perdí, no había consuelo, te tenía en brazos y luchaste conmigo para bajarte e ir al lado de esas nenas, para tocarles el vestido, solo tocarlo. Tu expresión de deseo y tristeza por no tener un vestido como ellas fue dolorosa para toda la familia. Entramos y me senté en la última fila para que no pudieras verlas y así te calmaras un poquitito al menos. Fue inútil, parecías un animalito herido, no puedo ni siquiera soportar el recuerdo. Lloraste tanto, al punto de desmayarte. La abuela te tuvo en brazos casi tres horas y dormido aún te sacamos de la iglesia. Cuando vi las fotos que había sacado tu tía antes de que te encontrara así, habías salido en todas con una servilleta blanca en la cabeza, como si fuera tu pelo. Mi alma tiene tanto dolor, mi cielo, porque presenciaba todo esto sin poder hacer algo que te ayudara a vivir en paz. Ese día papá nos hizo mucha falta. Fue el 30 de octubre del 2010, solo tenías tres años y cuatro meses.

Le conté todo apenas lo vi, papá no sabía qué hacer ni mucho menos qué sentir. Estaba entre la espada y la pared. Entre tener un varón con miedo y deshecho o una nena con pene. Cuesta razonarlo, cuesta asumirlo, mucho más cuando no había de dónde sacar información, más cuando hay una sociedad que te margina, en la cual no podés ser diferente. Papá no lo soportaba, llegó a pensar en mudarnos, en dejarte crecer el pelo para que no sufrieras más y te sacaras esa bendita peluca que hacía transpirar tu cabecita. Y que usaras vestido en casa solamente, pero que en el jardín o con los demás te comportaras como un varón. Demasiado para tus cuatro añitos, demasiado para lo que sentías. Creo que lo intentaste, por momentos hacías lo que papá quería, debías tener culpa o te dabas cuenta de que cambiaba el ambiente cada vez que imponías tu deseo de ser nena. Todos te veíamos, todos éramos testigos de tu inconformidad; ¿qué hacer?, ya no dormíamos.

Teníamos el Día del Niño casi encima y aún no habíamos comprado tu regalo. ¿Qué comprar?, ¿otro auto?, ¿para qué? Para crearte más dolor, más

frustración. Hasta eso, un regalo, algo tan simple, se había transformado en un problema grave. Mi pregunta era: ¿cuánto más este nene puede soportar vivir así? Papá decidió entonces comprarte la muñeca rosa con pelito de lana. Me dijo:

–Esto lo tengo que hacer yo solo.

Y fuimos a la juguetería, me quedé en la puerta, lo vi tan nervioso, dudando, entró y salió tres veces diciéndome:

–No puedo hacerlo. No puedo comprarle una muñeca a Manuel.

Se lo veía enojado, con él, con vos, o con la vida, no lo sé, pero hubo algo de humanidad en él, de saber en el fondo de su corazón que debía hacerte feliz, aunque fuera un ratito, que hizo que la comprara. Yo solo miraba desde afuera. Agarró la muñeca y la tiro en el mostrador, ni miraba a la dueña del lugar, salió y me dio el paquete como si le quemara en las manos diciéndome que nos fuéramos, que ya estaba. Nos fuimos llorando cada uno por su lado. Era imposible hablar en ese momento. Él estaba luchando consigo mismo, con sus prejuicios, su propio dolor, su machismo que no le permitía verte más allá de tu cuerpo, de tu nombre. Y yo estaba feliz, sabía que te iba a gustar la muñeca, la primera. No era solo una muñeca, era el reconocimiento de tu deseo, significaba que te habíamos escuchado y que venía de la mano de papá, que te aceptaba aunque fuera con enojo.

Él te la dio y ahí lo vio todo, vio tu cara de sorpresa y alegría, tu desborde de felicidad.

–¡Mirá, Federico, mirá qué me regaló papá!

Fue la primera vez en cuatro años que te vi contento de verdad. Te vi feliz, eso era, eso necesitabas. Ahí estaba tu muñeca rosa, con pelito de lana, como la que habías visto y por la que tanto habías llorado. Jugaste con ella y dormiste con ella todos los días y todas las noches. Estabas feliz, ya sabíamos qué hacer para verte bien, el problema era sostenerlo. Y ante todos, ante papá mismo que, teniendo la verdad que le cacheteaba la cara, no podía aceptarla aún. Te dio la muñeca y se fue al fondo de la casa a fumar solo, como siempre. No podía disfrutarte, no te aceptaba del todo, me acerqué, le pedí que entrara para estar con vos y con Federico, y me dijo:

–No puedo, ya está, se la compré, pero no me pidas que entre. Le voy a dar de comer, pero no me pidas que juegue a la muñeca con él.

"Le voy a dar de comer", esa frase hizo estrago en mí, como si fueras un perrito; eras su hijo, un nene o una nena, lo que fueras, no un perrito. Pasaron varios días en los que papá no te miraba, te saludaba y te evadía. ¿Por

qué te la regaló, entonces? Eso es algo que solo él sabrá. Pero su desprecio posterior nunca lo pude comprender. Estaba deprimida, no solo tenía que enfrentar tu situación, encargarme de mis dos hijos, cargar con el mal humor de papá y el miedo de que agarrara sus cosas y se fuera otra vez. Sino que también eras mi hijo y a mí también me dolía, yo tenía el peso que provoca el dolor de que, como madre, no podés hacer nada ante el sufrimiento de tu hijo. Y luchaba para que papá entendiera y pudiera aceptarte. Recuerdo que me dijo:

–Yo no voy a tener un hijo puto, ¿qué les voy a decir a mis amigos?

¿Su rebeldía era contra mí, contra él mismo o contra la situación? No sabría decírtelo, pero junté las fuerzas que nunca tuve, me guardé el amor inmenso que le tenía y le contesté:

–No es puto, es una nena, y de tus amigos, al que no le guste que no venga, esta es la casa de Manuel, quien no quiera verlo que no lo vea y no es un amigo. Y si a vos no te gusta, ahí tenés la puerta.

Tu tía Silvia me llamó desde la juguetería para decirme que no sabía qué regalarte para el Día del Niño, que para tu hermanito ya sabía, el tema eras vos.

–Para Federico tengo elegida una valijita con fibras y lápices todo de Cars, pero para Manuel, no sé. Vi algo que le puede gustar, pero no sé qué hacer.

–¿Qué viste?, decime, algo de varón no va a querer, va a llorar.

–No, vi la misma valijita que para Federico, pero de princesas, ¿se la puedo comprar?

–Sí, comprásela, en definitiva, son fibras y lápices.

Tu tía se puso tan contenta, ella era tu cómplice en todo; cuando nadie te dejaba tocar nada de nena, ella les traía una vincha a vos y a Federico, pero la tuya tenía brillitos. O me acuerdo que le regaló una lapicera a cada uno con una mariposa en la punta, a Federico celeste, a vos roja llena de brillo también, ella iba calmando tu ansiedad y disimulando para que la familia no pensara que te hacía mal. Trató siempre de que no sufrieras tanto.

Tu vestido de cotillón estaba hecho harapos ya, igual que tu peluca, era amarillo y a vos te gustaba el color rosa. Tu tía Silvia, ese ángel que te dio la vida para cuidarte a mis espaldas, te había comprado el traje de la princesa Aurora, la de *La bella durmiente,* tu favorita, era de tul rosa y estaba impecable. Me llamó aparte y me dijo:

–Le compré un vestido nuevo, ¿cómo se lo damos sin que Guillermo (tu papá) se enoje?, o si no, no se lo des hasta ver qué pasa, vos fijate, manejalo. Yo lo vi y pensé en ella.

Tu tía Silvia ya te trataba como nena, vos se lo habías pedido, como a mí, pero a mí me costó más por la costumbre de decirte Manuel. Cada vez que te decía Manuel me repetías:

–Me llamo Luana y si no me decís Luana, no te voy a hacer caso.

Recuerdo que una vez te pregunté:

–¿Estás contento?

–No.

–¿Por qué no estás contento, mi cielo?

–Porque estoy contenta.

Podía decirte Manuel tres o cuatro veces y no me mirabas, reaccionaba y te decía Luana, y ahí te dabas vuelta a escucharme. Tuve que respetar tu nombre porque así me lo pediste, no lograba nada con vos si te trataba como varón, me fuiste marcando cómo deseabas ser tratada. Y lo hiciste con el resto de la familia menos con papá. Se lo dijiste una sola vez.

Bueno, tenía el vestido de la princesa en la mano y di tantas vueltas para enfrentar a tu papá; no quería más peleas, ya eran demasiadas. Me acerqué y le dije:

–Tengo un vestido para Manuel, está nuevo, le va a encantar, se va a poner contento. Lo trajo Silvia y estoy de acuerdo en dárselo. –Levantó la mirada y sentí su bronca ahora en carne propia, como vos cada vez que te miraba así. Seguí hablando como si no lo hubiera notado–. Prefiero que use un vestido como la gente antes de que siga con eso todo roto o con los repasadores o mis remeras; se va a disfrazar igual, con este vestido nuevo va a quedar mejor, es más digno, ¿te parece?, ¿me dejás que se lo dé?

–Hacé lo que quieras –me respondió.

Te lo dimos con tu tía; por favor, que desborde de emoción, gritabas pero esta vez de felicidad, me pediste que te pusiera la película urgente y te pusiste a bailar como Aurora. Se te veía tan feliz. Nada importaba después, ni el enojo de tu papá ni lo que digan los demás, solo quería verte bien y así te veías radiante.

Ahora sí eras la princesa que querías ser, está de más decir que ese día dormiste con el vestido puesto. Te ponía triste el pelo tan cortito y por más que te explicaba que ya iba a crecer no podías controlar la ansiedad, lo querías ya, lo necesitabas para estar más tranquila. Sumale a eso la valijita de

fibras y lápices de todas las princesas y la muñeca que te había regalado papá, aunque no fuera de buena gana, pero la tenías. Estabas que no podías con tu alegría. Te la pasabas dibujando, obviamente, princesas y el color rosa lo gastaste.

El tema era el jardín. Tantas nenas a tu alrededor sin poder ser como ellas te frustraba, y cuando llegabas a casa corrías a cambiarte, era lo primero que hacías todos los días al llegar y así te quedabas hasta que al día siguiente volvías a ser Manuel al entrar al jardín.



En agosto de 2011 no teníamos a quién recurrir. Les pedí por favor a todos los de la familia que me ayudaran a encontrar dónde llevarte. Llamé llorando a mi amiga Natalia, le rogué que buscara por Internet algo, alguien, lo que fuera, y ella encontró que en el Hospital Durand había especialistas. Tu tía Silvia se metió en Internet y mirando los emails de los profesionales que había encontró los nombres de la licenciada Valeria Pavan y del doctor Adrián Helien. Le mandó un mensaje a cada uno contándoles la situación que estabas viviendo. Valeria Pavan fue la primera en responder y al día si-

guiente de mandarlo tenía un teléfono para comunicarme con ella. Así lo hice, la llamé muy nerviosa e intenté resumir lo que estabas sintiendo. Ella fue muy amable y comprensiva, nos dio una entrevista a ambos padres en esa misma semana.

Le pedí a tu papá que no me dejara sola esta vez, ya que hacía unas semanas había pasado por un lugar que no conocía llamado La Fulana, un lugar de mujeres lesbianas y bisexuales donde terminé no sé cómo buscando ayuda y me crucé con Verónica, una chica que supo escucharme, contener mi desesperación y que secó el mar de lágrimas que le dejé. Un ser especial que me miró a los ojos y me dijo:

–Dejala ser…

Y no supe qué contestarle.

Salí de allí y me descompuse, me bajó la presión supongo, lloré y lloré y me perdí en la calle, no sabía volver ni dónde estaba y me caí sentada en plena calle Corrientes; le pregunté cómo volver a una señora que pasó a mi lado y decidí nunca más ir a un lugar sola. Desde ese día, Verónica es mi amiga hasta el día de hoy, y nos acompañó con el corazón. Por eso quería que papá me acompañara; además, era él quien necesitaba que un profesional le confirmara qué era lo que te estaba pasando. Yo no, yo solo necesitaba que me guiaran y me dieran herramientas para poder calmar tu ansiedad y tu tristeza. Me acuerdo que antes de ir le dije a papá:

–No necesito que nadie me diga quién es mi hijo más que él mismo.

No tengo idea de cómo accedió, pero lo hizo y eso era lo importante.

Viajamos dos horas y media; el consultorio quedaba en Plaza de Mayo, fuimos tarde. El viaje fue eterno, no sabía con qué nos íbamos a encontrar, solo estaba segura de que iba a poder ayudarnos, lo noté en la charla por teléfono; sabía muy bien de lo que le estaba hablando, casi no tuve que explicarle nada.

Llegamos, el consultorio era muy agradable y ella me transmitió mucha paz; hablaba de una forma muy serena y pausada, me dio confianza y empezamos a charlar. Papá estaba sentado a mi izquierda sin emitir palabra, Valeria sentada en su sillón delante de mí; empecé a contarle lo que te estaba pasando y en ningún momento se asombró por nada; me hizo un par de preguntas y nos miró a ambos diciéndonos:

–Por lo que contás, es una nena trans.

–¿Es qué?

–Una nena trans, una nena transexual.

Lo dijo con una simpleza, con tanta calma, yo había escuchado la palabra transgénero, pero trans no; le pregunté qué significaba.

–Una persona que no se siente acorde con el género con el que nació; es un varón biológico, pero se siente una nena, no acepta sus genitales. Igual vamos a tomarnos el tiempo que sea necesario para verlo. Les hago una pregunta: ¿qué van a hacer si confirmamos que es una nena trans?

No respondí, lo miré a papá para que él contestara, yo sabía qué iba a hacer, pero en ese momento él era nuestro mayor obstáculo. Papá le respondió:

–Vamos a aceptar lo que él decida ser.

–Perfecto, entonces –nos dijo, y me dio una cita para la semana; necesitaba que le contara el embarazo, cómo nacieron y detalles de lo que vivimos.

Papá le preguntó antes de irnos cuánto nos iba a cobrar porque no teníamos plata; ella nos respondió:

–Lo que ustedes puedan, que el dinero no sea un impedimento para que vengan, eso lo vemos.

Salimos de su consultorio asombrados, sin palabras, solo le pregunté:

–¿Qué te pareció?

–La tiene muy clara.

–A Manuel le va a gustar hablar con ella, va a tenerle confianza enseguida.

En el viaje de vuelta pensamos mucho, tenía en la cabeza todo lo que Valeria nos había dicho, y lo que más se complicaba era el jardín, la gente, la sociedad entera, el miedo a que te lastimaras y, lo peor, una vida de nena con genitales de varón. Una vida diferente para enfrentar con el corazón nada más. Tomamos el tren en la estación de Once, se llenó de gente, solo pensaba y lo miraba a papá que también venía atontado con tanta información y tanto que decidir sin vuelta atrás. Lloré tanto… cuando tuve que bajarme recién reparé en que todos me miraban, nada me importaba, quería llegar a casa y abrazarte, sentía que el alma me dolía menos, no me costaba tanto respirar ahora; Valeria nos había dado un poco de aire fresco para tomar fuerzas y empezar a luchar con vos.

La semana siguiente, tuve la primera entrevista a solas con ella. Lo primero que me dijo fue:

–Mi equipo y yo decidimos no cobrarte ni un centavo, nada. Vamos a acompañarlos en todo lo que sea necesario, quiero que te quedes tranquila

con eso.

No sabía cómo agradecerle, no podía creer que tuviéramos un lugar donde poder descansar de tantos problemas. Hablamos mucho, me desahogué y me llené de información, me traje lo más importante que pudo haberme dicho, la mejor herramienta que me dio, solo dos palabras: "Dejala ser". Le respondí:

–Si lo dejo ser, no lo paro más –y enseguida le pregunté–: ¿cuántos niños así hay, vos cuántos conocés?

–Ninguno, no tan chiquitos; sí adolescentes, pero no de esa edad.

Y ahí se me cayó un poco el ánimo, me dio miedo, no había otros nenes, no como había visto yo en el documental, pero ella supo darme calma y seguridad para empezar a aceptar una nueva vida para Manuel, una vida mejor, en la que pudiera ser quien quería ser, y él quería ser Luana.

Empezamos a dejar de retarte y a dejarte jugar tranquilo con lo que deseabas, hasta a vos mismo te costaba al principio aceptar que podías tocar o ponerte lo que querías, te costó perdernos el miedo que nosotros mismos te habíamos infundido. Por ahora estabas jugando de a poco solo en casa hasta que llegó el día en que la conociste a Valeria.

Entraste a su consultorio solito; estuviste poco tiempo, pero te sirvió de mucho, le dijiste tu nombre, el que te habías elegido, y ella lo respetó.

Saliste tan contento, te gustó ella, te encantó que fuera una nena, me dijiste que era relinda y que te encantaron sus zapatos altos.

A la semana siguiente, al entrar al consultorio, Valeria había comprado dos bolsas llenas de juguetes para nenas y para nenes; muñecas, autos, jueguitos de té, camiones, una cancha de fútbol en miniatura. Y te dio a elegir con qué deseabas jugar, te puso varias cosas delante y fuiste directo a una muñeca con vestido de novia.

Y así, una vez por semana, todas las semanas. Era tu hora de felicidad, ibas tan contento a jugar con ella, te sentías libre, comprendido, contenido y encontraste a una profesional con una sensibilidad que muy pocos tienen, captaba tu estado de ánimo al instante y se ganó tu confianza en la primera sesión.

Yo escuchaba del otro lado de la puerta tus risas; estabas feliz con ella, respetaba tu mundo y no solo eso, lo compartía.

Un día te dijo que podías traer lo que vos quisieras de casa para jugar con ella, hiciste lo mismo que con la psicóloga anterior, llevaste en una bol-

sita tu vestido de cotillón y tu peluca que ya estaba desastrosa, pero no te la querías sacar.

Viajaste esas dos horas y media con tu bolsita en la mano. Valeria te abrió la puerta de su consultorio y al entrar te empezaste a cambiar como si se te acabara el tiempo; sentías un gran alivio al ponerte esa ropa. Venías viajando y eras un nene pensativo y amargado, llegabas ahí y te liberabas, te ponías el vestido y la peluca y le dabas vida a esa carita triste, le ponías alma a ese cuerpito que no acompañaba tu sentir. Las dos bolsas de juguetes fueron con el tiempo resumiéndose en una, la que tenía juguetes de nena; hubo camiones que ni siquiera tocaste. Al contrario, le decías: “Ese es para Federico”. Y hubo otros, como la canchita de fútbol con la que jugaste, pero vestida de princesa y con peluca. Eso demostraba que no importaba con qué jugaras, si era un juego de varón, mientras lo jugaras vestida de nena. Lo que realmente era importante era lo que decías ser y vos decías ser una nena.

Todo en casa empezó a estar más tranquilo, ibas sintiendo alivio y adquiriendo seguridad. La tristeza seguía porque no estabas todo el tiempo como nena y el jardín pesaba mucho. Pasábamos por el puesto de diarios y mamá le compraba una revista a cada uno para que pintaran; antes les compraba de autos a los dos por igual y vos la agarrabas sin ganas y la señora del puesto de diarios se daba cuenta. Una mañana que fuimos a comprar, agarraste una revista de princesas, te dije que la dejaras y te abrazaste a ella y no te la pude sacar; la señora se quedó mirando y me dijo:

–Qué raro que a él le gusten las princesas.

Y como te compraba algo para que te gustara y no quería verte llorar más, empecé a comprar todos los meses la revista de princesas para vos y la de autos para Federico. Iba al kiosco con dos varones y uno llevaba una revista de nene y el otro, de nena; la señora no aguantó más hasta que me preguntó:

–¿Por qué le comprás revistas de nena a él?

–Porque es una nena.

Y le expliqué como pude. Fue a la primera persona en el barrio a quien se lo dije y sentí tanto alivio; era muy feo que te observaran tanto, así que mamá se lo aclaró y tuve su apoyo al instante. Te trataba muy bien, hasta te decía que eras hermosa.

–A mí me parecía que algo pasaba, no podía ser que el nene eligiera esa revista –me dijo.

Traté desde entonces que tuvieras cosas de nena que te gustaran y te hicieran sentir mejor, iba a comprarlas con vos, te dejaba elegir. Como una vez que entramos en la farmacia para comprar el aerosol para tu asma bronquial y corriste hasta donde estaban los perfumes, te tiraste en el piso porque en el último estante de la vidriera había uno de la princesa Aurora. Era una muñequita arriba del frasco. Me suplicaste por ella y mamá te la compró, llegamos a la caja a pagarla y la cajera, que solo tenía que cobrarnos, no sé por qué te dijo:

–Y ese perfume, ¿para quién es?, ¿para tu hermanita?

–No, es para mí.

–Pero para vos tenés el del Hombre Araña, cómo vas a llevar ese.

Te pusiste mal, te avergonzó, no tenía por qué cuestionarle a una criatura para qué compra qué ni para quién; la callé diciéndole:

–¿Me lo vendés o no?

No entendía por qué le chocaba tanto a la gente ver que un nene tiene algo de nena en la mano o si usa un color u otro. Ahí me di cuenta de cuánto iba a costarnos caminar tranquilas por esta vida. Juzgan sin conocer. Tienen tan grabado en la cabeza nene por un lado y nena por otro que ni pueden llegar a pensar en que hay nenes y nenas diferentes. Cuando salimos de esa incómoda situación, a la que, por lo visto, nos íbamos a exponer seguido, hablé mucho con vos y te fui explicando que mucha gente no entiende, que la mayoría no se daba cuenta de que eras una nena porque te veían como varón, que no era tu problema, sino el de ellos y que nunca tuvieras vergüenza, que podías elegir y comprar lo que vos quisieras. Lo mismo nos pasó yendo al cumpleaños de tu tía Gori. Esperando el colectivo, viste un puesto de juguetes en la calle y te acercaste, te gustó mucho una muñeca y me pediste que te la comprara. Me acerqué y le pedimos a la señora la muñeca; nos dijo:

–No, para vos hay autitos.

–Pero él quiere esa muñeca, ¿me la podés vender?

–No, papi, mirá, acá tenés autos, camiones, eso es de nena.

Ya estabas poniéndote mal otra vez y mamá se armó de paciencia; intenté sin dar explicación porque no tenía ganas de que me vendiera la muñeca, la agarré y te pregunté:

–¿Esta querés?

–¿Para qué le va a llevar una muñeca al nene?

–Porque le gusta, me la vendés.

–Haga lo que quiera, pero para él hay camiones –insistió.

Nos puso de mala gana la muñeca en una bolsa y nos fuimos; no podía creerlo, se negaban a venderla porque vos eras un nene. Subimos al colectivo y tratabas de jugar con ella desde adentro de la bolsa. Estaba lleno de gente y te estabas escondiendo, la sacabas, le tocabas el pelo y la guardabas otra vez tratando de que no te vieran. Me dio tanta bronca, ¿por qué te tenías que esconder así?, nos había costado tanto comprar la muñeca y desde adentro de una bolsa no se puede jugar; entonces te dije:

–Podés sacarla, mi amor, jugá tranquila.

–Pero hay gente, mamá.

–No importa, no hacés nada malo, sacala de la bolsa que está todo bien.

Dudaste, sacaste el pelito primero y mirabas a tu alrededor por si te decían algo; unos segundos después terminaste jugando tranquila hasta que nos bajamos. Obvio que todos los que estaban en el colectivo te miraban, un nene jugando con una muñeca y la madre, que está al lado, no se la saca, qué espanto, ¿no? Pues a mí no me importaba la mirada del otro, es más, ni siquiera los conocíamos, lo que me importaba a mí era tu mirada, tus ojitos llenos de luz, tu alegría.

¡Qué desgaste!, ¡qué lucha!, por favor. No sé de dónde sacábamos valor o qué me hacía ser así; por supuesto que la fuerza que mamá tenía para lidiar con todos aquellos que se empeñaban en que fueras lo que no eras siempre me la dieron tu sonrisa y tu mirada. Y todo lo que te hiciera sentir bien a vos me convencía más a mí. Si podía luchar y enfrentar a tu papá, podía con todos.

Tu abuela, o sea mi mamá, gracias a Dios vivía enfrente de nuestra casa; ella te protegió siempre y desde los tres meses de vida, cuando no lograbas dormir, sintió que algo te pasaba, que eras un bebé especial. Ella me transmitió los valores que yo les inculqué a ustedes dos. Luchadora nata, sola crio a sus cuatro hijos y nos dio el amor y el cuidado de madre y nunca nos faltó nada aunque no tuviéramos un padre. Me enseñó desde chiquitita la importancia de la familia, que los hermanos estuviéramos unidos y que mirara siempre para adelante, que jamás me diera por vencida.

–No está muerto quien pelea –me solía decir– y el no ya lo tenés, andá por el sí.

Cada vez que bajé los brazos, mi mamá me ayudó a levantarlos; me repetía:

–Nada es imposible, todo tiene solución, no llores, nada vale una lágrima tuya.

Y eso es todo lo que me ha servido estos años para acompañarte y esas mismas frases fueron las que te he dicho yo a vos. Como te decía, ella vivía enfrente e íbamos a verla todos los días. Vos querías ir a jugar con tu vestido y tu peluca, entonces los ponías en una bolsa, cruzábamos la calle y te cambiabas al entrar. Cuando volvíamos a casa hacías lo mismo. Le planteé la situación a papá y le pregunté si podía cruzarte así como estabas vestida; total, quién iba a vernos. Se opuso totalmente.

Una tarde estábamos solos los tres, estabas vestida con tu traje de princesa y abrí la puerta para ir a lo de la abuela, te escondiste detrás y me dijiste:

–Esperá que me saco todo y busco una bolsa para ir.

Y en ese instante me olvidé de todo, te agarré fuerte de la mano y te dije:

–Vamos así, no hay problema.

–Pero la gente me va a ver.

–¿Vos qué sos?, ¿una nena o un nene?

–Una nena.

–Bueno, entonces, agarrate fuerte de mamá y cruzá sin vergüenza que nada va a pasar, yo estoy acá con vos y siempre voy a estar.

La calle se hizo más larga, te agarré de una mano a vos y de la otra a Federico y cruzamos, sin mirar a los costados, de frente como me enseñó mi mamá. Y fue un logro muy importante, ahí me demostraste tu valor y tu entereza y yo te hice ver que siempre ibas a poder apoyarte en mí, que nunca vas a estar sola para enfrentar la vida y que cuando tuvieras miedo o vergüenza, podías agarrarme fuerte de la mano que mamá allí iba a estar.

Dejarla ser



Agosto de 2011

Desde que cumplieron un año, papá les enseñó a lavarse el penecito; mamá los bañaba juntos porque así se me hacía más fácil. Hace tres días me dijiste:

–Federico tiene penecito, mamá, y yo no.

–Vos también tenés penecito, mi cielo.

–Yo no tengo penecito, yo soy nena.

Lo único que pensé es que habrías visto a alguna nena en el baño del jardín. Negabas tu cuerpo y eso no tenía que suceder; al contrario, tenías que aceptarlo. A partir de esto pasamos a estar mucho peor, ya habías visto o te habrían contado, no lo sé bien, pero el único tema que acaparaba tu cabecita era el pene y lo negabas todo el tiempo. Comencé a bañarte sola para que no vieras a tu hermanito y te sintieras mal. Cuando te decía que te lavaras el pene, me repetías que no lo podías hacer porque no tenías.

–Lavate el penecito como te enseñó papá –te decía.

–El penecito no está, se fue.

–¿Cómo que no está? Si yo lo estoy viendo.

–El penecito está en el jardín.

Eso era lo que tanto te preocupaba, supuse que decías eso porque era allí el único lugar donde te trataban como varón todavía.

El tema era que no solo no querías higienizarte, sino que no te tocabas ni querías ir a hacer pis. Te aguantabas y cuando te decía que fueras al baño

me contestabas:

–No puedo hacer pis porque no tengo pene.

Esa negación te llevo a que empezaras a hacerte pis encima; no a la noche, durante el día. Y después se sumó que también te hacías caca por no ir al baño y verte. La situación se iba complicando cada vez más; saliendo del jardín me dijiste:

–Yo no tengo penecito.

–Sí tenés.

–No, no tengo penecito porque soy nena.

–Pero hay nenas con penecito y hay nenas diferentes; aparte, el pene te sirve para hacer pis.

–¿Vos tenés penecito, mamá?

–No.

–¿Qué tenés?

–Vagina.

–Entonces, si no tenés penecito, no podés hacer pis.

–Sí que hago, por la vagina, vos hacés por el penecito.

–¿Valentina tiene penecito?

–Tu prima Valentina no tiene penecito.

–No es una nena diferente.

–No, vos sos una nena diferente y está bien, a mí me encantaría ser una nena diferente.

–A mí me gustaría ser una nena común.

No pude ni contestarte, me quedé sin palabras y vi tu carita de desilusión; estabas muy triste por esto y no hablabas de otra cosa. Hasta llegaste a preguntarles a las otras nenas del jardín qué tenían. ¡Qué triste saliste esa tarde!

–Mamá, todas las nenas del jardín tienen anginas.

–¿Cómo?, ¿quién te dijo que tienen anginas?

–Sí, mamá, todas tienen anginas y yo sola tengo penecito.

Ahí comprendí, querías decir que todas tenían vagina. Les habías preguntado una por una. Pensé que eso nos traería problemas, pero solo quedó entre las niñas. Como todo lo que te dolía mucho llegabas a transformarlo o a acomodarlo a tu mundo, también lo hiciste con tu pene; supervivencia, diría yo.

Te estaba bañando para ir al jardín y no te noté mal. A propósito, te pedí que te lavaras y lo hiciste. Me sorprendió, me miraste diciéndome:

–Mi penecito es nena, mamá.
–¿Tu pene es nena?
–Sí, mi penecito es nena y está contenta.
Lo dejé pasar; si eso te hacía sentir mejor, yo no tenía una mejor respuesta.



Le comenté esto a Valeria y tratamos de que de a poco empezaras a quererte, a aceptarte, no iba a ser fácil, pero tenía que repetirte a diario que el pene estaba y te servía para hacer pis; además, tenías que cuidarlo, mi miedo era que te lastimaras, que no lo aceptaras y llegaras a cortarte o algo así. Guardé todas las tijeras, alicates, a tu alcance no había nada con lo que te pudieras hacer daño.
–No puedo hacer pis, mamá, porque no tengo penecito –me decías llorando.
–Dale, hermosa, sí que podés.
–No, no tengo, las nenas no tienen penecito, yo tengo vagina.

Creí que íbamos a enloquecer, era desesperante, qué podía hacer, no podía soportar cómo te veía sufrir por esto. Tenía bronca, ¿por qué habías nacido así?, ¿por qué no eras una nena completa? Y pasó algo peor, te sacaste la ropa, viniste y te paraste delante de mí, con tus deditos hundiste tu pene hasta hacerlo desaparecer, solo te quedaban los testículos y me dijiste:

–Así quiero tener mamá. No quiero penecito.

Te abracé, lloramos las dos y te vestí; no podía con esta situación, siempre surgía algo nuevo; cuando lograba calmar tu angustia por algo, descubrías otra cosa o sentías demasiado la diferencia. Eras muy inteligente y no te podía conformar con cualquier respuesta, siempre te dije la verdad, lo poquito que vos pudieras entender, pero la verdad. Era una locura todo el día, llorabas mucho, no dormías otra vez, te despertabas gritando y muy asustada; no sé con qué soñarías. Una madrugada me despertó el ruido de los cajones de tu cómoda, eran las tres de la mañana y te encontré vistiéndote con tu disfraz y poniéndote la peluca. Eso te calmaba y te volvías a dormir. Muchas otras noches en las que no te escuché, al día siguiente te encontraba dormida en el suelo del baño o de tu habitación sin el pijama que te había puesto yo, sino con tu vestido de princesa. Sentí que tenía todo perdido y que esto nunca iba a mejorar, sino al contrario. Era en verdad devastador.

Estabas en el baño sentada en el inodoro, fuimos probando si haciendo pis de sentada y no mirándote el pene te angustiabas menos, me llamaste; cuando entré, te vi llorando sin hacer un solo gesto, las lágrimas se te caían solas, tu carita estaba seria, ya no sabía con qué ibas a salir y deshecha me senté en el piso, tu mirada era rara, por un rato no me hablaste, juntaste coraje como diciendo "es ahora o nunca":

–Yo quiero una bombacha.

–¿Qué?

–¿Me comprás una bombacha de nena?

Gracias a Dios era solo eso; te dije que sí, que no lloraras más, te prometí que íbamos a ir juntas y vos la ibas a elegir. ¿De dónde habías sacado la palabra bombacha? Hasta ese entonces usabas boxer y lo único que yo te decía era la palabra calzoncillo. Descubrías cosas que se me iban de las manos, venías del jardín con tanta información de nenas que no sé si vos preguntabas o te contaban; la realidad era que se me complicaba todo cada vez más.

Una tarde que íbamos para el consultorio de Valeria en Plaza de Mayo, compramos las bombachitas en un puesto de la calle. Tres, las elegiste vos,

la vendedora no dijo nada, por suerte, creo que no lo hubiera podido soportar ya.

Caminamos viendo otros puestos de ropa y te metiste en un lugar que vendían vestiditos, simplemente tocaste uno y te abrazaste a él. Recuerdo que era amarillito con la estampa de Kitty. Ni lo dudé; antes que un disfraz, mejor que tuvieras ropa de nena de verdad. Entramos al local y una señorita me atendió.

–¿Me podés mostrar ese vestidito?

–Sí, ¿como para quién?

–Para ella –le dije.

–¿Cómo? Para él tiene ropa de varón.

Me di vuelta y te vi, con tu pantaloncito y tu remera azul, el pelo cortito y sí, era obvio que se te veía como varón.

–¿Vos me lo podés vender igual?

–¿No querés ver unos pantalones para vos? –te preguntó.

Y ahí tuve que decirle:

–Es una nena, me das el vestido que ella quiere.

Te lo probé y nos fuimos, la chica se quedó pensando seguramente que estaba loca y no la culpo, no se podía ya seguir con esa ambigüedad, o eras un varón o eras una nena, aunque sea de apariencia.

Al llegar a lo de Valeria te cambiaste enseguida, jugaste con ella y al terminar tu hora no quisiste cambiarte para regresar a casa. Ni Valeria ni yo te pudimos convencer para que te lo sacaras.

–Valeria, ¿qué hacemos? –le pregunté.

–¿Te animás a llevarla así?

Ya nos había pasado al principio con una muñeca, volviste con ella jugando en el tren, no hubo quien no nos mirara, así que era más de lo mismo.

–Sí, me animo, ¿qué problema hay?

Salimos del consultorio con vos vestida de nena, pero esta vez con un vestido de verdad. Así te llevé a casa; cuando te vio papá fue el problema, discutimos y le dije:

–Se terminó, yo no la llevo más vestida de varón, ella quiere estar así. No me importa lo que la gente diga, ya están hablando igual, nadie nos da nada, nadie viene a preguntarme si necesito algo, y si no, llevala vos, hacete cargo de lo que le pasa porque yo no doy más y hago todo lo que puedo. Ella así es feliz, y es lo que realmente te tiene que importar.

El vecino de al lado de casa me paró para preguntarme si te llevaba a una fiesta de disfraces. También a él le expliqué lo que te estaba pasando, estaba harta de todo y de todos, la presión era muchísima y solo quería un poco de paz. Entiendo que era raro ver que de un día para el otro en lugar de salir de la mano de mis dos hijos varones salía de la mano de un nene y de una nena, pero a nadie se le ocurrió pensar que era evidente que algo estaba sucediéndote. Pues no, lo primero que se comento fue que mamá estaba loca.

–¿Qué le pasa a Gaby que viste a uno de los mellizos de nena? –le preguntaban a tu abuela.

¿En qué cabeza cabe que fuera idea mía? ¿Acaso no te veían? Estabas feliz y si yo te hubiera obligado, hubieran notado que vos no querías, supongo. ¿Qué nene soporta estar vestido de mujer tanto tiempo? ¿Salir a la calle y encima sonreír?

Era demasiado para mí, papá no colaboraba en nada, mi único motivo era verte bien; si con pantalones estabas mal y con vestido estabas bien, a dejarte usar un vestido, entonces, y a no mirar alrededor, ¿para qué?

Te compré unas hebillas para ver si te podía sacar la peluca, hacía calor y la cabeza te transpiraba mucho, y con eso no podíamos ir a la calle.

¿Cómo hacerles entender que lo complicado era vestirte de nene? ¿Quién podía saber de tus pesadillas, de tu llanto constante, de tu tristeza y del riesgo que corrías si llegabas a lastimarte?

Te amaba como varón, nunca quise a una nena en tu lugar, jamás se me hubiera ocurrido disfrazarte, ni siquiera sabía qué te estaba pasando; lo que hizo que cambiara mi manera de pensar y te dejara ser libre fue no querer verte sufrir de la manera en que te vi. Y acompañarte como toda mamá acompaña a sus hijos, en lo que fuera, incondicionalmente.

Hubo gente que te vio, que te conoció como nene y vio tu tristeza, una de esas personas fue Carolina, una mamá del jardín.

Vos y Federico eran muy amigos de dos nenes, por lo cual mamá se hizo amiga de sus mamás. Venían a casa a jugar, íbamos a sus casas, compartíamos cumpleaños y tardes de té. Cuando la situación no se pudo sostener, las reuní a las dos y les conté lo que te estaba pasando; como ellas venían con sus hijos a casa, tenía miedo de que llegaran un día y te encontraran vestida dentro de casa como una nena y no como el varón que jugaba con sus hijos. Pensé en la reacción de esos nenes y por eso les conté.

Carolina lo aceptó enseguida, es más, me dio un fuerte abrazo y me dijo que contara con ella; la otra mamá se mostró distante. Yo no buscaba apro-

bación, solo quería avisarles que si llegaban de visita sin avisar, lo más probable es que vos estuvieras vestida de nena.

La otra mamá, de quien no quiero siquiera recordar el nombre, nos hirió mucho, llegó a decirme que lo tuyo podía ser contagioso para otros nenes del jardín, que había hablado del tema con su marido y que me aconsejaban vender la casa y la camioneta de papá y que nos fuéramos a vivir a una provincia, lejos de acá. Que nadie te iba a aceptar y que las otras madres iban a quejarse porque vos les tocabas el pelo a las nenas y me iban a venir a decir que las estabas acosando. Que lo mejor era que te cambiara de jardín. No sé cómo aguanté las ganas de callarle la boca de una cachetada por ser tan hiriente tratándose del supuesto mejor amiguito de su hijo. Me conocía, en verdad me contuve, pero le dije:

–No pienso irme a ningún lado porque no es la solución, no voy a vivir huyendo ni escondiendo a mi hijo porque no es un monstruo; al que no le guste que saque a su hijo del jardín, Manuel tiene derecho a la educación y al que no le guste que no lo mire. No es contagioso, él está formando su identidad y solo le concierne a él. No afecta a nadie más.

Obviamente, empezamos a hablarnos cada vez menos hasta que me retiró el saludo por completo; no perdimos nada. Lo único que lamento es que le prohibía a su hijo jugar y acercarse a vos. Y, con el tiempo, el nene empezó a molestarte. Siempre llegabas del jardín diciéndome que ese nene te molestaba y no quería ser tu amigo.

En cambio, Carolina, para la fiesta de fin de año en la que tuviste que actuar de mono cuando deseabas ser bailarina, te regaló una muñeca de trapo de patas largas color rosa, una bailarina con pelito de lana, y te la regaló por ser tan valiente. Ella siguió siendo nuestra amiga y trayendo a su hijo a jugar con vos y con Federico. Incluso el nene llegó a verte con vestido y hebillas, te miró y siguieron jugando como si nada pasara; Carolina le había explicado de una manera simple que eras una nena y él te aceptó. Lamentablemente se tuvieron que mudar lejos y tu amigo se cambió de jardín, pero es el día de hoy que los vemos de vez en cuando. Con esa muñeca jugaste hasta gastarla y un día la llevaste hasta la puerta del jardín. Salimos de casa y vi tu bolsita muy llena, la habías guardado allí. Todos los nenes llevaban algún juguete hasta la puerta. Te dije que solo hasta ahí podías llevarla. Una cuadra antes de llegar la hiciste un bollo como para esconderla; en la puerta, te escondiste detrás de un poste de luz y no querías salir. No podía sacarte la muñeca de la mano, querías entrarla con vos. La abrazaste y con pasitos pe-

queñitos y miedo en tu carita llegaste hasta la puerta del jardín abrazada a tu muñeca. En ese momento te vio la directora y se acercó, te la sacó y te dijo que adentro había muñecas si querías jugar. Y no dejó que entraras con ella porque estaba prohibido llevar juguetes a la salita. ¿Qué te hizo hacer eso?, ni idea tengo, pero cada cosa que hiciste fue con valor, con coraje, mostrando tu deseo a quien quisiera verte. Llegaste hasta la puerta con tu muñeca y hubieras entrado si te lo permitían. A gritos pedías que te aceptaran, a gritos rogabas que te dejaran ser una nena.

18 de octubre de 2011

Dentro de un mes va a haber una fiesta en el jardín, el festival de fin de año, hoy tuve la reunión, los nenes de tres años se van a disfrazar de monos y los de cuatro, de leones. Todas las nenas de bailarinas. Que desilusión, lo primero que pensé fue cómo te lo iba a decir. Era más que obvio que vos ibas a querer vestirte de bailarina, pero esperé tu
reacción; qué podíamos hacer. Llegaste a casa y me dijiste:

–Mamá, voy a disfrazarme de bailarina.

–No, mi cielo, a vos te toca de mono.

–No, mamá, la seño dijo "todas las nenas de bailarinas", y yo soy una nena.

Cómo hacía para explicarte que cuando dijo todas las nenas no se refería a vos; lloraste tanto, la desilusión fue tan grande que no sabía cómo contenerte. Empezaron a ensayar el baile un mes antes; cada vez que lo hacían, volvías a casa muy triste. Las mamás de los nenes llamaron a una modista para que hiciera todos los trajes de mono iguales, tuve que llevarte a que te tomaran las medidas. Estaban todas las mamás con sus nenes y cuando tocó tu turno, empezaste a decirme en voz alta y muy firme:

–Yo no quiero, yo no soy mono. Los nenes son mono y yo soy bailarina. –Traté de callarte, nadie entendía nada y se quedaron mirándonos–. Yo soy nena y soy bailarina.

La cara de la modista y de las madres extrañadas de lo que estaban escuchando; te hablaba al oído pidiéndote por favor que te dejaras tomar las medidas, que en casa lo hablábamos, pero nada; hasta que rompiste en llanto porque no te escuchaba. La modista hizo su trabajo con vos llorando y repitiendo:

–Mamá, yo no soy mono, soy bailarina.

Terminó con vos, no miré a nadie para no dar explicaciones y nos fuimos. Cuando llegamos a casa, te volví a explicar por qué tenías que actuar de mono, que en el jardín no sabían que eras una nena y que era un simple disfraz, que las nenas también se disfrazan de mono y que no dejabas de ser nena por eso. Yo te entendía, pero no podía hacer nada al respecto, me partía el alma verte así, siempre traté de que vos entendieras la reacción de los demás.

–¿Me pintás la cara de mona? –me dijiste.

Fui al jardín a hablar con la señorita y le expliqué la angustia que te generaba el disfraz de mono, que vos deseabas ser bailarina como las demás nenas. Y no me dio respuesta alguna. Le dije entonces que iba a tratar de que actuaras de mono, pero que si veía que te ponías mal o te veía incómoda y te largabas a llorar, iba a retirarte de la fiesta. Me dijo: "No te preocupes que si se pone mal, nosotros vamos a contenerlo". ¿Contenerlo? ¿Como varón? No entendía nada, entonces; no solo no respetaban tu deseo, sino que te seguían nombrando como varón. Me puse en tu lugar y vi qué humillación estabas por pasar. No solo vestida de mono con los otros varones, sino bailando delante de todos tus compañeros y de todos los papás. Me preguntaba qué pasaría si a cualquier nene lo obligaban a vestirse de bailarina y lo ponían delante de todos a bailar. ¿Qué haría ese niño? ¿Sus padres lo permitirían? Estaba enojada con la situación, además de estar atada de pies y manos; nada podía hacer para cambiarlo.

Me entregaron el disfraz, ni quisiste probártelo. Hablamos con Valeria y me dio la idea de que te mandara a hacer un traje de bailarina para que cuando volvieras de la fiesta lo pudieras usar en casa. Le pedí a papá que te lo dijera así te sentirías más acompañada. Él hizo un trato con vos y te dijo:

–Si vos actúas de mono sin llorar, te vamos a comprar el disfraz de bailarina.

Qué alegría te dio, solo así aceptaste pasar por esa situación. El tema era encontrar una madre que me dijera cómo era el traje de la bailarina. Pregunté, ninguna me quería decir, sus respuestas eran: "¿Para qué querés saber si vos tenés dos varones?". "¿Qué?, vos tenés que vestir de mono a los mellizos".

Como si no lo supiera. La única que se apiadó de mí fue la mamá de Luana, la nena a la cual peinabas y con la que te identificaste tanto que hasta su nombre quisiste tener. Ella me dijo cómo era y me lo mostró. No tengo idea de costura, pero compre tul y cinta, y con la ayuda de la abuela te hici-

mos un tutú rosa, le pegamos estrellitas a una remerita y fabriqué unas zapatillitas de baile en goma eva, así nomás, pero vos ibas a tener tu traje de bailarina.

Llegó el día y temblaba, tenía tanto miedo de que te pusieras mal, estaba tan nerviosa y traté de que no te preocuparas y que disfrutaras de la fiesta; cuando llegaras a casa, tendrías tu disfraz. Llamé a todas mis amigas para que vinieran a verte a casa. Quería que tuvieras tu propia fiesta.

Le dije a papá:

–Si puede con esto, si logra pasar este mal momento delante de tanta gente, va a poder con todo.

Y así fue, pudiste, tu carita no era la mejor ni de felicidad alguna, iban apareciendo todas las nenas con sus vestiditos, hermosas, maquilladas, llenas de brillo y vos estabas con un traje de mono marrón en el grupo de los varones. Imagino qué mal debías sentirte, mi cielo. Qué triste tu lugar, pero bailaste, pudiste con todo y con la mirada de todos. Qué orgullosa estaba, qué valiente fuiste, Lulú, yo no lo hubiera podido hacer. Terminó la fiesta, te acercaste a mí y me dijiste desesperada:

–Sacame esto, mamá, quiero ir a casa y ponerme mi disfraz de bailarina.

Llegamos a casa, te lavamos la cara, el traje de mono te lo sacaste en el camino, en la calle, y te vestí con tu disfraz; lo único que no pude hacerte fue un rodete porque tenías el pelo muy cortito. Estábamos esperando en el comedor todos los que te amábamos y sabíamos de tu dolor. Federico te presentó:

–Con ustedes, la bailarina Luana.

Saliste y todos te aplaudimos, bailaste para todos, la coreografía igual a la que habían hecho las nenas del jardín, que supongo te aprendiste de mirar de lejos.

Esa noche dormiste con el disfraz, y la siguiente y una más.

Fue lo único que pudimos hacer para quitar ese sabor amargo que te había causado un mes de llanto y disconformidad, un mes de gritar: "¡Soy una nena y soy bailarina!". Nadie quiso escucharte. Después de esto, me di cuenta de cuán fuerte era tu deseo de ser nena, lo que podías hacer por serlo y que no había vuelta atrás. Pasaron unos días, pasé por una librería y vi por casualidad un libro que tenía una bailarina en la tapa; era precioso, todo rosa y lleno de brillitos, su título era *El sueño de la bailarina*; me largué a llorar y entré. Lo pedí y lo miré. Era hecho para vos Lulú, contaba el sueño de una nena que quería ser bailarina, el deseo que solo le pudieron cumplir

las hadas. Lo compré y te lo regalé por haber sido tan valiente. Para que vieras que había otras nenas que también tenían el mismo sueño que vos, el de ser una bailarina.

29 de noviembre de 2011

Hoy tuve una reunión en el jardín con tu señorita, la directora y la psicopedagoga. Me pidieron que Valeria les mandara un nuevo informe. Ellas necesitan saber cómo te van a tratar el año que viene. Cómo te van a llamar, en qué fila te vas a formar, si vas a entrar como nene o como nena. Las noté mucho más flexibles e interesadas que hace tres meses atrás. Dijeron que iban a empezar a cambiar la manera en que trataban a los niños en general. Por ejemplo, en lugar de decir: "Las nenas a lavarse las manos", los van a nombrar por grupos, están dispuestos a cambiar formas y maneras que hace años están instaladas en la educación y eso es buenísimo. El tema de hacer hincapié en separar a las nenas de los varones y del rosa y el celeste es de toda la vida, pero hoy en día todo ha cambiado, y se han dado cuenta a partir de vos de que hay niños o niñas que no encajan en ningún lado; para formarse en la fila de los varones, se sienten niñas y para la fila de las niñas, son biológicamente varones. Todas las personas transexuales fueron niños y tienen recuerdos de su primera infancia y cosas puntuales que les sucedieron en el jardín. ¿Por qué pensar, entonces, que esto es nuevo? ¿Por qué se asustan de tu edad? La identidad se va construyendo; como lo hacen los demás, lo hacés vos, con la diferencia de que tu cuerpo no te acompaña. Antes era peor, la gente era más cerrada, la única diferencia es que hoy en día hay leyes y derechos que tienen los niños, que hay que respetar y uno de ellos es el derecho a la identidad. Por lo menos en este jardín se está pensando diferente y actuando en consecuencia. Has demostrado de alguna manera que estás muy segura de tu identidad y que te perjudica tanto psicológicamente que te traten como nene que tienen que tomar nuevas decisiones. Te escucharon, las cosas están cambiando; lentamente, pero está pasando.

16 de diciembre de 2011

Hoy se dio un gran paso para vos y para muchos niños y adultos, docentes y directivos. Hoy se acercaron al jardín Valeria Pavan y Marcelo Suntheim, fiscalizador de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), para hablar

con la directora, la psicopedagoga y tu señorita. Van a tratar tu entrada como niña el año que viene en salita de 4 años. Yo los acompañé, pero no entiendo por qué no me dejaron entrar, solo querían hablar con ellos dos. Esperé afuera de la dirección, la reunión duró dos horas y media, fue eterna para mí. Marcelo defendió legalmente tus derechos y Valeria priorizó tu salud psíquica.

–Les costó, pero se mostraron abiertos y predispuestos a colaborar –dijo Valeria.

Ya estaba decidido y aceptado, el año que viene vas a ir como nena al jardín y, como hay leyes que te amparan, también van a respetar el nombre que elegiste; no en los legajos, ahí va a figurar tu nombre de nacimiento por ahora. Cuando se sancione la nueva Ley de Identidad de Género, vas a poder obtener tu nuevo DNI ya que hay un inciso que abarca a los menores de 14 años, o sea que todo va a cambiar, Lulú, vas a existir legalmente y ya no vamos a tener que pasar por situaciones tan humillantes y traumáticas para vos; como, por ejemplo, llevarte a la guardia a que te vea un médico.

No va a ser fácil, pero ya estamos acostumbradas a que todo nos cueste un poco. La lucha no me molesta, pero a veces es muy injusta. Sacaremos fuerzas de donde sea como lo hicimos hasta ahora, sos muy valiente y Valeria me dijo que yo también lo era, así que a seguir luchando, entonces, que no está muerto quien pelea. Y estoy segura de que cada batalla que ganes no solo te va a servir a vos, sino que también va a servir de ejemplo para otros niños que están en tu misma situación; va a hacer que muchos docentes se informen y puedan ayudar y contener a otros niños y niñas; y lo más importante, ojalá se logre en las escuelas que los demás niños respeten a los que son diferentes y no los tomen como blanco para las burlas y cargadas. Hasta hoy de este tema no se hablaba, hasta hoy no había en un jardín una nena transexual, se logró que las personas abran un poco la cabeza y mucho más el corazón y ese fue un logro tuyo, Lulú; nosotros te acompañamos, pero la que se plantó delante de todos y dijo “yo soy una nena” fuiste vos solita, y estoy orgullosa de ello. Espero que lo que tanto deseaste se dé con naturalidad y los directivos sepan manejar bien la situación y la información a los demás padres, que son muy importantes. Los niños toman todo con naturalidad y son tan inocentes que estoy segura de que no va a haber problema alguno. El tema son los adultos; si ellos tienen prejuicios o miedos, van a transmitírselos y eso nos va a traer conflictos, seguro.

Valeria va a estar comunicada con la directora, van a venir cuantas veces sea necesario para que todo lo que suceda en el jardín lo podamos ir solucionando.

En septiembre de 2011, el doctor Adrián Helien, médico psiquiatra del Departamento de Transexuales del Hospital Durand, nos contestó el email que le habíamos mandado junto con el de Valeria Pavan, coordinadora del Área de Salud de la CHA; Valeria ya te estaba viendo y trabajando con vos. Lo bueno de que nos respondiera Helien era que podíamos ir con papá para que él fuera acompañándonos a nosotros. Quedamos para vernos un día en su consultorio y papá se enojó mucho conmigo, para variar, pero tanto le insistí que al final logré que viniera conmigo, aunque no me trató muy bien y discutimos en la sala de espera, no sé a qué le temía, qué era lo que le impedía ver al profesional, supongo que enfrentarse con la verdad.

El doctor nos recibió perfectamente y le conté la situación, que vos ya estabas acompañada por Valeria; entonces él se ofreció a guiarnos a nosotros como padres. La entrevista fue muy interesante y le abrió los ojos a tu papá, que aún tenía muchas dudas al respecto. A mí podía tratarme como se le daba la gana y contrariar todo lo que hacía con vos, pero al médico no se animó. Fuimos juntos una vez por semana durante dos meses, más o menos, y fue muy importante ya que, gracias a las charlas del doctor, tu papá entendió mejor las cosas, dejó de tratarte mal y empezó de a poco a aceptarte. Delante de él le hablé al psiquiatra y le dije que él te escondía de la gente; papá se excusó diciendo que lo hacía para cuidarte y el doctor le preguntó si te cuidaba a vos o se cuidaba él, si le daba vergüenza que te vieran vestida de nena. Desde ese día, tu papá no quiso ir más a las charlas con él, pero ayudó mucho y la situación en casa cambió radicalmente. Papá te aceptó. Mamá siguió yendo a ver al doctor Helien durante un año y medio y hasta el día de hoy mantenemos contacto y siempre me llama para ver cómo estamos. Mientras, a vos te veía Valeria. Estábamos contenidos todos de alguna manera; Federico tenía su psicólogo por la obra social y aunque papá no fuera, yo le transmitía todo lo de ambos profesionales. Lo que comenzó a ocurrir fue que papá empeoró a nivel personal. Nada tenés que ver vos en todo esto, Lulú. Cuando conocí a papá, tenía tres hijos a los cuales no quería ver, huía de las responsabilidades y mi miedo era que huyera de nosotros también como lo hacía a menudo, pero que esta vez no fuera por unos días, sino que nos abandonara como lo había hecho con su familia anterior. Papá solía tomar cerveza los días de su franco o en alguna reunión; luego empezó

a hacerlo más seguido y terminó tomando todos los días. Las peleas eran cada vez más frecuentes y sin sentido alguno, ya no se iba de la casa como cuando ustedes eran bebés, pero rompía las cosas, como, por ejemplo, una puerta a patadas. Lo peor que recuerdo fue una noche que salía a comprar más cerveza porque si no, no podía dormir, según él; le reclamé, se dio vuelta y estrelló la botella vacía contra el piso sin darse cuenta de que vos estabas allí parada. Gracias a Dios no te tocó un vidrio. Esa noche papá volvió a irse una vez más. Se fue con lo puesto y tardó días en regresar. Cuando llegó, le pedí que por favor se disculpara o te diera una explicación pues te habías asustado mucho. Guillermo era un hombre muy trabajador, buen tipo, tenía un montón de amigos, pero no soportaba la presión de una familia, los amaba, de eso estoy segura, a vos y a tu hermano, y supongo que a sus otros hijos también; no supo manejarlo, nada más. No lo culpo de eso, pero sí del abandono. Uno puede tener mil problemas difíciles de solucionar, pero abandonar a tus hijos, dar la vuelta y nunca más mirar para atrás, eso uno lo decide y eso fue lo que decidió tu papá.



Miércoles 25 de enero de 2012

Tuvo otra crisis y empezó a golpearme con un almohadón, descargó toda su ira durante varios minutos; agradezco que fuera eso y no los puños, quizás no quería hacerme daño o no encontró otra cosa, no sé qué pensar; vos y Federico lo vieron, los encerró en la pieza y comenzó a cargar todas sus herramientas de trabajo en la camioneta, su ropa, mientras iba pateando lo que encontraba a su paso. Intentó romperme la nariz con dos cabezazos que tiró, pero no llegó más que a asustarme, intenté llamar a la policía: arrancó el teléfono y lo dio contra el piso. Mientras se llevaba sus cosas, le mandé un mensaje con el celular a tu abuela para que cruzara, estaba asustada y ustedes lloraban, apareció tu abuela y papá se fue embistiendo la reja del frente de la casa con la camioneta. Federico quedó petrificado del susto; cuando eran bebés, mamá los ponía en la cuna para que no vieran cuando papá se violentaba, pero ahora eran grandes y se daban cuenta de todo. Vos te acercaste y me dijiste:

–¿Por qué papá te pegó?

–Porque papá no está bien, Lulú, estaba nervioso. Ya está, no va a pasar nunca más, te lo prometo.

Y desde ese día, papá no volvió nunca más.

Nos habíamos quedado solos los tres; cinco años temiendo que esto pasara, y pasó. La pasamos mal. Estuve muy triste mucho tiempo, me costó tanto seguir adelante, pero estaban vos y tu hermanito para cuidar. Sentí el fracaso, me inundó el miedo de estar sola con ustedes dos y sin trabajo; encima, papá había dejado muchas deudas a mi nombre y vos ibas a empezar el jardín como nena después de haber ido un año como varón y lo iba a enfrentar sola. Lloré incansablemente, bajé mucho de peso, el doctor Helien me medicó y entre él, Valeria, tu abuela, la familia entera, mis amigas y la CHA, seguimos luchando. Gracias a todos ellos que no me dejaron caer. Hice lo que correspondía, la denuncia por abandono de hogar y el trámite por la tenencia de ustedes dos, la cuota alimentaria, que les pagara el colegio y el régimen de visitas, lo cual me llevó casi cinco meses. Las visitas no las cumplió. Tenía el beneficio de verlos una vez por semana en un lugar público por su agresividad, y solo los llegaba a ver una o dos veces al mes. Lo bueno de esto era que yo te llevaba vestida de nena a verlo y él te aceptaba; hasta te llamaba por tu nombre, Luana, y llegó a comprarte un vestido. Ustedes no demostraban tenerle miedo, al contrario, lo querían y se lo de-

mostraban. Se notaba que lo necesitaban y las semanas que él no pedía de verlos, vos me decías que lo llamara, que lo extrañabas, que querías hablar con él. Fue muy difícil para todos.

14 de febrero de 2012

Estamos pasando una situación difícil. Estás muy alterada y peleás mucho con tu hermanito. Me enfrentás todo el tiempo y se nota que el tema de fondo es otro. Buscás excusas para llorar hace días, rompés los juguetes y lo que está ordenado lo tirás por el suelo. Te descargás con nosotros dos y Federico es el que peor la pasa. Ayer tardaron en salir de tu habitación; de repente, se aparecieron los dos vestidos de princesas. Habías convencido a tu hermano para vestirlo así. Querías que él también fuera nena, me dijiste. Federico se divertía porque para él sí era un juego. Y podía aguantar el disfraz un rato nada más. Después volvía a sus trenes y autitos y vos llorabas otra vez. Hasta que después de varias veces que te vi hacer esto hablé con vos.

–No podés disfrazar a tu hermano de princesa si él no quiere.

–Yo quiero que Federico sea una nena especial como yo.

–Pero Federico es un varón y no le gusta.

–¿Por qué no puede ser como yo?

–Porque no, a él no le gusta. Si vos disfrazás a tu hermano de princesa, yo te disfrazo a vos de varón.

–¡No, por favor!

–Bueno, entonces, cada uno se disfraza de lo que quiere.

Lo único que pude comprender es que necesitabas urgente encontrar a alguien que se pareciera a vos, te sentirías sola, supongo, ninguna nena se te parecía; y si disfrazabas a tu hermano, era una princesa con pene como vos. Necesitabas un par, otra nena diferente, pero no había. Empecé a contarte de otras nenas trans de otros países, incluso llegamos a ver juntas ese documental que mamá había visto, prestaste mucha atención. Te mostré fotos de mujeres hermosas y te decía:

–¿Qué ves?

–Una nena.

–Bueno, esa nena también tiene pene como vos y es una nena hermosa.

Pero no te conformaba. Empezaste a pintar los juguetes de tu hermanito con fibras de color rosa. Hasta que descubriste los esmaltes para uñas cuando viajábamos y veías chicas con las uñas largas y pintadas; me los pediste.

Te compré de brillitos y uno rosa y otro violeta. Además de tus uñas, pintaste casi todos los autitos de Federico, tus muñecas, juguetes, todo de color rosa.

Son muy pocos los momentos del día en los que te veo bien, jugando tranquila, pareciera que por un rato te olvidaras del cuerpo y cuando ves algo que te hace recordar, te caés otra vez.

17 de febrero de 2012

¡Ganaste, hija! Tuve una reunión en el jardín. Gracias al informe de Valeria y a todo lo que la venís peleando, vas a entrar este año como Luana. Los inspectores de escuelas, más la inspectora del jardín y la directora te aceptaron así. Vas a poder ponerte la pollerita por la que tanto lloraste el año pasado, te vas a formar en la fila de las nenas y vas a ser una más del montón, espero. En esta semana compraremos la pollera. Estás muy feliz por esto, hacía mucho tiempo que no te veía así, parece mentira cómo te cambió el ánimo esta noticia. Sos la primera niña trans que es aceptada en un jardín de infantes. En esta sociedad en la que hay mucha gente ciega y sorda del corazón, lo que lograste es muy importante, estoy tan orgullosa y segura de que ahora sí todo va a ir cambiando porque ya vas a ser una nena las 24 horas del día.

23 de febrero de 2012

Reunión de padres para comenzar el ciclo lectivo 2012. Valeria se ofreció a venir para charlar con los padres y plantear tu cambio, pero las autoridades del jardín no lo creyeron necesario pues dijeron que ellos podían hacerlo solos. Me pidieron a mí que no hablara, lo que me pareció raro, pero lo respeté. No me importaba, mientras dijeran lo justo y con respeto, estaba bien, en cuanto la charla se fuera de lugar, no iba a haber nadie que me hiciera callar, de eso no cabe duda. La salita rosa era integrada, es decir que había niños de tres y cuatro años, y en la salita turquesa estaban los de cinco. Vos habías hecho salita de tres como varón y ahora te tocaban los mismos compañeritos y en la misma sala teniendo cuatro. Por lo tanto, había niños que recién entraban, otros que seguían con vos y los que pasaron a la sala turquesa, que es el preescolar, que también te conocían.

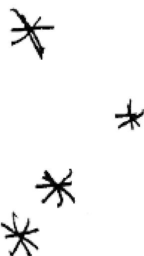
La reunión transcurrió normalmente, el único detalle fue que, además de estar la señorita y la directora, participó la psicopedagoga del colegio. Un rato antes de terminar los temas del año, tocaron el tuyo. La psicopedagoga dijo textuales palabras del informe de Valeria, lo que me pareció muy bien, y la directora se sumó para pedir respeto y comprensión. Los padres no dijeron nada, no sé si porque estaban de acuerdo o porque no lo estaban; solo una abuela se animó a hablar.

–Es una criatura, nada más importa.

–Hay que apoyar a la madre –dijo una señora que sabía lo que te pasaba desde diciembre, cuando le conté porque se iba a enterar tarde o temprano. Esperaba una negativa de su parte y me sorprendió con lo contrario, me dio su apoyo para lo que necesitara.

Y así terminó la reunión. Fue simple, no hubo discusión ni planteos y fue tan clara la postura de la directora que no dio lugar tampoco. Dos madres me esperaron al terminar para darme su apoyo también. El único problema que se presentó y en el que falló el colegio fue en no dar esta charla en la sala turquesa de los nenes de cinco años. Muchos de ellos habían estado con vos el año anterior y nada se les dijo ni a ellos ni a los padres; ahí se creó una mala situación. Con ellos compartías la entrada, el recreo, actividades; te conocían como Manuel y este año eras Luana, era más que obvio que tendrían que haberles hablado. Tampoco permitieron que yo me quedara a hablar en la puerta con otras madres y luego me enteré de que les habían pedido que no me hablaran tampoco. La verdad no entendí la razón, hicieron lo que pudieron, era todo nuevo y algunas cosas no las supieron manejar. Lo más importante lo hicieron, que fue respetar tu identidad femenina, tu nombre y para mí era muchísimo; por eso no me molestó; me hubiera gustado un poco más, pero hasta ahí pudieron dar y fue un gran paso en todo sentido. Para vos, principalmente, para los docentes, los padres y los niños. Hubo un antes y un después en ese jardín; un antes que fue Manuel y un después que eras vos, Luana.

Luana va al jardín



28 de febrero de 2012

¡Y llegó el primer día de clases! Era tu primer día de nena delante de todos, estaba muy nerviosa, no sabía con qué nos íbamos a encontrar ni qué podían llegar a decirte. Vos estabas radiante con tu pollerita nueva, tu cuadernito con tu nombre y con hebillitas en el pelo; te saqué muchas fotos en casa con tu hermanito. Estaban hermosos los dos. Papá sabía que era el comienzo de clases, pero ni siquiera apareció; ni un mensaje para desearles suerte ni una palabra. Estábamos los tres solitos para enfrentar a todo un jardín. Teníamos nueve cuadras para caminar. Fueron las más largas de mi vida, no llegábamos más. Tenía mucho miedo por vos, estabas tan contenta que no quería que nadie te dijera nada que te hiriera. Imaginate, si tu primer día te iba mal, no ibas a querer volver si alguien te avergonzaba. También pensé en la posibilidad de que llegaras a la puerta y no quisieras entrar; no sé, mil cosas pasaron por mi cabeza en nueve cuadras.

Llegamos, te paraste delante de todos y los saludaste, tus compañeritos se quedaron mirándote, no falto quien dijera:

–¿Y Manuel?

Pero vos, inmutable, feliz. Los agarré fuerte de la manito a los dos y entramos; el colegio entero nos miraba y entraste divina, con ganas, contenta,

te llevaste por delante la ignorancia y el prejuicio que tenían todos y echaste de lado el miedo que incluso tenía mamá. Era tu primer día de nena en el jardín y demostraste que así querías estar. Fue increíble, asombroso, verte decirles a los nenes que te conocían:

–Soy Luana, no soy Manuel.

Obvio que los nenes de la otra salita se acercaron para verte. Unos con curiosidad por ver a esa nena que se parecía a Manuel, incluso una mamá dijo:

–¿Gaby tenía una nena? ¿Eran trillizos?

Otros padres ni nos miraron, dieron vuelta la cara y hubo nenes que gritaban:

–¿Por qué Manuel está disfrazado de nena?

Ahí sí pensé que te derrumbarías, pero no. Mostraste una entereza brillante. Admirable. Estabas tan contenta con tu pollerita que nada te llegó ese día. Una mamá de la salita turquesa me comentó:

–Se la ve feliz, ya no tiene los ojitos tristes, te felicito.

Ese era el tema, eras un varón tan triste que todos se daban cuenta y viéndote de nena y tan feliz, la mitad comprendió que necesitabas ser nena para estar bien y se te notaba. A mamá se le caían las lágrimas; fue la primera batalla que ganamos, que ganaste, la lucha valió la pena. Estabas feliz y te integrabas normalmente. Ese día no quedaba de Manuel más que el nombre en un documento y en el legajo del colegio.

Llegaste a casa súper contenta y con ganas de regresar. Los días que siguieron fueron pasando sin complicaciones, salvo la duda de los padres de la otra sala y los nenes que no entendían nada; encima eran más grandes. Por eso digo que tendrían que haber hecho una reunión con ellos también, por los nenes, por vos y por los padres, para que tuvieran qué explicarles a sus hijos; pero bueno, como te dije antes, hicieron lo que pudieron y se los agradezco tanto. Por el momento, el tema del penecito estaba acomodándose. Con los meses que pasaban ya no te hacías pis encima, dormías mejor y te bañabas sin problemas. Ya no estaba el penecito en el jardín porque no estaba Manuel, ahora eras Luana y me resultó mucho mejor enseñarte a querer tu cuerpo. Me decías a menudo:

–Me encanta ser nena y no me encanta ser varón.

Se complicó cuando empezó el otoño y comenzó a hacer un poco de frío. Tenía que ponerte el pantalón de gimnasia y no querías, solo aceptabas la pollerita. No había forma de que te pusiera ese bendito pantalón. Todas las

nenas iban de pantalón, pero vos no querías volver un paso atrás, me parece. Te dejé unos días mientras trataba de que me escucharas y al final se ve que sentiste frío y te lo dejaste poner. Además, no dejabas de ser nena por el pantalón.

El asombro de los nenes por tu cambio duró muy poco, un par de meses soportamos que dijeran que estabas disfrazado, te señalaron y vi cómo te escondías, pero al rato te volvías a levantar. El cambio había sido muy positivo para vos, para tu salud, estabas más tranquila y hasta podía llegar a pensar que todo mejoraría con el tiempo, pero empezaron los altibajos.

12 de marzo de 2012

Tuve una reunión con la señorita en el jardín, me comentó que te había dado una crisis por no encontrar una figurita de princesa que tenías y te rasguñaste la cara, te habían quedado las uñitas marcadas en las mejillas. Era el cuento de nunca acabar. Todo duraba un tiempo y volvías a caer en algo mucho peor. Empezaste a lastimarte la cara en casa también y a tirarte del cabello cuando te enojabas por algo insignificante. Como dije siempre, el motivo estaba oculto en tu mente. Lo que se rescataba de esto era que no te lastimabas a escondidas, sino delante de todos y eso era para que vieran que te pasaba algo, de alguna manera tenías que demostrar tu enojo con vos misma. Mi miedo era que te lastimaras a escondidas y no estar ahí para evitarlo.

Este mismo año dejaste de lado las princesas de vestido para estar enloquecida por las sirenas, la sirenita Ariel era una princesa con vestido también, pero la mayor parte del tiempo tenía cuerpo de pez.

–¡Esa soy yo! –me decías.

Te la pasabas mirando la película y cantando como la sirena. Creo que te encantó porque no tenía nada debajo de la cintura, a las sirenas no se les notan los genitales, estabas fascinada con ella.

9 de mayo de 2012

Hoy se aprobó la Ley de Identidad de Género. Fue una revolución, la alegría que teníamos en casa todos, ya podíamos tramitarte el nuevo DNI con tu nombre de nena y comenzar una nueva vida, ya nadie iba a faltarte el respeto nunca más.

En esos días, papá los veía aún y le comenté que para que tuvieras tu nuevo DNI teníamos que concurrir ambos padres al Registro Civil para llenar el formulario, llevarte a vos para que dieras tu consentimiento y a un abogado que te representara; por primera vez, Guillermo hizo algo que le voy a agradecer el resto de mi vida. Dijo que sí, que iba a ir a firmar para que vos tuvieras tu nueva identidad.

12 de mayo de 2012

Conocimos personalmente a César Cigliutti, el presidente de la CHA; yo solo lo había visto por televisión. Estaba con Marcelo Suntheim cuando fuimos al consultorio de Valeria. Un amor de persona, te miró con tanto amor, era la primera vez que te veían, recuerdo que traías puestas dos mariposas de color fucsia en el pelo y te dijeron que estabas hermosa, me felicitaron por vos y entramos al consultorio. Fue muy lindo conocerlo así. Son dos personas a las que llegué a querer y admirar. No tenés idea de cuánto hicieron por nosotras. Y Valeria ya es una amiga del alma. Vos los querés mucho a todos.

3 de julio de 2012

¡Feliz cumpleaños, mi reina! Hoy cumplen con Federico cinco añitos y mamá les va a llevar una torta al jardín. Desde que nacieron siempre les hice una torta para cada uno, pero hoy no tenía plata así que hice una sola. La decoré con granitas de todos los colores, le puse un adorno del hombre araña de un lado y una bailarina de color rosa del otro, y les expliqué que era para compartir. A la hora de cantarles lo hacíamos por separado, obvio, y cuando escuché tu primer: "Que los cumplas, Luana"… ¡qué emoción fue! Además, fue el primer año que recibiste en casa regalos de nena, tu primer cumpleaños de nena, fue genial. Vinieron a casa a saludarte tu amiguita Luana y Nahir, las únicas amigas que tenés y que te acompañaron siempre. Ana, la mamá de Nahir, les hizo la torta y Viviana, la mamá de Luana, trajo cositas ricas para compartir. Fue a la salida del colegio; simple, nosotros solitos pero llenamos todo de globos y la pasaste rebién. Después vinieron Nati, que es amiga desde siempre de mamá, Mónica y la abuela. Los tíos trabajan, pero el fin de semana lo festejamos con ellos también. Mamá te regaló una Barbie Mariposa. Tiene el cabello rosa y alas con brillos. Y tu tía

Silvia, el disfraz de la Sirenita; ni el frío te detuvo para estrenarlo. Se te veía feliz como nunca. Cómo había cambiado tu vida, Luana, jamás voy a arrepentirme de haberte dejado ser la nena que sos. Solo así se te ve feliz y nos hacés felices a todos.



Lo único que me duele es que Federico no tiene amigos que las mamás los dejen venir a jugar a casa con él. No sé qué pensarán, las mamás de las nenas suelen ser más comprensivas con el tema, pero las de los varones no; solo Carolina, que tiene dos nenes, fue la única que nos sigue acompañando. Pero después, tu pobre hermanito carga con el desprecio de los demás y eso es muy indignante. ¿Qué piensan, acaso? ¿Que si dejan venir a un nene a casa se va a transformar en mujer? Viste cuando te digo que falta información, la gente no entiende la diferencia entre identidad de género y orientación sexual. Y hacen que sus hijos discriminen sin saber. Pero ya va a pasar y Federico va a tener muchos amigos porque es un ser humano maravilloso, sensible y generoso. Por ahora es el príncipe de las nenas que vienen a verte y el tuyo también.

Se te puso en la cabeza que querías tener aritos como las demás nenas. Mamá era imposible que te los hiciera y con una enfermera íbamos a tener que dar muchas explicaciones aunque tu pelito estaba creciendo y ya no te veían como un varón. La que se animó a ponerte aros fue Ana, la mamá de Nahir. Apenitas te dolió y fuiste tan valiente, más que yo, que ni miré para no asustarte a vos. Te pusimos dos corazones que vos misma elegiste y te quedaban hermosos. Todo lo que te proponías lo conseguías con tu tenacidad y las ganas que nadie podía sacarte; mamá te acompañaba en tu deseo de ser y de convertirte en la nena que sos.

13 de julio de 2012

Hoy fue el gran día, tenías cinco añitos recién cumplidos y fuimos hasta el Registro Civil en el que te anoté cuando naciste, allí estaba el acta con todos los datos de tu partida de nacimiento. Nos encontramos con tu papá. Estaba la abogada que te representaba a vos y nos acompañaron Valeria Pavan y Marcelo Suntheim. Estábamos todos tan ansiosos y contentos por hacer este trámite. Entramos y pedimos el formulario para llenarlo y no lo tenían. Es más, por la sorpresa en sus caras, me animo a decir que ni siquiera sabían de qué estábamos hablando. El muchacho que nos atendió nos dijo que esperáramos un momento y fue a hablar con la encargada del registro. Volvió con un papel impreso que bajaron de Internet ya que no tenían el formulario ahí. Nos permitieron llenarlo: mis datos, los de tu papá, firmó la abogada y, lo más importante, firmaste vos, pusiste de puño y letra vos solita el nombre que te habías elegido hacía ya un año atrás. ¡Qué alegría y orgullo!, no era un garabato, era tu nombre, y llenamos el espacio donde decía sexo: pusimos "femenino". Nos explicaron que ese papel iba a La Plata y que en veinte días íbamos a tener la contestación. Dejamos mi número de teléfono para que nos llamaran. Primero nos tenían que dar la nueva partida de nacimiento y así después tramitar el nuevo DNI. Salimos todos con una sonrisa gigante, te besamos, te abrazamos y tu papá y yo nos dimos un abrazo después de tantos momentos malos. Recuerdo que me dijo:

–Te felicito, lo lograste.

–Lo logramos, por Luana.

Y así nos despedimos. Nosotras nos fuimos caminando hasta la estación con Marcelo y Valeria. Vos de la mano de ella, como siempre; llegaste a quererla tanto y a tenerle tanta confianza que cuando estábamos juntas, en

lugar de darme la mano a mí, se la dabas a ella. Yo le pregunté a Marcelo si podían rechazar el pedido del DNI.

–No, cumplimos con todos los requisitos que la Ley de Identidad de Género establece para los menores de catorce años; tranquila que no va a haber ningún problema.

Y nos volvimos a casa felices, no se podía explicar la sensación, a la vez era de tranquilidad, ese DNI no solo reflejaría tu identidad, sino que te haría la vida más fácil, más digna. Te daría un lugar en esta sociedad y ya no tendríamos que explicar más por qué al pedirnos tu documento tenía esa hermosa niña un nombre de varón. Vos sabías muy bien qué era un DNI, mamá te explicó porque vos no entendías por qué decía Manuel si vos eras Luana. Te dije entonces:

–Esa tarjetita dice nuestro nombre; mirá, este es mi DNI y tiene mi foto. Tu DNI tiene el nombre que mamá te puso al nacer. El médico me dijo que eras un varón, ellos se fijan si tenés pene o vagina. Cuando me dijeron que tenías pene, te pusimos con papá un nombre de varón. Cuando vos creciste, me dijiste que eras una nena y que te llamabas Luana y mamá lo entendió. Pero esta tarjeta tuya sigue diciendo que sos un nene y que te llamás Manuel; por eso la gente te dice ese nombre, ¿entendés? Ahora con tu nuevo DNI ya no lo van a hacer más porque va a tener el nombre que elegiste y tu foto nueva.

Hicimos ese trámite esperando que las situaciones tan difíciles que pasábamos se terminaran, cada vez que teníamos que llevarte a la guardia de la clínica por un broncoespasmo o cuando te caíste dormida de mi cama y te abriste el mentón: te llevamos de urgencia, necesitabas tres puntos, estabas con las uñas pintadas de rosa y una remera de princesas. El carnet de la obra social decía Manuel y había una nena con el mentón abierto para coser. La secretaria tardó, pero lo entendió; el médico, no. Te decía: "Tranquilo, Manuel, no pasa nada, tranquilo", y vos llorabas y gritabas más sin dejarte coser hasta que le dijiste:

–No soy Manuel, me llamo Luana.

Era inevitable la pregunta, inevitable el asombro y el mal momento para vos. La atención se desviaba instantáneamente hacia mí para que explicara por qué el carnet tenía un nombre de nene y vos vestías de nena. Al fin te dieron los tres puntos que la herida necesitaba y nos vinimos a casa. A los días había que sacarte esos puntos y te llevé a la guardia nuevamente. Había

otra secretaria a la que tuve que explicarle un largo rato lo del bendito nombre; la enfermera, muy desubicada, agregó de mala manera:

–Si dice que es nena tiene que traer un documento.

–¿Qué documento quiere que traiga si tiene cuatro años? ¿Le va a sacar los puntos o no?

Se dignó a atendernos y encima le tuve que dar las gracias. Indignante, no existe otra palabra. Cada vez que te enfermabas, tenías que pasar por situaciones similares o peores, como la vez que tenías anginas y te llevé con 39° de fiebre. Cuando vi que estaba lleno de gente y que íbamos a tener que pasar por esa humillación delante de todos, ni lo pensé y te llevé a tu pediatra, que queda a una hora de viaje desde casa, pero ahí te respetan. La mala suerte quiso que estuviera en un congreso. Entonces, ya que habíamos viajado y vos te sentías cada vez peor, entramos en una clínica en la que tu tía Silvia trabaja. La busqué y le dije si conocía a los pediatras de guardia y me hacía el favor de hablar con ellos para evitar cualquier tipo de problema. Habló con la secretaria, que comprendió enseguida y ella misma le explicó la situación a la médica de guardia. Aclarado todo, esperé a que te llamaran:

–Luana –dijeron.

No lo podía creer, por fin alguien con dos dedos de frente que te respetaba después de una explicación coherente. Era una pediatra jovencita y muy amable, te senté en la camilla y lamentablemente no tenía idea de la falta de respeto a la que te estabas por exponer, tenías la carita roja de la fiebre y los ojitos vidriosos y la médica sin mirarte me preguntó:

–¿Tiene los genitales atrofiados?

–¿Perdón?

–Mirá, cuando me dijeron que era un varón no lo podía creer, ¡pero parece una nena! (exclamaba mientras te observaba como un bicho raro). ¡Qué hermosa, es increíble!, pero ¿tiene pene?

–Tiene anginas y 39° de fiebre, ¿la podés mirar por favor?

No sabía si mandarla a la mierda, si alzarte e irnos, si quedarme para que te atiendan; había viajado tanto para no pasar por esto y el trato fue de lo peor.

La miré sin contestarle casi, me podía la bronca, pero quería que te dieran un antibiótico; ya estábamos ahí y estabas enferma, y siguió:

–¿Pero tan chiquita? ¡Qué raro!

–Todos los transexuales fueron chicos alguna vez –le dije–, la única diferencia es que a esta nena nadie la reprimió.

–¡Hola, princesa! –te dijo–, a ver, abrí la boca. La miro y no lo creo.

Lo que era de no creer es que dijera todas esas barbaridades delante tuyo, no me molestaba explicarle si no entendía, pero podía atenderte y preguntarme lo que quisiera aparte para no hacerte sentir mal. Me molestó mucho, no te das idea cuánto. A la hora de escribir la receta, agarró el carnet; estaba por decir el nombre en voz alta y la interrumpí:

–Sí, poné el nombre que dice ahí. No tiene DNI todavía, pero ya lo va a tener. ¿Sabés por qué vine acá? Porque acá trabaja mi hermana y pensé que no nos iban a faltar el respeto como en otros lados.

–Hiciste bien –me dijo–. Chau, preciosa. ¡Por Dios, es una nena! Bueno, suerte.

¿Hiciste bien? Caradura, ni registró el daño que te estaba haciendo ni las gansadas que dijo, ¿qué pensaba, que no la estabas escuchando o que tenía derecho a decirte cuanta estupidez le saliera? Aguanté veinte minutos, no sé cómo hice. Y así era en todos los lugares y con todos los médicos. A uno solo te le enfrentaste una vez, supongo que te cansaron. Estabas con varicela y te llamó desde adentro del consultorio en voz alta para que se escuche en la sala de espera.

–Manuel.

Y entraste conmigo vestida de nena; llevábamos en la mano una nota de la psicóloga pidiendo que se respetara tu identidad, pero se ve que ni leyendo entendió y dijo devolviéndome el papel:

–Acá dice Manuel.

Golpeaste el escritorio con una mano y le gritaste:

–¡Luana me llamo!

Opté, entonces, por llamar al servicio médico a domicilio, pagar una diferencia, que el médico tampoco entendiera, pero al menos no te avergonzaban delante de otras personas. Fue desgastante. Eso pasaba en las guardias cuando eran urgencias; mientras tanto, tu control pediátrico lo hacía el doctor Emilio Tugender, médico pediatra y neumonólogo, que te atendía desde los dos años. Cuando pasaste los cuatro y ya salías vestida de nena, tuve que decírselo. Le expliqué y lo aceptó sin ningún problema, solo me pidió un informe de la psicóloga ya que no sabía cómo proceder. Eso sí fue una bendición, un buen profesional y una gran persona, lo mismo que Dora, su secretaria, una mujer excelente que siempre nos trató muy bien y me daba ánimo cada vez que me veía llegar rendida al consultorio, cada vez más flaca, cada vez más vencida. Ella solía decirme:

–Ante cualquier urgencia traela acá, no hay problema si no tenés turno.

El doctor Tugender agarró tu ficha y simplemente tachó tu nombre de varón y me preguntó:

–¿Cómo quiere que la llame?

–Luana –le respondí.

Entonces puso ese nombre en tu historia clínica y así te siguió atendiendo muy respetuosamente hasta el día en que papá no pagó más la obra social y no pude llevarte otra vez. El doctor y Dora me daban los bonos de los remedios para que comprando uno me dieran dos. Me ayudaron en todo lo que pudieron y te respetaron aun cuando tu credencial de obra social y tu DNI decían que eras un varón. Priorizaron tu salud como debía ser.

Todo esto esperaba que no volviera a suceder teniendo un documento acorde a tu aspecto y a tu identidad. Pusimos muchas esperanzas en ese trámite que tenía que salir sí o sí ya que había una ley que así lo determinaba, pero como las leyes no solo hay que aplicarlas, sino interpretarlas, se ve que una persona no la interpretó y te negó la posibilidad y el derecho que tenías de tener tu DNI; tu edad no le pareció apropiada y te lo negó.

31 de julio de 2012

Hoy es un día doblemente importante porque es el cumpleaños de tu tío Federico y hoy se cumple un año de que te paraste frente a mí para decirme que no eras un nene, sino una nena y que te llamabas Luana.

Hace un año que vivís como nena y parece mentira todo lo que nos pasó desde entonces. Hace un año que no te cortamos el pelo.

Le hicimos una torta a tu tío y le prendimos las velitas, vos y Federico se ponían siempre al lado de la torta para soplar con él. En ese momento, le dijimos: "Pedí un deseo, Fede" y vos gritaste:

–¡Yo también quiero un deseo!

–Bueno –dijo tu tío–, ¿qué querés?

Juntaste tus manitos como rezando, cerraste los ojos y con una sonrisa enorme dijiste en voz alta:

–Yo deseo… deseo ser una sirena.

–Y yo deseo un tren –dijo Federico.

Soplaron las velas con tu tío y estabas segura de que te ibas a convertir en una sirena. ¡Qué inocencia y qué fe le pusiste a tu vida!

Estoy segura de que estás en este mundo para algo importante, no sé bien qué, pero sos especial y cambiás a cada paso la mentalidad de la gente que conocés. Tenés la valentía que muchas personas transexuales no tuvieron a tu edad, fuiste muy precoz en tu decisión y eso también es por algo. Vas a cambiar las cosas, vas a ayudar a muchos niños, estoy convencida de que tu nombre va a quedar en el corazón de mucha gente y algún día, cuando te nombre, cualquiera que sea el otro te va a conocer. Todos van a saber quién es Lulú, la niña trans. Vas a ser un ejemplo para muchos y quizás un horror para otros, pero vas a ser alguien. De eso no hay duda.

1° de agosto de 2012

Presenté en el Colegio de Psicólogos de Morón una nota que redacté de puño y letra explicando lo que la primera psicóloga había hecho con vos. Era algo que te debía y me debía a mí misma. Viéndote hoy tan nena y cómo estabas mejorando, debía hacer algo, no podía quedarme de brazos cruzados con aquel método correctivo que esa psicóloga te había aplicado, un método que fue destructivo para vos y que lo sería para cualquier niño o niña trans que cayera en sus manos. Lo que pedía en la carta era, primero, verla cara a cara para decirle cuánto se había equivocado con vos y que si no se informaba sobre cuestiones de género, que tuviera la capacidad y el profesionalismo de derivar al paciente con otro profesional para que ninguno más sufriera como te tocó sufrir a vos. Me sellaron una copia y dejé mi teléfono para que me llamaran. Cuando salí de ahí, sentí que no solo lo hacía por vos, sino por todos y todas, para que no se repita. Hay que luchar no solo por uno mismo, sino por los demás, por el prójimo, por tener la conciencia tranquila y contra las injusticias.

17 de agosto de 2012

Me citaron para ratificar la denuncia y me entrevistaron dos licenciadas, anotaron todo lo que dije y me mantuve en lo ya expuesto.

Otra vez dijeron que me iban a llamar y esperé.

Nunca me llamaron, llegó a casa una carta del Colegio de Psicólogos de Morón diciendo que la denuncia quedaba nula por falta de mérito. O sea que quedó en la nada. Estoy segura de que lo arreglaron de manera privada. ¿Falta de mérito? Nos dieron vuelta la cara y no se hicieron cargo, quizás si

me hubiera presentado con un abogado hubiera sido distinto, pero no tenía para pagar uno. La única palabra es desilusión, nada más.

18 de septiembre de 2012

Me volvió a citar la directora del jardín, ¿qué pasa, mi cielo? Estabas en dirección cuando llegué. Te mordiste el brazo, te lastimaste y eso no está bien.

Estabas muy asustada y no me gustó nada lo que te pasó. Tampoco quisiste contarme por qué lo hiciste, pasó algo que hizo que reaccionaras contra vos misma. ¿Por qué todo es tan difícil? Lo charlamos con Valeria y tampoco le quisiste contar. Entonces te dio un conejo de peluche rosa para que cuando te sientas mal le tires de las orejas al conejo y no te lastimes vos. Te estabas dando piñas en la cara y te arrancás el cabello. Si no te pegabas en la cara te mordías los dedos. Algo está pasando con tus compañeritos que no me querés contar, estabas bien, no sé por qué te agredías de esta manera. Le conté a la señorita lo del conejo y hasta te permitieron llevarlo al jardín si era necesario, también la maestra te propuso que cuando te enojaras rompieras una hoja o hicieras bollos de papel. Valeria está buscando a una licenciada especialista en niños para que te vea, no quiere que se le escape nada. Hay que ver por qué te estás comportando así, sé que el tema es en el jardín, pero no sé cuál es el motivo. Cuando pudiste hablar, tomándote tu tiempo me dijiste:

–Hay dos nenes que me molestan.



–¿Qué te hacen, Lulú?

–Me pegan.

–¿Quién te pega?

–No quieren ser mis amigos, me echan y me dicen Manuel.

Yo sabía que algo te estaban haciendo, no podía ser que te comportaras así. Llegaste una tarde a lo de Valeria y apenas entraste le dijiste:

–¿Me podés buscar otro jardín? No quiero ir más.

Luego me lo dijiste a mí, a tu prima y a tu abuela. Uno de los nenes que te molestaba era el hijo de esa mamá que me retiró el saludo y al otro no lo conocía bien. Cuando llegabas del jardín me decías:

–No quiero ir más a este jardín, mamá.

–¿Por qué? ¿Qué pasó?

–Nada, cortame el pelo y decime Manuel.

–Está bien, como vos quieras, mamá te ama igual y está bien lo que vos decidas.

Era obvio que esperaba que me contaras qué te habían dicho, pero no me desesperé; al contrario, esperé para ver qué te pasaba. Al rato que te pusiste

a jugar y te olvidaste te llamé:

–Manuel.

–Soy Luana, ¿por qué me decís así?

–¿No querías ser nene otra vez?

–No, ya se me pasó.

–Bueno, cualquier cosa me avisás.

Seguí haciendo mis cosas sin atosigarte y cuando te fuiste a acostar, tu hermano ya dormía, te pregunté:

–¿Qué pasó que me pediste que te corte el pelo?

–Nada.

–Contame.

–Es que yo tengo que ser un nene.

–¿Por qué tenés que serlo?

–Porque tengo pene.

–Pero vos sos una nena diferente.

–Los nenes tiene pene, entonces tengo que ser un nene.

–Vos tenés que ser lo que vos tengas ganas de ser. ¿Qué querés ser?

–Una nena.

–¿Entonces?

–Las nenas tienen vagina y yo no.

–Vos sos una nena, no importa si tenés o no pene.

–Yo quiero ser una nena como las del jardín.

No podías ser como ellas, y esos dos nenes te estaban amargando otra vez. Uno de ellos te preguntó:

–¿Qué hiciste con el pene que tenías?

Te entendía perfectamente, no quería obligarte a soportar esto, pero no podía tampoco sacarte del jardín; en otro por ahí sería lo mismo. La directora me decía que estabas contenta, que eso me decías a mí, pero que después jugabas con esos nenes y estaba todo bien entre ustedes. No estaba conforme, creía más en tu palabra, pero no podía hacer nada. Lo único que te pedí por favor fue que si esos nenes te molestaban, te alejaras de ellos, que buscaras otros amigos si ellos no querían jugar con vos. Tenías que enfrentar el problema, aunque fueras una niña tan pequeña.

24 de septiembre de 2012

Fuimos citados por el asesor de Menores e Incapaces del Tribunal de Morón por el tema de tu DNI. Debíamos concurrir otra vez ambos padres, vos y la abogada. Pensé que era para comunicarnos que te lo iban a dar o que era un paso previo a pasar por el Registro Civil, pero no. Igual me pareció raro porque en lugar de llamarme de ahí me citaban del tribunal. Lo llamé a tu papá y le pedí por favor que fuera y estuve tan angustiada porque llegó tarde, pensé que no iba a venir. El asesor dijo que estábamos ahí por ser un caso excepcional. Entró con una carpeta en la cual ya tenía la decisión tomada, según él. Nos citaron para hablar con papá y conmigo y conocerte y de ahí se suponía que tenía que salir una resolución, pero no. La habían tomado antes de vernos, o sea que solo fuimos a escucharla y a notificarnos de ella.

El señor asesor quedó impactado por tu presencia, nos habló muy amable y correcto diciéndonos que él veía una nena, sin dudas, pero que consultando con el Poder Ejecutivo llegaron a la conclusión de que eras pequeña para tener tu documento. A vos te llevaron a jugar con el secretario, que te prestó su computadora para que dibujaras y no estuvieras en la charla.

–Cumplimos con todos los requisitos que establece la Ley de Identidad de Género, la nena dio su consentimiento, ¿cómo que no le pueden dar el DNI? –le pregunté.

–El Código Civil establece que la nena es un menor impúber y por lo tanto es incapaz absoluto de tomar decisiones porque puede estar viciada o influenciada su decisión.

–¿A usted le parece que la nena está influenciada? ¿Y la Ley de Identidad de Género? Dice que los menores de catorce años pueden hacer el trámite con el aval de sus representantes legales, que somos sus padres, y un abogado.

–Sí, pero el Código Civil dice que es menor impúber por tener cinco años.

–¿Y cuándo deja de ser impúber?

–A los ocho años.

–¿O sea que mi hija va a tener que seguir pasando una vida de porquería porque es chica para decidir? –Me largué a llorar. Ya ni lo quería escuchar; papá, como siempre, no dijo nada y la abogada tampoco. Habíamos hecho todo, no entendía por qué no.

Me repitió:

–Quédese tranquila, lo que sugiero es que vayan por la vía sumarísima y que la vea un juez.

–¿Qué?, ¿por qué un juez?, este trámite no lo tiene que hacer un juez.

–Yo creo que si un juez ve lo que yo vi, que es una nena, le va a dar el DNI, es lo único que le puedo decir. La decisión ya está tomada y tienen que notificarse.

Miré a la abogada y estuvo de acuerdo, lo miré a papá y dijo que sí.

Claro, la única indignada era yo, no entendía nada, se suponía que estábamos haciendo lo correcto y nos mandaban a un juez cuando esta ley está hecha para no pasar por esto.

Te trajeron a la oficina y cuando entraste preguntaste:

–¿Dónde tengo que firmar?

Nos trajeron un escrito donde decía que estábamos de acuerdo en iniciar el trámite por vía judicial. Lo firmamos, no había otra opción, nos citaron para eso nada más. Vos también firmaste bajo la mirada del asesor, que no lo podía creer porque no esperaba encontrarse con vos; estabas tan segura de quién eras que lo desconcertaste a tal punto que dejó que le agarraras una hoja del escritorio y que dibujaras una princesa y le pusieras tu nombre. Mandó que adjuntaran esa hoja con tu dibujo a la que habíamos firmado y me dijo:

–Si fuera por mí, la nena se va hoy de acá con el DNI, se lo hago yo mismo; pero es el primer caso y va a costar convencer a personas grandes que tienen otra mentalidad más cerrada a estos temas; pero cuando la vean, lo van a autorizar, estoy seguro.

Y te pidió que le hicieras un dibujo para él. Antes de retirarnos, nos dijo que una jueza quería conocerte. La llamaron y vino una mujer muy seria que nos saludó y te llevó a la oficina de al lado unos minutos. No me gustó mucho, menos que lo hiciera sin ninguno de tus padres presentes. ¿Qué?, ¿tenía que interrogarte? Volvió a entrar y se fue tal como vino sin mediar palabra. Qué sé yo, había tantas cosas que no entendí. El asesor me decía que, si fuera por él, te daba ya mismo el documento; por otro lado, se suponía que estábamos ahí para que después de verte tomara una decisión. No comprendí. Lo que me llevé del tribunal fue una gran desilusión.

¿Por vía judicial?, y cuánto se supone que iba a tardar todo eso. Y quién veía por tus derechos, por la nueva ley. Me fui de ahí sabiendo que no debía haber firmado, estaba en duda, no me fui tranquila. Además, no habíamos logrado nada. No ibas a tener documento. ¡Qué tristeza!, a seguir pasando

por situaciones humillantes para vos; eso era lo que me hacía mal, nadie contempló tu sufrimiento. Y encima me dicen que veían a una nena, pero no podían. Algo raro pasó, hubo alguien que no se quiso arriesgar a firmar o ni siquiera lo tomaron en serio. Eso era, me parece. La abogada se quedó en el tribunal, papá se fue por su lado y vos y yo nos volvimos a casa. Cuando llegué, le mande un mensaje a Marcelo Suntheim y enseguida me llamó. No podía creerlo.

–¿Cómo que te mandaron por vía judicial? Si este trámite es administrativo, no se debe pasar por un juez. No cumplieron con la Ley de Identidad de Género. Está mal lo que hicieron.

–Pero me dijeron que Luana es menor impúber y no tiene capacidad de dar consentimiento.

–No solo tiene que firmar para dar su consentimiento, lo está haciendo hace un año viviendo como una nena.

–¿Y ahora qué hacemos?

–Pediremos un recurso de amparo, dejame que vea qué se puede hacer, pero acá hay un funcionario público que no está cumpliendo con su deber y menos con la ley.

Marcelo estaba enojado y desilusionado también. Ninguno de nosotros esperaba esta respuesta, habíamos hecho el trámite tan prolijo que no imaginamos una negativa. Tu papá había firmado, cosa que nadie esperaba, además de que le costó tanto aceptarte y con lo machista que era, pero firmó. Había que esperar nuevamente, andá a saber cuánto y encima vos preguntándome:

–¿Ya tengo DNI, mamá?

–No, hija, falta todavía, pero mamá te promete que algo vamos a hacer.

Fue pasando el tiempo y las cosas se complicaban más con vos y con salir a la calle; nos enfrentábamos más seguido al rechazo de los demás y había que sumarle a eso tu propia disconformidad con tu cuerpo. Llegaron las preguntas, por ejemplo:

–¿Qué son estas cosas que tengo acá?

–Se llaman testículos.

–¿Y para qué sirven los testículos, mamá?

Mi cara ya no tenía formas. ¿Qué te iba a decir?, ¿que ahí se formaban espermatozoides para que pudieras tener hijos con una chica? Por Dios, ya no sabía dónde meterme cada vez que me preguntabas algo. Valeria me decía: “Cuando te pregunten, deciles la verdad de todo; los niños cuando le

preguntan a un adulto es porque ya tienen una idea formada y solo necesitan confirmarla". Las respuestas tenían que ser ciertas y que te sirvieran, pero eran cada vez más difíciles.

–Decime la verdad, ¿para qué sirven?

–Sirven para que el día de mañana construyan una vagina si vos querés.

–¿Cómo?

–El día que vos no quieras más tu penecito, mamá te va a llevar a un doctor que puede transformar ese pene y testículos en una vagina, pero solo lo puede hacer un doctor y cuando vos seas grande. Nunca tenés que lastimarte el pene, todo tiene solución; si no lo querés más, vamos a ver al médico. Por ahora, hay que quererlo porque te sirve para hacer pis. Y que tengas pene no significa que no seas una nena, sos una nena con pene, una nena diferente y está buenísimo. ¿Cuál es el problema?

Cuánto me costaba darte una explicación así, tenía que priorizar la verdad, cuidarte de que no te lastimaras y dejarte tranquila de que se podía modificar y mostrarme tranquila yo para transmitírtelo a vos. Estar entera cuando estaba deshecha por dentro.

Estabas viendo que eras distinta a las otras nenas solo por el pene. ¿Y si algún día decidías cortarte?, terror tenía. Qué difícil era vivir en paz. Qué difícil estar en tu lugar, mi cielo, tu cabecita no paraba. Lo bueno de esa época era que estaba todo más hablado, había más información que antes. Más libertad. Cuántos transexuales grandes no soportaban la idea de que su cuerpo fuera así toda su vida, cuántos desearon alguna vez que ese pene desapareciera al despertar. Cuántos se suicidaron por tener un cuerpo de hombre sintiéndose mujeres. O cuántos murieron haciéndose operaciones clandestinas sin higiene ni seguridad alguna. No dormía de pensar en todo eso. Hoy había hasta una cirugía para solucionarlo, tratamiento hormonal, hoy se podía recurrir al hospital público. Dentro de todo, las cosas habían cambiado muchísimo. Hoy un transexual puede tener una vida digna y hasta el Documento Nacional de Identidad. La dignidad y la igualdad por sobre todas las cosas por más que haya gente que no lo comparte. Hoy hay leyes.

Valeria me recomendó que viera una película francesa de los años setenta, *Mi vida en rosa*. Tu tío Darío la buscó en Internet y la bajo a un DVD. La vi sola una noche que ustedes dormían; se trataba de un niño de ocho años que deseaba ser nena y de las cosas por las que tuvo que atravesar, las burlas en el colegio, el castigo de los padres, le rezaba a Dios que le mandara un cromosoma X para ser niña, el acoso de la sociedad. La vi dos veces

más. Vi de todo, me informé de todo y les pregunté tanto a Valeria como al doctor Helien hasta que no me quedaron dudas de nada, incluso hablé con los dos sobre cómo era la operación de reasignación de sexo. Cómo iba a ayudarte si no sabía cómo tratarte, todo me ayudó. Tu tía Gori, cuando me veía en la computadora llorando, me decía:

–No busques más, dejá de torturarte.

–No, cuanto más sepa, más voy a poder hacer por ella. No me sirve dar vuelta la cara, tengo que saber a qué me enfrento y qué puede llegar a pasarle.

Mi mamá me enseñó de pequeña que los problemas hay que enfrentarlos, no hay que huir; uno los lleva a donde vaya, se enfrentan y se solucionan, nada de esconder la mugre debajo de la alfombra, al fin y al cabo, no se ve, pero sigue allí. Y eso es lo que intenté hacer con mi hijo que desde los dos años me decía: "Yo nena, yo princesa".

5 de octubre de 2012

Hoy conocimos a tu nueva psicóloga infantil. Es la licenciada Gabriela Gamboa. Viajamos dos horas y media. Nos atendió el doctor Alfredo Grande junto con ella, él es el director de Atico, una cooperativa de trabajo en salud mental. Valeria te derivó con ellos para que te acompañen desde ahora. A vos, a mí y a Federico.

Vas a verla a Gabriela una vez por semana y a Valeria cada quince días o más para no cortar el vínculo; ella seguirá supervisando tu desarrollo. Al principio te costó un poco, salías del consultorio y me decías que extrañabas a Valeria y que querías ir con ella. Que Gabriela era fea y Valeria hermosa.

Con el tiempo, tomaste confianza con ella y, como seguimos viendo a Valeria cada dos semanas, te soltaste un poco más. La licenciada Gabriela es muy diferente de Valeria en el aspecto físico, cosa que vos te fijás mucho, y de repente salías de Atico y me decías que te gustaba mucho su cabello, que ya eran amigas, que era muy linda, pero que te gustaban mucho más los zapatos altos de Valeria. El tema fue que te costó el cambio, creí que no te ibas a enganchar con ella y hoy vas tan contenta a verla que parece mentira. Le tenés mucho cariño y ella también a vos. Me decís siempre:

–Me divertí mucho, no sabés cómo jugamos hoy, mamá.

El doctor Alfredo suele verte de vez en cuando, supervisa tu acompañamiento y hubo veces que hicimos terapia vincular los tres, vos, Federico y

yo junto con él y la licenciada Gamboa. Además, entrevistaron a tu tía Silvia y a tu abuela Esther. Si supieras lo importante que es que te pueda llevar a ese lugar. Son muy buenos profesionales por lo que vi, nos trataron con tanto respeto y saben qué es lo primordial, no tengo que explicarles por qué te sentís una nena; Valeria nos dejó en muy buenas manos, Lulú. Hay tantos niños como vos y no creo que ninguno tenga la posibilidad de conocer gente tan capacitada y con tanta humanidad.

También me dieron un espacio para mí con la licenciada Diana Rebón. Cuando vos estás con Gabriela, yo estoy con Diana. Por lo que pude percibir, es una muy buena mujer, además de profesional; me escucha tan atenta, me contiene y siempre la sentí comprometida conmigo y sensibilizada por nuestra situación. Nos acompaña en esta lucha diaria y pasó a ser la psicóloga de Federico. Tu hermano también tiene su espacio y adora a Diana; todas las semanas le lleva un montón de dibujos y cuando sale de su consultorio está muy feliz.

No podemos estar más acompañados, es un grupo de profesionales increíble. Y hoy te acompaña a vos la licenciada Gabriela; a Federico, la licenciada Diana y a mí, el doctor Alfredo. Además, tenemos la dicha de seguir viendo a la licenciada Valeria Pavan, ¿qué más podemos pedir?, no estamos solos, nos están ayudando tanto que no sé cómo agradecerles. Somos un montón luchando y qué bueno que se pueda luchar, quiere decir que hay mucho por hacer y que vale la pena.

No es fácil llegar hasta ahí todas las semanas, son casi tres horas de ida y tres horas de vuelta, pero lo vale en todos los sentidos.

10 de octubre de 2012

Mi nombre es Gabriela y soy mamá de una nena trans.

Hija: hoy ya tenés 5 años y el único dolor que llevo en mi alma es no haberte entendido antes; te escuché, pero no entendí.

Tenía un hermoso varón al que criaba con tantos sueños y al que no podía por nada del mundo sacar la tristeza de sus ojos.

Mi nene me decía que era una princesa y la verdad es que no supe qué hacer con eso. Cuando entendí que solo tenía que “dejarte ser”, empezaste a sonreír.

Pensé entonces que si querías ser una princesa, mamá iba ayudarte para que fueras la princesa más hermosa del mundo. Porque si vos con solo tres

añitos estabas luchando por demostrar quien eras realmente y por que te dejáramos simplemente ser, mamá quería luchar a tu lado.

Empecé a darte lo que me pedías; te compré los vestidos y muñecas que querías como si con eso pudiera recuperar todo el tiempo que te traté como varón y te regalaba autitos y camiones con los que nunca jugaste.

Cambiaste tu pantalón azul por una pollerita lila que tanto te gustaba. Le pusiste hebillas a tu pelo tan cortito y lo dejamos crecer.

Nunca imaginé que un cambio externo, un color o una prenda pudieran mejorar tanto tu mirada; empezaron a brillar tus ojitos y cambiaste las lágrimas por una sonrisa que te llenaba la cara. Dejaste de ser un nene triste para ser una nena feliz. Te vi llorar, te vi luchar, aferrarte a tu sentir y enfrentarte a todos con tanta seguridad de lo que sentías. Lograste que viéramos la nena que eras por dentro sin importar tu aspecto exterior, tu pelo bien cortito, la ropa que estabas obligada a usar, sin hablar de tu nombre, que no te acompañaba.

A pesar de todo eso, veíamos en vos a una nena vestida de varón porque tu deseo de ser nena era tan fuerte, tan intenso, necesario, había tanto instinto en vos, tanta esencia femenina, que todo aquel que te conoció pudo percibirlo.

Cambiaste no solo tu vida, sino la de todos los que te rodeamos, pudiste mostrarnos que uno "es" más allá de lo físico, más allá de lo que se ve. Percibiste tu identidad mucho antes de saber cuál era la diferencia física entre un nene y una nena.

Nadie pudo detener ni cambiar lo que sentías, nadie pudo convencerte de lo contrario, aunque hubo gente que lo intentó y castigó tu elección. Naciste en un cuerpo que no acompañó tu sentir, pero demostraste, siendo apenas una niña, que había un alma diferente en un cuerpo diferente.

Hoy sos más nena que las nenas que conozco, elegiste tu nombre, tus colores, tus vestidos y muñecas. Elegiste "ser", y mamá solo te apoya y acompaña en tus decisiones, que aprendí a respetar viendo que así te sentías más feliz.

Sé que vas a pasar por situaciones muy difíciles, más de las que ya pasaste, porque esta sociedad no está preparada para lo diferente, para las personas especiales como vos. Lo diferente asusta, lo que no se ve es difícil de aceptar. A los niños generalmente no se los escucha, se les impone. Es más cómodo y fácil reprimir que aceptar la lucha.

Es tan dura la mirada del otro, lo que llegan a hablar por detrás. Hay gente a la que le gusta señalar, no tiene respeto, o por lo menos con nosotros no lo tuvieron, no tienen amor por el otro. Hay padres que dicen que son capaces de hacer de todo para que sus hijos sean felices, pero mientras estos sean como ellos desean y no salgan de lo que ellos llaman un hijo "normal". Mientras elijan la vida que a ellos los enorgullece y no la que sus hijos elegirían. Cuántos de ellos hasta estudian la carrera que eligen sus padres o cuántos llegan a casarse con quien le gusta a papá o mamá y viven su deseo a escondidas para no darles un disgusto, hasta les dan nietos porque ellos quieren ser abuelos. No los juzgo, solo digo que lo mejor que podemos darles a nuestros hijos es la libertad de elegir. Qué quieren estudiar, a quién desean amar y, más aún, quiénes desean ser. No importa su edad.

Si pudieran darse cuenta de que al no aceptarlos son ellos quienes más los hacen sufrir. Si pudieran ver que un hijo no deja de serlo por su elección sexual ni su sentir y que necesitan nuestro apoyo, no nuestra mirada egoísta.

Sé que muchos te van a hacer sentir mal, pero el error no es tuyo, el error está en quien no tiene la capacidad de aceptar, en quien no sabe respetar, en quien no puede amar al otro tal cual es.

Y si alguien te daña o te deja de lado, sentí pena por él pues no tiene idea del hermoso ser humano que sos. Que el entorno que elijas sea de personas honestas y de corazón abierto. No tienen que ser muchos, basta con uno que vea tu interior, y el que no pueda verlo y te discrimine que encuentre otro camino, dejalo pasar; por cada persona que nos dio vuelta la cara, siempre apareció un ángel que nos hizo una caricia en el alma y nos abrazó.

Miralos a los ojos, siempre, jamás bajes la mirada por vergüenza. Sentite orgullosa de quien sos y de lo que has logrado. Hay muchas personas que te aman tal cual sos, que acompañan y defienden tu sentir, que caminan a tu lado. Y cuando te sientas diferente, tenés que saber que fuiste escuchada y que hay niños que no lo son. Eso tiene que darte fuerzas para saber que ser diferente no significa no poder existir. Todos tenemos un lugar y todos somos diferentes por algo. No te detengas nunca por el qué dirán, seguí tu instinto, escuchá a tu corazón y vas a saber adónde ir. No sientas miedo, el miedo paraliza y vos tenés que ir siempre para adelante.

Quiero que sepas que mamá siempre va a estar a tu lado para ayudarte a seguir adelante, a no retroceder y a no bajar los brazos jamás.

Me enseñaste a ver más allá, a mirarte con los ojos del alma, a luchar por existir, por tener un lugar y que se respeten tus derechos. Me enseñaste a

aceptar lo diferente desde el amor y que dejarte ser no dañó a nadie, me enseñaste a amarte más de lo que creí que te amaba. Me diste la fuerza que no creí tener para luchar y ponerle el pecho a lo que vendrá.

Gracias por haber llegado a mi vida no solo para cambiarla, sino para hacerla especial, para darle un sentido.

Si tuve miedos, hoy ya no los tengo; si tuve dudas, hoy estoy segura de quien sos y, lo más importante, estoy orgullosa de la hija que tengo.

Entendí, acepté y respeté. Espero que siempre tengas la libertad de elegir lo que quieras para tu vida y ojalá otros niños y niñas también puedan hacerlo, que sus padres vean lo que yo vi en vos, que no los juzguen ni repriman, ojalá los acompañen y ojalá los dejen "ser".

Hija, recordá siempre que, más allá del cuerpo, más allá del color, no importa si es rosa o celeste, más allá de lo exterior, amo tu alma, amo tu ser, te amo a vos.

Mamá

Noviembre de 2012

Mamá te compró una muñeca de la princesa Ariel, la sirenita, pero no tiene aleta de sirena, sino un vestido rosa con brillos y zapatitos rosas también. Te la compré porque pasamos por una juguetería yendo a ver a la licenciada Gamboa, entraste, la abrazaste y me dijiste:

–Mirá, mamá, tiene vestido, esa soy yo.

Y no la soltaste más. Se la llevaste a tu psicóloga para que la viera, estabas tan contenta, jugaste sin cansarte durante todo el viaje.

Cuando llegamos a casa, ¿qué pudiste hacer?, lo que toda nena, dormiste abrazada a tu nueva muñeca. A los dos días ya no la querías. Ya había notado que te entusiasmabas mucho con una muñeca y después la dejabas de lado y pedías otra. No podías esperar tanto para tenerlas y después perder el interés tan rápido. Pensé que nada te conformaba. Una mañana viniste con tu princesa Ariel, te sentaste en mi cama y, mirándome, le levantaste el vestido; tu cara era de sentirte triste, mamá tenía que andar adivinando a ver con qué me salías cada vez.

–¿Qué pasa, Lulú, no te gusta más tu muñeca nueva?

–No.

–¿No te gusta su vestido?

–No, mamá, no tiene penecito como yo.

Eso era, las tenías, les levantabas el vestido y como no tenían pene, las dejabas de lado. Imaginé que buscarías una que fuera como vos y al no encontrarla pedías una nueva buscando una princesa con la que identificarte aunque fuera solo una muñeca. Necesitabas ver que había nenas con pene o que las princesas también eran como vos, no sé, lo que me preocupó fue que así recorriéramos todas las jugueterías, no íbamos a encontrar una muñeca con pene y siempre iba a estar la diferencia entre las nenas "comunes", como vos las llamabas, y vos. Así que mamá pensó en algo.

–¿Querés que mamá le haga un penecito como vos a la muñeca?

–¡Sí! –gritaste, y comenzaste a saltar de alegría.

Si ese era tu problema, yo te lo iba a solucionar como fuera. Y era lógico; si vos eras la princesa Ariel, la muñeca tenía que ser como vos. Así que fui a un cotillón y compré porcelana fría, esa con la que se hacen los souvenirs, y colorante color piel. Con vos a mi lado, sin siquiera pestañear, hice un rollito de pasta como si fuera un pene y dos bolitas que representaran los testículos. Los pegué a la muñeca con plasticola y listo, tenías una muñeca con pene igual que vos, ahora sí podías decirme: "Esa soy yo". ¡Qué alegría tenías!, por favor. Le mostraste a Federico.

–Mirá, Federico, la sirenita es igual que yo, tiene penecito también, es diferente.

Si sabía que te ibas a sentir tan bien, lo hubiera hecho antes. Empecé a guardar las cosas y cuando me di vuelta, traías en los brazos todas tus muñecas, más de diez, y las colocaste encima de la mesa diciéndome:

–Ahora, poneles pene a todas estas, mamá.

–¿A todas?

–Sí, todas las nenas van a tener penecito como yo.

Y así lo hicimos, mientras hacía los rollitos, vos los pegabas con la plasticola y entre las dos les pusimos pene a todas tus muñecas. Ya tenías con quién identificarte, al menos en el juego, con muñecas, pero eso logró calmar tu ansiedad y levantarte el ánimo. Qué pena me daba saber que estabas buscando desesperadamente a alguien igual a vos; deberías sentirte sola, que eras la única nena con pene. Rara, me imagino, y qué frustrante a tu cortita edad ponerle ilusión a cada muñeca que te compraba y al desvestirla era como las nenas del jardín.

¿Qué no haría para que te sientas feliz, Lulú? ¿Qué no daría para que no veas la diferencia de manera constante, para que te sientas igual a todas y no sufras por ser distinta a las demás? Lo único que puedo hacer es tratar,

cuando las cosas se compliquen, de solucionarlas y que veas que todo se puede y que es simple. Que no sos un bicho raro y que ser diferente no es el fin del mundo.

Noviembre de 2012

Marcha del orgullo de Lesbianas, Gays, Transexuales, Bisexuales, Intersexuales y Queer (LGTBIQ) en Plaza de Mayo. Me enteré y fui, sola, no sé bien por qué, pero sentí que era parte de todos ellos. Fui a conocer y a ver qué podía aprender. Recorrí cada puesto, cada carpa, hablé con todos los que pude, me traje información, folletos. Tenía ganas ya de estar en esa marcha el año pasado y tu papá no me dejó ir, mucho menos quiso acompañarme. Tenía la convicción de que estar allí presente era una más de las formas que tenía de acompañarte. Lloré mucho de bronca, no podía entender por qué Guillermo se negaba a ver. Y menos por qué me tapaba los ojos a mí, o por lo menos lo intentaba. Nunca los cerré ni miré para el costado o para atrás, siempre mi mirada estuvo puesta en vos, Lulú, y como ese año papá ya nos había abandonado, no tenía quien me hiciera problemas así que los dejé a ustedes dos con tu abuela Esther y me fui a Plaza de Mayo. Mientras recorría el lugar, vi tanta gente, todos estaban contentos y lo transmitían. Me compré un prendedor para ponérmelo y participar de alguna manera. Cuando comenzaron a llegar las chicas transexuales totalmente producidas me impactó; algunas estaban hermosas, pero vi otras que no me gustaron. En un momento estaba perdida entre tanta gente, la emoción fue tan grande que lloré y lloré. Fue muy fuerte, pensé en vos todo el tiempo y pensaba: será así cuando sea grande, será como esta o como aquella. Busqué la carpa de la CHA, fui a buscar a Valeria. La abracé y me encontré nuevamente con César Cigliutti, quien me recibió con un abrazo. Le había llevado a Valeria una de las muñecas a las que le habíamos fabricado un pene para que la viera y me dijera si estaba bien que jugaras con ellas. Me dijo que están bárbaras y que te iban a ayudar mucho. Se sonrío y me dijo:

–Es una Barbie trans, ¿me la puedo quedar?

Y se la mostró a una mujer transexual que estaba con ella mientras me presentaba como la mamá de Luana. La mujer sabía de nosotras y me abrazó felicitándome por lo que hacía con vos como mamá.

Ese mismo día, Valeria me pidió si podíamos grabar un video contando tu historia para un seminario que ella tenía que dar, ni lo dudé.

–Todo lo que sirva para ayudar a otros niños u otros padres, no tengo problema.

Me fui antes de que marcharan hacia el Congreso. Había sido muy intensa la tarde, con mucho para asimilar, pero estaba tranquila por haber podido ir, sentí que estaba haciendo algo por vos y por tus derechos. Y me dije entonces: "Todos los años voy a venir a marchar por el derecho a ser diferente; si todos ellos pueden, yo también".

Y así lo hice…



4 de diciembre de 2012

Hoy se festeja en el jardín el día del agua. ¿Lo podés creer?, en mi época no existía, es algo nuevo y es muy lindo que los niños aprendan a cuidar el planeta y toda la importancia del agua, pero para nosotras no fue más que otro obstáculo para sortear. El tema era que todos los niños del jardín tenían que ir en traje de baño. Los nenes con un short y las nenas con una malla.

–¿Qué hago ahora? –pensé.

Cualquier malla que te pusiera iba a marcar tus genitales y así no te podía mandar porque los demás niños se iban a fijar en eso y algo te iban a decir, y si no te decían nada, vos notarías la diferencia porque no se te escapaba nada.

Te compré un traje de baño de dos piezas; la parte de abajo era un mini short. Con una bombacha por debajo, no se te notaba mucho. No hubo manera de que quisieras ponértelo. Ana, la mamá de tu amiga Nahir, te regaló una malla de ella color fucsia y te cosió ella misma una especie de pareo pero como si fuera una pollerita. Te quedaba hermosa y no se notaba nada si no te sacabas la pollera. Fuiste súper contenta al jardín a festejar el bendito día del agua. Apenas entraste se me acercó la maestra y me dijo:

–¡Qué buena idea tuviste!, nosotras estábamos pensando en cómo ibas a hacer para mandarla con una malla.

Me fui tranquila, pero cuando te retiré no estabas bien; la maestra me dijo que te la pasaste mirando a las otras nenas, jugaste, pero siempre las observabas y cuando llegamos a casa tuvimos el diálogo inevitable:

–Yo no quería esta pollerita, quería la malla sola como las otras nenas.

–Pero te quedaba hermosa, Lulú.

–Pero me aprieta.

–Bueno, si te aprieta, te la sacamos.

La malla te apretaba el pene y los testículos y en casa te sacaste la pollerita.

–Ojalá no tuviera el penecito para que no me apriete la malla –me dijiste.

–El pene te sirve para hacer pis, ¿cómo que ojalá no lo tuvieras?, ¿por dónde harías pis, entonces? Hay que querer al pene, Lulú.

Y así estuvimos un tiempo más. Insistiendo con que aprendieras a aceptarte y a quererte. Sos tan chiquita, pero si te aceptás ahora y comprendés que podés hacer las mismas cosas que las demás y que no por tener pene tenés que privarte de ciertas actividades, te va a ser mucho más fácil cuando seas más grande.

Enero de 2013

Pasaste tu segunda Navidad y tu segundo año de Reyes feliz. Abriendo regalos sin desilusión. Obviamente, fueron muñecas para vos y autos para Federico. ¡Qué satisfacción sentía! Por fin sabía qué regalarte, las fiestas anteriores habían sido tan tristes, nunca te gustaba lo que te regalábamos, pero

en estas dos últimas te vi feliz abriendo los paquetitos y gritando de alegría por cada muñeca. Ya no tenías que ver ni autos ni pelotas de fútbol que te arruinaban la fiesta, y eso era lo que me daba seguridad, lo que no me hacía dudar y preguntarme como antes: “¿Está bien lo que estoy haciendo?”.

Tu cara era la respuesta, tus ojos y tu alegría me decían todo. Con cada cosa de nena que tenías o que te daba, confirmaba más que íbamos por buen camino. Lo único que deseo es que este año sea un poco más tranquilo para todos. El que pasó fue muy difícil, demasiado, y pasó volando. Nuestro primer año sin papá, el primer año como nena en el jardín, y la lucha eterna que vamos a seguir teniendo; solo espero que los que te rodeen este año nos lo hagan un poco más fácil y los que nos aman no nos suelten la mano.

Estas fueron las primeras fiestas en que tu papá ni siquiera los llamó para saludarlos. Ni hablar de un regalo. Se fue alejando de a poco y para los primeros días de diciembre pasado dejó de verlos. Igual pensé que por lo menos les mandaría un mensaje ya que eran las primeras fiestas sin él en casa; incluso llegué a pensar qué iba a hacer si me pedía estar con ustedes en Navidad o Año Nuevo, pero me equivoqué. Diciembre de 2012 fue la última vez que estuvieron con él y nunca más volvieron a verlo ni a hablar por teléfono. Recuerdo que llorabas pidiéndome verlo.

–Llamalo a papá Guille –me decías.

Lo llamaba, pero no me contestaba; hasta llegué a mandarle mensajes diciéndole que eras vos la que quería hablarle, pero ni contestaba. Me hubiera gustado que estuviera presente; mi papá también se fue cuando yo tendría tu edad y me hizo falta en muchos momentos de mi vida, pero, gracias a Dios, mi mamá pudo ser madre y padre y no nos hizo faltar nada, no teníamos lo mejor, pero nunca nos faltó la comida ni ropa y siempre fuimos a la escuela. Por eso yo no quería que se criaran sin papá, pero si él no quiere verlos, no lo podemos obligar, él sabrá por qué los abandonó. Lo único que espero es poder criarlos de la mejor manera; les van a faltar cosas materiales porque mamá no tiene un trabajo, pero voy a hacer lo que esté a mi alcance por ustedes dos. Voy a luchar como lo hizo su abuela conmigo y mis hermanos. Ella nos está ayudando con los impuestos y la comida. Y mis amigas también nos regalan ropa que ya no usan, nos traen artículos de almacén y de limpieza, no sé qué hubiéramos hecho sin todos ellos. Ya vamos a salir adelante, eso espero.

Febrero de 2013

Nos pusimos a vender pizzas y empanadas en la casa de tu abuela. Trabajamos todos juntos, hicimos una lista de precios y le sacamos fotocopias que repartimos por todo el barrio; no teníamos plata para hacer volantes. Esperemos que nos sirva; por lo menos, estoy con ustedes, trabajamos de lunes a lunes de 18 a 24 horas. Mamá sale a repartir la comida en bicicleta, de comer no les va a faltar y con lo poco que gane vamos a ir tirando semana a semana. Por ahora, no me salió otra cosa y por lo menos estoy con ustedes.

Empezaron las clases y por ahora está todo tranquilo; los nenes ya te conocen, las mamás vieron que no perjudicaste a nadie y las que no nos miran siguen igual, o sea que empezamos, dentro de todo, bien.

Te llevé al control con tu neumonólogo, el doctor Emilio Tugender. Cuando llegamos, me enteré que ya no tenían obra social. Papá renunció a su trabajo, yo no lo sabía, por ende ustedes no tienen más cobertura médica. El doctor Tugender se ofreció a atenderte igual sin cobrarnos un centavo ese día.

Salí llorando desesperada del consultorio, ¿cómo podía ser que este hombre, además de desaparecer de un día para el otro, había dejado de pagarles la obra social sin siquiera avisarme?, no era la persona que yo conocía. Lloré de bronca y me sentí tan impotente. Vos tenías tu pediatra que comprendía tu situación y te trataba como Luana; tener que ir por cualquier problema de salud al hospital público era tener que volver a pasar por situaciones humillantes y desagradables. No tenía consuelo ese día. Fuimos caminando hacia la parada del colectivo y de repente me hablaste:

–¿Yo puedo tener bebés?

Te miré extrañada. Estaba tan agobiada con la noticia de que ya no teníán obra social que no reparé en que iba llorando por la calle con ustedes dos de la mano.

–¿Qué, Lulú? –te dije.

–Pero cuando sea grande, ¿lo puedo tener en mi panza?

Me sequé las lágrimas volviendo a la realidad, me agaché para estar a tu altura y mirarte a los ojos para responderte:

–¿Qué me preguntaste, mi cielo?

–¿Yo puedo tener bebés cuando sea grande? Quiero un bebé nena y la quiero tener en mi panza.

–Vos vas a poder tener bebés cuando seas grande si querés, pero no los vas a poder tener en la panza porque sos una nena especial; tu cuerpo no está preparado para tener bebés en la panza, pero podés adoptar.

–¿Qué es adoptar?

–Una señora tiene un bebé en su panza y luego cuando nace te lo entrega a vos, esas son mamás del corazón.

–Pero yo quiero ser una mamá y tocarle la cabecita a mí bebé. Quiero que sea una nena como yo.

–Luana, mirame, vos podés adoptar un bebé cuando seas grande, ¿sí?

–¿Si le sacan el bebé a la señora y no me lo quiere dar?, ¿si sale de su panza y no me lo da?

–Sí te lo va a dar, eso se promete.

–Yo quiero ser grande y tener un bebé y ser mamá.

Te faltaban cuatro meses para cumplir los seis años y me estabas preguntando todo esto. Era evidente que ya tenías una idea del tema y solo querías que te lo confirmara. Lo que me sorprendió fue que hiciste hincapié en tenerlo en tu panza, creo que querés saber hasta dónde puede tu cuerpo de nena diferente. Me dolió decirte que en tu panza no lo vas a poder tener, pero después te expliqué que hay mujeres con vagina, que no son diferentes y que tampoco pueden tener bebés en su panza. Para ser nena, no importa si tenés pene, y para ser mamá, no importa si no lo tenés en tu panza.

Tu cabeza va a mil, Lulú, y te adelantás al cambio de tu cuerpo, pensás mucho en eso y menos mal que se te da por preguntarme.

Te estabas mirando en el espejo que tengo en mi habitación y te diste vuelta, me miraste y te acercaste tocándote el cuello.

–Mamá, ¿a mí me va a crecer la piedra del cuello? Porque no quiero.

–¿Qué piedra?

–Esto que parece un hongo, no me gusta que me crezca.

–Eso no es un hongo ni una piedra, se llama Nuez de Adán, ¿quién te dijo que te va a crecer?

–Nadie, lo pensé yo sola, ¿me va a crecer como al tío Fede?

–No, Lulú, no te va a crecer. ¿Por qué me preguntás?

–Porque yo nací nene y me va a crecer como al tío.

–Eso no va a pasar; cuando seas más grande vamos a ir a un médico que se llama endocrinólogo y que va a darte una pastillita para que la nuez no te crezca. Tampoco la barba, mamá te lo promete.

Solo así te quedaste tranquila; tu hermano Federico no está pendiente de esto y vos no parás ni un momento. Sabés que naciste varón y tenés miedo de que tu cuerpo crezca como el de un hombre. Debe ser muy estresante a tu edad estar pensando en esas cosas. Yo trato de decirte la verdad por más que sea difícil de entender para que sepas que todo tiene solución; no te equivocás en nada de lo que me preguntás y es lógico que pienses en cómo va a ir creciendo tu cuerpo, pero me gustaría que toda esa angustia la tuvieras más adelante, sos muy precoz en todo. Ya no sé con qué me vas a salir un día de estos, espero siempre tener una respuesta que te ayude o te dé esperanzas de que tu cuerpo y tu vida no van a ser un desastre, vas a ser una mujer hermosa, de eso estoy segura.

10 de marzo de 2013

Salimos los tres a repartir volantes, mamá lleva una pila de fotocopias y las pegamos casa por casa. Ustedes vienen conmigo. Hay días que estamos pegando volantes una hora y media o menos y en uno de esos tantos días pasamos por un club donde dan clases de fútbol, danza y patín artístico. La puerta estaba abierta y se podía ver a las nenas patinando. Entraste corriendo y te quedaste maravillada y me gritabas desde adentro:

–Vení, mamá, mirá, yo quiero hacer eso, yo quiero patinar, por favor.

Entramos con Federico y nos quedamos los tres mirando un poquito. Tu cara era de tanto asombro y admiración a la vez que hasta tenías la boca abierta.

–¡Por favor, por favor, mamá! Yo quiero patinar como esas nenas.

–Bueno, esperá que pregunto, Lulú.

Sentada en una silla con una mesa de escritorio se encontraba la delegada de la actividad, ella era la encargada de atendernos; a su vez, era la madre de la profesora. Me acerqué para preguntarle qué necesitabas para anotarte y que me comentara cómo eran las clases de patín. La señora fue muy amable, su nombre era Luján, y me explicó todo muy bien hasta que llegó la parte que me desanimó un poco cuando me dijo:

–Tenés que traer la fotocopia del DNI de la nena.

Ahí se me notó en la cara la preocupación, y dudé por un instante.

–Bueno, gracias – le dije.

–¿Pasa algo? –me preguntó.

–No, nada, tengo un problema con el DNI de la nena.

–No importa, me lo traés apenas puedas, ¿no lo tenés?

–Sí, ella tiene documento, pero con nombre de varón, es una nena transexual.

Se lo largue así nomás, no tenía que decirle más que la verdad y si nos trataba mal, nos íbamos y listo, no esperaba ya más nada de nadie. Y se ve que por algo caímos en ese lugar, no fue casualidad que vos eligieras entrar ahí, Luján te miró con amor, lo noté, y a mí me dijo:

–¿Cuál es problema? Traés la fotocopia del DNI que tenga y acá se la va a tratar como a una nena más, ¿cómo te llamás, hermosa?

–Luana –le dijiste.

–Muy bien, Luana, ¿te gusta patinar?, te esperamos los lunes y los viernes, que es cuando vienen las nenas de tu edad que son principiantes.

–Los viernes no la puedo traer –interrumpí–. Ella ve a su psicóloga ese día.

–Bueno, podemos hacer una excepción y que venga los lunes y los miércoles, estará con las chicas grandes, ¿qué te parece? Y quedate tranquila que nadie va a hacer ninguna diferencia con ella.

En eso se acercó la profesora, Sabrina Gagliano, hermosa ella, con mucha presencia y autoridad. Te saludó muy amable y te mostró un poco de la actividad. Luján me dijo:

–Yo le comento todo a Sabrina, quedate tranquila que va a estar en buenas manos.

Nos fuimos muy contentas, esperaba un golpe y recibimos una caricia inmensa. Dos mujeres maravillosas, agradezco mucho haberlas conocido. Quedaste fascinada, enloquecida, ya querías quedarte, ya querías ponerte los patines.

13 de marzo de 2013

Fue tu primera clase de patín artístico. ¡Qué orgullosa estoy de vos, Lulú! Estaban todas las nenas grandes, eras una pulga al lado de ellas. La mirada de la profesora rebalsaba de ternura hacia vos, me miró y me dijo:

–Hola, soy Sabrina, mi mamá me comentó lo que hablaron, quedate tranquila que va a estar todo bien.

Te agarró de la mano y llamó a sus alumnas.

–Chicas, les quiero presentar a una nueva alumna, se llama Luana y es una princesa.

Ahí supe que habíamos encontrado no solo a una excelente deportista, sino a un ser humano maravilloso con un corazón enorme, con la cabeza abierta y que iba a enseñarte, además de un deporte, cómo enfrentar la vida y que cada vez que te cayeras podías levantarte porque vos tenías la fuerza necesaria. Te transmitió disciplina, constancia y que todo se consigue con esfuerzo y dedicación. Ese día te caíste cien veces y cien veces te levantaste, jamás lloraste, no te paraba nadie, le pusiste todas las ganas y la fuerza. Sabrina me decía que otras nenas se caen y después le tienen miedo al piso, pero que veía que vos no eras así, estaba asombrada.

–Se cae y se levanta, le da para adelante, es una genia, es una princesa –me decía.

Saliste de tu primera clase muy cansada, pero feliz, tu cara lo decía todo. Te encantó todo, el deporte, la ropa, las nenas, la profesora.

–¿Viste la profe, mamá?, yo quiero ser como ella.

Qué alegría teníamos, qué buena gente, qué lindo ambiente. Ibas a poder practicar una actividad tranquila sin que te juzgaran o te discriminaran. Esto nos daba más esperanzas de que todavía queda buena gente por conocer. Pasaron tres meses volando y te hacía muy bien estar ahí. Copiabas todo lo que Sabrina te decía, te enseñó a comer más sano. A ella sí le hacías caso, te contuvo, entendió tu situación y colaboró junto con su mamá en todo lo que pudo siempre. Te llenó de abrazos y respetándote ella, te respetaron las demás nenas.

Los tíos Silvia y Darío le mandaron un mensaje a Sabrina por email agradeciéndole lo que hacía por vos, a lo que ella contestó:

> Nos hace muy felices a mi mamá y a mí tener a Luana y a su familia en el grupo de patín. Es una hermosa nena, llena de cariño, buena compañera y va a ser una muy buena patinadora. La queremos mucho. Va a tener mi apoyo incondicionalmente. No tienen nada que agradecerme, soy muy feliz de tenerla y de haberla conocido. Es tan querible, dulce, con temperamento y gran actitud. Ella enfrenta como una guerrera cada día. Lo veo en su determinación ante los ejercicios, cuando cae se levanta rápidamente y nada la detiene. Soy feliz de poder contenerla, enseñarle y compartir cada día con ella. Y les cuento que cada día avanza a pasos gigantes. Luana es muy especial para mí y para mi mamá y no tengan dudas de que pueden

contar con nosotras para todo lo que consideren necesario. Ella es una nena maravillosa y siempre que nos permitan, aquí estaremos.

Ese fue el mensaje de tu profesora de patín a tus tíos. Creo que resume qué clase de persona es y cuánto te quiere.

22 de mayo de 2013

Hoy me siento sumamente triste. Hace días que pienso mucho en vos y en lo difícil que va a ser tu adolescencia; es difícil hoy, no quiero imaginarme ni quiero verte llorar o rechazar tu cuerpo que tanto amo. No soportaría tu sufrimiento, Lulú, te veo a veces tan feliz, sos tan inocente de lo que sucede a tu alrededor, de lo que la gente habla, que parece que se te va a pinchar el globo y no vas a tener consuelo como cuando eras chiquita. Estás creciendo a pasos agigantados, sos muy inteligente y me da miedo y angustia pensar en qué va a pasar. Ya sé, hay que esperar y vivir el hoy, pero tampoco estamos bien. Tu DNI jamás salió, papá nos dejó, lucho en tribunales por ustedes y por la cuota alimentaria, el régimen de visitas, y es en vano, trabajo mucho y apenas saco para sobrevivir y no llego ni a pagar los impuestos. Hice de todo y cuando digo todo es TODO. En un mes y medio van a cumplir seis años. Por ahí siento impotencia porque se va a cumplir un año desde que inicié el trámite para tu documento y nos lo negaron. Iría a los medios de comunicación para que todos sepan que habiendo una ley que permite que tengas un DNI, te lo han negado igual sin siquiera conocerte, pero es tan delicado que me da miedo por vos. Y me la paso preguntándome: ¿por qué nos pasa esto, por qué a nosotros?

20 de junio de 2013

Tuve una reunión con la directora del jardín. Papá no paga la cuota hace meses. Ella me dijo que tienen lugar hasta fin de año, que no los va a sacar del establecimiento, pero que en esta situación no les puede guardar la vacante para primer grado. También me comentó que no puede becar a uno de ustedes porque yo no tengo trabajo.

–Esto es una empresa, vos sabrás comprender –me dijo.

–Sí, por supuesto, voy a buscar una escuela del Estado para cambiarlos.

–Este año lo pueden terminar.

–Me voy a fijar, te agradezco.

Me rompo el alma repartiendo pizzas en bicicleta hasta las doce de la noche, cocino, hago las compras al mayorista, reparto los volantes y nada alcanza. De lunes a lunes estamos trabajando. La abuela nos ayuda en todo y la gente de la CHA también, pero no voy a poder pagarles el año que viene un colegio privado, el uniforme y todo lo que conlleva. Quería lo mejor para ustedes, pero no llego a casi nada. Estoy enojada conmigo misma por no poder hacer más.

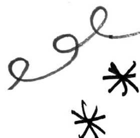
Es mucho para mí sola, encima se llueve toda la casa, se arruinaron los muebles, las paredes, y todo es plata que encima no tengo. Se rompió la estufa y pasan frío, estoy lavando a mano porque el lavarropas no anda, no tienen zapatillas y, además de mi tristeza, que ya se instaló, si junto todo, voy a explotar.

26 de junio de 2013

Falta más de una semana para que cumplan seis años, ya conseguí para hacerles una torta. Vos querés una con granitas rosas y lila y Federico una de color rojo y amarillo. La tuya va a llevar un adorno de la sirenita Ariel y la de Federico, el auto de Cars. No sé qué voy a poder regalarles. Vos querés festejarlo en un pelotero como te había prometido papá, pero nunca más lo vimos así que yo no voy a poder cumplir con eso. Aparte, me acabo de enterar por casualidad que renunció a su trabajo y se fue a vivir a la provincia de Santa Fe. Es más, que su nueva novia está embarazada. Eso me puso muy mal por dos motivos: primero, se fue muy lejos sin siquiera despedirse de ustedes y segundo, van a tener otro hermanito al que no van a conocer, como a los otros tres que papá abandonó anteriormente. Ya serían seis hijos del mismo padre y a cinco los dejó porque sí. Me duele, no lo puedo evitar. La responsabilidad de los hijos es de los dos, no solo mía, la justicia no lo obliga a nada, hay dos menores pasando necesidades y no reparan en eso. Se quedaron sin obra social, sin colegio y ¿a quién le importa?; por lo visto, a nadie. La impotencia de que tu papá haya desaparecido de esta manera me ahoga, me da bronca, ¿ni una gota de ser humano le queda? Y el resto de su familia, igual. Tienen tíos y abuelos que jamás se preocuparon por ustedes. Es muy difícil hacer de mamá y de papá para mí. Los educo lo mejor que puedo y los amo con todo mi corazón; por eso, me pone mal que estemos

pasando tantas necesidades. La mala racha no cambia y estoy muy cansada de todo, algo tengo que hacer, algo se me va a ocurrir.

Comienza la lucha por el dni



Junio de 2013

Fuimos a Plaza de Mayo como todos los sábados a ver a Valeria a su consultorio, pero esta vez llegamos muy temprano. Vos querías jugar en la fuente de agua así que me senté para verte y hacer un poco de tiempo, enfrente tenía la Casa Rosada. Me quedé un largo rato mirando y vi que entraban y salían personas, turistas.

Miré fijo y pensé en tu DNI. Se me vino a la cabeza la Ley de Identidad de Género y todas las personas trans que ya tenían su nuevo documento, incluso a algunas de ellas, la misma presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, se los había entregado en mano en un acto público.

–¿Por qué en este país con la Ley de Identidad de Género vos no tenés un nuevo DNI? –pensé en voz alta–. ¿Cómo llego a vos, Cristina?

Te llamé y te pregunté:

–Lulú, ¿querés que vayamos a ver qué hay en ese castillo rosa?

–¡Sí! –gritaste muy contenta.

Te agarré fuerte la mano y cruzamos la plaza. Llegamos hasta la puerta e hicimos la cola para entrar. Miré para todos lados a ver con quién podía hablar. Entramos y recorrimos el lugar, los salones, era hermoso, te saqué fotos y como solo era para turistas y se hacía la hora de ver a Valeria, nos fuimos. A la salida te hacen pasar el bolso por una cinta y hay personal de seguridad y me acerqué a uno de ellos.

–¿Cómo puedo hacer para que le llegue una carta a la presidenta?

–Escribila y la traés de lunes a viernes en horario de oficina. La dejás en la recepción.

–Pero no quiero que caiga en saco roto, ¿las cartas llegan a la presidenta?

–Sí, las reciben sus colaboradores.

–Usted no entiende, este es un tema importante, ¿ve a esa nena vestida toda de color rosa?

–Sí, la veo.

–¿Usted ve a una nena?

–Sí, señora, la veo.

–Bueno, esa nena nació biológicamente varón, es una nena transexual y en este país donde la presidenta aprobó la Ley de Identidad de Género a mi hija le negaron un nuevo DNI. Hace un año que hice el trámite, alguien no está cumpliendo con esta ley y necesito que ella me ayude.

No te puedo explicar la cara de asombro del señor de seguridad.

–Vení en el horario que te dije, contale a la gente de recepción todo tal cual me lo contaste a mí y pedíles que le entreguen la carta a los que las leen directamente.

–Muchas gracias por todo.

De ahí nos fuimos directo al consultorio de Valeria; estaba decidida a escribirle una carta a la presidenta para pedirle ayuda y no iba a parar hasta lograrlo, no te lo puedo explicar, pero sentí que ya no había vuelta atrás y que iba a hacer lo que fuera necesario para lograr tu documento.

Llegamos con Valeria y, apenas la vi, le dije:

–Vengo de la Casa Rosada, voy a escribirle una carta a la presidenta pidiéndole que me ayude a obtener el DNI de Lulú.

–Está bien, yo te ayudo y escribo otra de mi parte si es necesario.

–Hace un año que espero el DNI para mi hija y me cansé. O me encadeno al Obelisco o salgo en la televisión, alguien me tiene que escuchar.

–No, pará, Gabriela, calmate, vamos a hacer algo, tranquila, yo te voy a ayudar.

Pobre Valeria, no sabía qué hacer conmigo, cómo contenerme, estaba tan decidida y cansada que nada me iba a hacer retroceder.

–Vos escribila tranquila que yo te la llevo así no viajas hasta acá con los nenes, ¿te parece?

–Está bien. Y si eso no resulta, ¿a qué medios de comunicación llegan ustedes como la CHA?

–Conocemos a una periodista muy seria, de confianza, que trata la temática de género, Mariana Carbajal.

–Bueno, ¿podés hablar con ella?

–Sí, dejame ver cómo hago, hablo con ella y te aviso, hagamos algo prolijo, Gabriela.

Llegué a casa y estaban todos, les dije:

–Ya está, me cansé, hablé con Valeria y me apoya, voy a escribirle una carta a la presidenta para pedirle por el DNI de Lulú.

3 de julio de 2013

¡Muy feliz cumpleaños, princesa! Hoy vos y Federico cumplen seis añitos. Están enormes y hermosos los dos. Mamá te regaló los patines y a tu hermano, un skate. Me empeñé durante seis meses, pero vale la pena. Se pusieron muy felices y saltábamos de alegría los tres. Hicimos juntos las tortitas para cuando vengan el fin de semana los tíos y podamos festejar todos juntos. Hace dos años ya que vivís como nena y estás cada día más femenina y más linda. En cambio, a Federico se lo nota más bruto y tosco, pero tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho, es una ternura y nadie te va a tocar sin pasar primero por él. Son tan distintos y están tan unidos que me da mucho orgullo que se quieran así. Hoy entiendo por qué tuve mellizos, ambos se complementan, están pendientes uno del otro y puedo estar tranquila porque sé que Federico va a cuidarte siempre. Es un ángel que la vida te regaló para que esté a tu lado incondicionalmente. Te cuida de todo, no te deja sola nunca y siempre está ahí para decirte: "Estás hermosa, Luana". Vos no hacés nada sin preguntarle a él. No hay nada más lindo que tener un hermano. Mi deseo es que se cuiden ambos. Si vos naciste así y tu vida va a ser difícil, está tu hermano para ser tu ángel guardián el día que yo ya no lo pueda hacer. Nada me hace más feliz que verlos juntos luchando el uno con el otro. Jugando, riendo. Disfruten la vida, que es hermosa, disfruten de los afectos, hay tanta gente que los ama. Tienen una complicidad envidiable, saben lo que el otro quiere con solo mirarse. Sepan que nunca van a estar solos porque se tienen el uno al otro. Crezcan juntos y siempre respétense que mamá va a estar orgullosa de ustedes toda la vida; los amo profundamente y les deseo paz, alegría para sus vidas, que aprendan a tener paciencia y que sean honestos. Feliz cumpleaños, mis dos amores. Lamento que papá no los haya llamado para decirles feliz cumpleaños, fue el único que

faltó, pero, como les dije, si papá no está hoy, hay muchas personas brindándoles el amor que él no les sabe dar. Está toda la familia y los amigos que nunca nos dejaron, están los profesionales que se comprometieron a tal punto que hasta regalos les hicieron. Ustedes son muy importantes y no podríamos vivir sin abrazarlos.

Tu profesora de patín, Sabrina Gagliano, escribió una frase muy linda para vos en Internet:

> La pequeña Luana recibe su regalo de cumpleaños: sus tan deseados patines con bota. Como toda patinadora y patinador de alma, durmió abrazada a ellos. Sin duda serán sus compañeros inseparables y generadores de felicidad que se incrementará con cada girar de sus ruedas, aprenderá a ser independiente, fuerte. Tendrá que ejercitar sus músculos, pero también su espíritu. No todo serán pétalos de rosa, habrá espinas, deberá ser de gran tolerancia a la frustración, al dolor, al sacrificio. Pero este tiene que ser el camino. Lo que no cuesta no vale. Te queremos, Luana, que seas muy feliz.

Me gustó mucho y se lo agradezco tanto, esa es la vida misma, mi cielo. Todo va a costarte pero sé que podés. Sé de tu fuerza y determinación ante todo. Te veo luchadora, convencida, aunque nadie te acompañe. Mirá siempre para adelante que al costado está mamá y te tengo agarrada de la mano. Que nadie te doblegue, no permitas que te lastimen. Sos un ser maravilloso y único; cuando te falten fuerzas, tenés a tu hermano que lo da todo por vos. Todos te cuidamos, todos estamos a tu lado y te amamos tal cual sos, decidas lo que decidas ser. Hoy y siempre.

Valeria ya entregó la carta para la presidenta en la Casa Rosada; le pidieron una copia y se la sellaron como recibida. Ahora hay que esperar a ver si nos responden algo.

5 de julio de 2013

Hoy fui a hablar con la directora de un jardín del Estado, Cristina Pasam. No había vacante porque estamos a mitad de año. Los llevé a los dos y se quedaron esperando con una señorita mientras mamá entraba a la dirección. Le dije simplemente:

–Tengo mellizos.

–Sí, los vi afuera.

–Nacieron biológicamente varones los dos.

–¿La nena que está allí afuera?

Así más o menos comenzó nuestra charla; la directora quedó muy sensibilizada con nuestra historia, le conté como pude y le pedí si tenía lugar para que terminaran el preescolar ahí ya que no quería quedar debiendo dinero en el otro jardín y que a vos había dos nenes que te molestaban y ya no querías ir. Inmediatamente me dijo:

–Ya quedan anotados acá.



Cristina Pasam es una persona sumamente comprensiva y sin miedo al qué dirán. Sin prejuicio alguno. Con una mente abierta y muy pendiente de sus alumnos, muy comprometida con cada uno. No solo ella, sino todo el grupo de docentes que la acompañaba. No hubo un pero ni una cara, nada. Aceptación total. Para mí, increíble, pasé por tantos desprecios y hablé con tanta gente que no comprendía hasta hoy que era extraño que me escucharan y nos aceptaran de manera tan simple. ¿Viste, Lulú?, todavía hay gente

que nos hace una caricia en la espalda y entiende nuestra lucha para nada fácil. Ya venían las vacaciones de invierno, solo tenía que conseguirles el pase y al regresar del receso escolar empezarían en ese jardín. Comenzaremos un camino nuevo, con amigos nuevos para ustedes y un poco de paz ya que nadie sabe que naciste varón y, si llegan a enterarse, confío plenamente en la directora, que sabe perfectamente, y así me lo comunicó, qué hacer y qué decir. Tuvimos varias reuniones, charlamos mucho, nos acompañan en lo que sea; la verdad, no creí encontrarme con un grupo tan cálido y cariñoso. La directora, las maestras, la secretaria, las preceptoras, la profe de música, las porteras, todas ellas nos recibieron muy bien. Las gracias no alcanzan. Vinieron a hablar con ella, con la inspectora y con tu maestra Valeria Pavan y Marcelo Suntheim, la gente de la CHA quedó a disposición del colegio como lo hicieron con el otro jardín. Cambiamos de turno; en lugar de ir a la tarde, los pasé a la mañana para que pudiéramos ir a Atico más tranquilos y no a las corridas como estábamos yendo. Hay dos salitas en este jardín y, por recomendación de los psicólogos que los atienden, van a ir a salitas diferentes. Vos elegiste la sala amarilla con la señorita Susana y Federico va a la sala verde con la señorita Cristina. Las dos maestras son un amor. Y ustedes están muy contentos con el cambio. No les costó adaptarse y fue muy positivo para ambos. Vos estabas más libre y Federico empezó a no estar pendiente de cuidarte. No se extrañaron, al contrario, les hizo bien separarse un poco, es más, cuando salían se contaban qué habían hecho cada uno en su sala. Esa misma tarde, la licenciada Valeria Pavan estaba invitada a un programa de la televisión pública. Iban a tratar el tema de Coy, una nena trans de Estados Unidos. A ella le prohibían ir al baño de las nenas y sus padres le iniciaron juicio al estado de Colorado y lo ganaron. Valeria estaba invitada como Coordinadora del Área de Salud de la CHA para opinar sobre el tema. Valeria me preguntó:

–¿Querés que hable de Lulú?

–Sí, claro –le dije.

El programa transcurrió y la noticia de esta nena no duró más que un bloque; Valeria llegó a decir que estaba viendo a una niña trans de seis años acá en la Argentina, que desde los cuatro se autopercibía como nena.

Cuando terminó el programa, la periodista Mariana Carbajal quedó en llamar a Valeria para concretar una nota ya que el tema era muy interesante y más aún con el pedido de un DNI.

Mariana Carbajal escribe para el diario *Página 12*. Entrevistó a Valeria, quien me preguntó:

–¿Querés que le comente de la carta que le escribiste a la presidenta?

–Sí, obvio, todo lo que sume para que le den el DNI a Lulú. Contá lo que vos consideres importante, yo confío en vos.

Así fue, Valeria habló con ella y también lo hizo el doctor Alfredo Grande, médico psiquiatra director de Atico, donde concurrimos todos los viernes para ver a las licenciadas Gabriela Gamboa y Diana Rebón.

Al día siguiente me llamó Valeria para decirme que la periodista se iba a comunicar conmigo para que charláramos.

23 de julio de 2013

Era un martes y mamá estaba trabajando haciendo las pizzas y empanadas. Sonó mi celular y era Mariana Carbajal. Hablamos casi una hora, resumí tu historia lo mejor que pude y le expresé la enorme necesidad que tenías de tener un documento que acompañara tu sentir y tu imagen. Ella me trató bien, me dio confianza para poder contarle todo lo que nos estaba pasando. Obviamente, lo iban a editar, pero me conformaba con una pequeña parte en el diario para que la leyera alguien que pudiera ayudarnos. Ya no había vuelta atrás, no sabía cuándo iba a salir ni cómo, pero ya se estaba sabiendo de tu existencia y que, habiendo una ley que te protegía y avalaba tu pedido de ser respetada por lo que sentías, no la habían cumplido vaya a saber por qué. Lo único que mamá quería con esto era que nos escucharan y ver si así llegaba a la presidenta para que pudieran revisar tu tema y contemplaran la posibilidad de darte una identidad digna como a cualquier transexual de este país. Le pregunté cuándo saldría la nota y me dijo que ella me iba a avisar, que no sabía todavía.

El jueves 25 volvió a comunicarse conmigo y me pidió si podía mandar a una fotógrafa de su confianza para sacarte unas fotos de espaldas, de tu cuarto o de alguna de tus muñecas.

–La foto le va a dar más fuerza a la nota.

–Sí, no hay problema, mientras no se le muestre la cara.

–Quedate tranquila, es solo de espaldas.

Esa misma tarde llegó a casa Dafne Gentinetta, una chica muy agradable que te trató con mucho cuidado y respetando lo que habíamos pactado. Te sacó fotos en tu cuarto, leyendo libros, en el fondo colgada de tu hamaca.

Un montón. No sabía cuál iban a poner en el diario. Hasta ahí estaba contenta, me sentía bien pues estaba cumpliendo mi promesa de hacer todo lo que fuera necesario para que vos tuvieras tu documento.

Voy a llegar, lo sé. Lo siento aquí adentro, yo voy a llegar a lograr que nos escuchen, me lo propuse y estoy segura de que voy a llegar a tu DNI. Por vos, Lulú, y por otros niños que estén pasando por tu misma situación o peor. Mamá ya está luchando para que esto salga bien.

Me dijo Valeria que la nota sale este domingo 28 de julio en *Página 12*. Tu abuela ya habló con la señora del puesto de diarios para que nos guarde dos diarios, uno para ella y otro para mí. La señora se puso contenta y todavía recordaba cuando eras un nene de tres añitos que lloraba por las revistas de princesas. Cuánto pasó, Lulú, cuánto dolor, y acá estamos a punto de que se conozca por fin por qué sos un nene que se viste de nena.

28 de julio de 2013

Hoy hay un antes y un después.

Es domingo, me levanté muy temprano, apenas había podido dormir. Me fui hasta el puesto de diarios; cuando la señora me vio, me dijo emocionada:

–Salió la foto de la nena en el diario, te felicito.

Agarré los diarios con tantos nervios y abrí uno en la calle, no aguanté hasta llegar a casa, no encontraba la nota, busqué y busqué, ¿dónde?, se me habría pasado, pensé, hasta que llegué al centro del diario; la nota abarcaba las dos páginas del medio. Tu foto de espaldas agarrada a tu hamaca era enorme. Creí que iba a salir en un rinconcito, qué sé yo, un recuadro. Me impactó, me explotó el corazón y lloré de emoción. Entré corriendo a la casa de tu abuela y le di un diario a ella. Las dos nos pusimos a leer la nota, no lo podíamos creer. Estaba muy buena, con mucho respeto. El título decía: “Lo que devuelve el espejo”. No tenía palabras, nos abrazamos con tu abuela, la sensación era ambigua; por un lado, mucha felicidad de que estábamos avanzando y, por el otro, miedo de lo que vendría. El tema que se instalaba no era “común”, la gente no estaba acostumbrada a escuchar o a ver a un niño transexual, solo a los mayores y no sé si alguno desconocería la palabra transexual.

Empezaron a llegar mensajes de felicitaciones a mi celular; obviamente, de la familia, los amigos, de todos los que te aman y sabían de nuestra lu-

cha. La periodista me llamó para preguntarme si podía salir al aire al día siguiente en su programa de televisión. Le dije que sí, solo por teléfono. No quería mostrar la cara, no por vergüenza, sino para no exponerte; iba a cuidarte hasta donde más pudiera. Era increíble lo que luchaste, lo que habías logrado hasta ese momento y era increíble también no saber hasta dónde llegaría tu historia, Lulú. Lloré todo el día, vamos por tu DNI, vamos por tu identidad y por la dignidad del nombre que te elegiste, por tu valor, hija; ya empezamos a caminar y no vamos a retroceder hasta tener en tus manos tu nuevo Documento Nacional de Identidad. Esto va a trascender, vas a ver, y si no es así, por lo menos a una parte de la sociedad llegamos y espero que nos sirva. Dejé el diario por un momento y lo agarraste vos.

–¿Por qué salí de espaldas?, no me gusta, yo quiero una foto de mi cara.

–No se puede, mi cielo, saliste así porque sos muy chiquita y no se te puede mostrar, mamá te cuida.

Junto con esa foto pusieron una de un dibujo tuyo de una princesa y Federico dijo al verlo:

–Ese dibujo lo hizo Luana, mamá.

29 de julio de 2013

Hoy comienzan las clases en el nuevo jardín. No es un día normal; además de los nervios de conocer amiguitos y maestras nuevos, ustedes dos, mamá tiene el peso de que tu foto y nuestra historia están en todos los canales, en los noticieros y diarios. Me están llamando para mandarme móviles a casa y para que salga al aire en el noticiero. La única nota por teléfono que voy a dar es hoy a la tarde en el programa de Mariana Carbajal, la periodista que nos hizo la nota del diario. Voy a salir por teléfono para preservar tu identidad. Estoy muy nerviosa, contenta porque es un gran día para ustedes y, a la vez, estamos saliendo por televisión con un tema que genera mucha polémica, lo entiendo, pero hay cosas que no corresponden. Pasé por el puesto de diarios y leí "Nene de 6 años que quiere ser nena" y la verdad que choca un poco. Cambio de canal y estás en todos. Está bueno que el tema se instale, que se hable y posen la mirada sobre esos niños castigados por sus padres o por sus compañeros de colegio, esos que son diferentes o que sienten que nacieron en un cuerpo que no acompaña lo que sienten, que van juntos pero tiran para distinto lugar. Lo bueno de este acto era que podamos lograr que se respeten tus derechos y que te otorguen el DNI que te merecés por ley y,

además, que sirva para otros niños y niñas que podrían estar pasando por tu misma situación, pero sin padres que los comprendan o padres que tienen un hijo que les dice "yo no soy este que vos ves" y puedan llegar a entenderlo. Cuando hay un caso ejemplar, de ahí se puede aprender o cambiar las cosas. Sobre todo desde el respeto y desde la comprensión de que estamos frente a un menor que está sufriendo, pero me encontré con personas que se pusieron a debatir el tema desde la ignorancia y el prejuicio. Ignorancia, digo, porque en primer lugar no nos conocen, no te han visto ni te han tratado como para sacar una conclusión y no tenían idea de que existen niños y niñas trans y digo prejuicio porque no pasan la noticia como es, sino que le agregan su opinión personal y hablan subjetivamente basándose en sus miedos, en el qué dirán, lo que ellos harían en mi lugar y desde lo genital solamente. Acá no hay un ser que siente que solo hay genitales nada más y que dependiendo de con cuáles hayas nacido te van a tratar sin escucharte antes. Muchos pasaron la noticia tal cual salió en el diario, y eso sería lo correcto, la forma de proceder. Otros apoyaron el pedido y comprendieron la lucha, ya que seguro tuvieron alguien conocido que pasó por lo mismo o simplemente tienen la cabeza abierta y una educación que hace que se respete al otro por ser persona simplemente. No se trataba de que piensen igual que yo o que nos aplaudan, pueden estar totalmente en contra y en desacuerdo y está perfecto. Cada uno puede pensar lo que quiere, lo que no se puede tolerar es la falta de respeto y la mala intención cuando uno se expresa. Estuve un poco desorientada al principio, no es fácil ver cómo la gente se imagina nuestra vida y hace un resumen de lo que supuestamente nos está pasando. Valeria, Marcelo y el doctor Grande se encargaron de salir en los medios a dar la cara por nosotras. La cuestión importante que nadie entendía era que si yo salía a hablar, te exponía y no sabíamos cómo iba a seguir todo esto. Era lo único que me calmaba ya que ellos eran los que en realidad podían dar una opinión pues hace ya dos años que nos conocen y están a nuestro lado. El pedido del DNI fue acompañado por una carta a la presidenta de la Nación y amparado por la Ley de Identidad de Género, con el acompañamiento de un médico psiquiatra que te ve hace un año, la licenciada Gabriela Gamboa, tu psicóloga infantil, y el trabajo de la licenciada Valeria Pavan, coordinadora del Área de Salud de la Comunidad Homosexual Argentina, quien está a tu lado hace ya dos años. Además, vivís a diario como niña y concurrís al jardín de infantes hace dos años también. No salimos de una manera improvisada a decir le dan un DNI a este nene que no sé qué le pasa

que dice que es una nena. Salimos en el diario abordando el tema con respeto y coherencia en nuestros dichos y con pruebas que avalaban lo que sosteníamos. Lo primero que le pedí a la periodista fue que hiciera hincapié en tu DNI, no en que eras una nena trans pues sabía que el morbo de la gente iba a poder más. La nota fue clara, precisa y expresamente se reclamaba por tu identidad. Agradezco a todos aquellos que transmitieron lo que nosotros pedíamos literalmente y me dirijo a quienes se ocuparon de distorsionar la noticia.

En primer lugar, lo que noté fue que se asombraron de tu edad. Pusieron en duda si un niño a los seis años puede decidir sobre su identidad; pues sí lo puede hacer, ese niño, como todos, construye su identidad en su primera infancia, elige y decide con qué quiere jugar y qué ropa desea ponerse; mientras sea de su agrado, no hay protesta ni se rebela, pero si no lo es, lo hace instintivamente, hasta nos hacen saber qué comida les gusta y cuál no. He visto en muchas situaciones niños y niñas rebelándose contra sus padres en la misma puerta del jardín o en un lugar de juegos porque los padres quieren que haga algo con lo que el niño no está de acuerdo. Queriéndole imponer una prenda que la criatura expresa claramente que no le gusta o insistiendo en comprarle un juguete cuando prefiere otro. Pregunto entonces: ¿en su desafío o berrinche, esos niños y niñas no están expresando su deseo? ¿Cuánto cuesta llevarse a un nene o nena de la plaza si quieren seguir jugando?

Imagínense lo que debe ser para un niño o una niña que no se escuche su sentir, o que se lo obligue a ser quien no desea ser. Si se tira al piso a llorar por un juguete, ¿qué puede hacer una criatura por su identidad? No es tan complejo de entender, es mucho más simple de lo que todos pensamos. Pasa que no estamos acostumbrados a que un niño o niña nos contradiga y encima tenga razón en lo que dice. Los niños no son tontos por ser pequeños. No los subestimemos. Entienden, saben, perciben y lo manifiestan todo a través del juego y el lenguaje en los mejores de los casos. Y suponiendo que no lo pueden hacer bajo ningún concepto, vos, Lulú, sí pudiste.

Dijeron que la madre era la responsable y que instigaba al niño a ser niña porque era mi deseo tener una parejita. Como dije en una nota del diario: Invito a todo aquel que piense esto a que vista a su hijo/a con ropa opuesta a la que acostumbra usar, que lo obligue a salir a la calle, le cambie el nombre masculino por femenino y lo lleve al jardín a que tenga una vida social, veamos cuánto ese niño soporta que se lo trate de esa manera sin manifestarlo

en algún momento. Claro que castigando y golpeándolo por ahí se puede lograr que, por ejemplo, un niño salga a la calle vestido de niña y si se llama Carlos acepte por miedo que le digamos María, pero no va a estar feliz, en algún momento se va a expresar o su cara lo va a decir todo. Mi hija sale a la calle feliz y vive su estadía en el jardín de la misma manera, no se la ve reprimida ni obligada y no creo que se pueda engañar a un grupo de especialistas durante dos años de acompañamiento sin interrupción.

Todos los transexuales fueron niños alguna vez, y todos ellos lo manifestaron de una u otra manera a lo largo de su infancia; lo que sucedió fue que a muchos no los escucharon y reprimieron el deseo de ser de esa criatura.

Te trataron en todo momento como varón cuando ya habías manifestado tu deseo de ser niña y habías elegido un nombre femenino y la Ley de Identidad de Género te ampara en que a tu solo pedido se debe respetar tu percepción de género. Insistieron con que la falta de presencia paterna influyó para que vos te sientas nena. No puedo concebir, entonces, cómo en tantos hogares donde falta el padre por un motivo u otro, los varones se sienten varones y las mujeres, mujeres. No se detuvieron a pensar en las mismas conclusiones absurdas que sacaron entre ellos. Si se escucharan o, mejor dicho, te escucharan, se darían cuenta de que ninguna tiene un argumento lógico. ¿Y si se arrepiente? Nadie se arrepiente de su identidad, no es un pantalón que si me queda mal, lo devuelvo; lo que puede influir es que el entorno sea tan hostil y cruel que ese niño o niña se reprima y termine haciendo lo que los demás quieren para que lo amen, para no quedar excluido o formar parte de un grupo o simplemente por no causar un disgusto a sus seres queridos. Pero ¿hasta cuándo? Hasta que se va de su casa y decide vivir la vida que siempre quiso. Suponiendo que te fueras a arrepentir en un futuro, nadie te quitó las piernas ni te hizo una cirugía de la que no hay vuelta atrás; es un documento que puede reformarse una vez más. ¿Para qué necesita un DNI un niño de esa edad? Es indignante contestar esa pregunta, ¿cómo para qué?, para existir legalmente. ¿Para qué le hacen un DNI a un bebé recién nacido si no es importante? La misma sociedad le exigió un DNI a mi hija cada vez que la llevé a una guardia médica y si no lo tenía, no la querían atender; para anotarla en el jardín me piden un DNI, para que estudie un idioma o para que practique un deporte; nosotros tenemos muy pocos recursos económicos, pero en el caso de que tuviéramos una buena posición y hubiéramos necesitado salir del país, tampoco lo hubiéramos podido hacer. Si la sociedad supiera qué es ser un niño o niña trans y los respeta-

ra, no tendríamos que haber pedido un documento, simplemente diríamos: "Ahí dice Manuel, pero es una niña trans y se llama Luana".

Si hubiera información, nada de esto habría ocurrido. La sociedad ignora el tema y cuando se lo comentaba a cualquiera que me pedía una explicación, terminaba rechazándola igual. O, lo que es peor, haciendo preguntas desubicadas delante de ella. El Documento Nacional de Identidad le otorga al individuo carácter legal, identificación, respeto y dignidad. Es sumamente importante y necesario para todo tipo de trámite que tenga que realizar cualquier persona. Para ello hay una ley que no solo debe ser respetada y aplicada, sino interpretada. Lo peor que llegué a escuchar fueron los psicodiagnósticos de licenciados en psicología y hasta médicos psiquiatras que, sin conocerme y sin haber mediado palabra alguna conmigo, tenían una patología para diagnosticarme y encima por televisión. Pensé que un especialista serio solamente diagnosticaba a sus pacientes luego de varios meses de tratar con él. No hubo supuestos ni estadísticas que los avalen ya que vos eras la primera niña transexual de seis años que pedía un DNI en todo el mundo, o sea que no era correcto decir: "Es obvio que la madre es la que está influyendo esa criatura y padece de una esquizofrenia o del síndrome de Munchausen (madres que enferman a sus hijos hasta llegar a ocasionarles la muerte en el peor de los casos), la que quiere que el niño sea una nena es ella", o lo que se les ocurrió decir desde la matrícula que se habían ganado con tantos años de estudio. En mi humilde opinión, tendrían que agregar un par de años más para actualizarse. Sin dejar de lado que cada enfermedad que me endosaban tiene otros efectos más, otras características que yo no tengo. Solo estaba pidiendo un DNI para que mi hija, que nació con genitales masculinos, tuviera una mejor calidad de vida dentro de esta sociedad que discrimina tanto a la persona que es diferente. El gordo, el negro, el flaco, el petiso; ni se puede ser lindo porque te pegan y te cortan la cara. Una sexóloga llegó a decir que yo necesitaba urgente un tratamiento psicológico cuando se estaba diciendo que hace cuatro años que estamos con psicólogos y no porque tenga una patología, sino para darme herramientas para que pueda utilizar con mi hija y el duro camino que tenemos que transitar. Ahí se notó el que habla por hablar, el discurso hueco, la falta de profesionalismo y que estudies una carrera no te hace merecedor del título obtenido, hay que hablar con fundamentos, conocimiento; si no, hay que callar dignamente. No había varios casos como este como para sacar un común denominador de mi accionar. Detrás de Lulú, había un grupo de importantes espe-

cialistas acompañándonos con años de trayectoria y ni siquiera repararon en ellos.

–¿Qué va a pasar con los demás niños?

La varicela o el sarampión son contagiosos; que yo sepa, la identidad de una persona la abarca individualmente. No afecta a quien esté a su lado y si el tema es qué va a pensar ese niño o niña es muy simple, va a pensar lo que los adultos le inculquen, el miedo que le transmitan o el repudio a lo diferente y la falta de respeto por los demás. Resumiendo, los valores que le inculquen. Los niños son simples, no tienen prejuicio alguno, juegan con uno blanco con uno de color, con uno con mano, sin mano. El niño no discrimina por naturaleza, sino que aprende a discriminar. No están pensando en qué genitales tiene el compañerito, sino en jugar con él. Y si nos ponemos a pensar, todos somos diferentes en algo, y qué bueno que así sea. Disentimos en el aspecto físico, en las creencias, en gustos, en política, religiones, pensamientos. Nadie es igual al otro, Lulú es una niña diferente porque su cuerpo es diferente en comparación con otras niñas; Lulú es una niña con pene, pero es una niña. Yo soy una mamá diferente por tener una hija trans. Y estoy orgullosa de esa diferencia. En lugar de preguntarse: ¿qué le pasa a esa madre, por qué no se preguntaban qué les pasa a ustedes mismos que no pueden entender o aceptar?, ¿por qué el ser humano carece de razonamiento para ciertas cosas y se encasilla en celeste o rosa, muñeca o pelota de fútbol? Escuché decir a una mamá en el jardín cuando su hijo entraba en sala rosa de tres años y se le pedía un cuaderno de comunicados del mismo color: "Mi hijo no va a querer un cuaderno de color rosa".

¿Qué problema hay?, es solo un cuaderno, qué importa el color, a los adultos les importa el color y se lo transmiten a los niños, los colores son de todos.

2 de agosto de 2013

Hoy fue un día impresionante, tuvimos una reunión con la gente del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI). Fuimos vos, Valeria Pavan, César Cigliutti, Marcelo Suntheim, Pedro Paradiso Sotille y yo.

Estaban el presidente, Pedro Mouratian, y Julia Contreras.

El INADI como institución se puso a tu favor y a nuestra entera disposición para lo que necesitáramos en esta lucha que emprendíamos por tu DNI.

No podía creer que estuviéramos ahí. Nos tomaron una foto conmigo de espaldas para no exponernos y salió en los medios de comunicación; hablamos un largo rato mientras vos jugabas.

Volvimos a casa y la noticia de la madre que pedía el cambio del DNI para su hijo estaba en las radios, en los noticieros y en los diarios. Habíamos destapado la olla de un tema del que no se hablaba, los niños trans, y algunos se informaron, otros lo avalaron y muchos lo repudiaron. El tema era seguir yendo al jardín como si nada pasara; me aislé mucho, estaba muy agobiada y preocupada, no quería hablar con nadie para que no se me notara en la cara. Los medios de comunicación consiguieron mi número de celular y me llamaban para que diera notas; Valeria estaba saliendo en televisión, radio, dando notas para explicar tu situación, el doctor Grande también se sentó amablemente en algunos programas para dar a conocer nuestra postura y la necesidad de que vos tuvieras un documento que reflejara tu sentir. Mamá habló del doctor Grande por la radio y varios días después levantaron esa conversación de Internet del programa radial *Sueños posibles* y lo empezaron a pasar por la televisión. Era una bola que crecía con varias opiniones encontradas; el debate se había instalado no solo en los medios, sino en las casas, las familias hablaban de si estaba bien o no que te dieran un DNI. Llegamos a muchas personas que tomaron conciencia y a otras que se cerraron mucho más pues no concebían la posibilidad de que te entregaran ese derecho por tu corta edad.

Cuando no soportaba lo que estaban diciendo pues dolía mucho, cambiaba de canal o apagaba la televisión; ya teníamos bastante como para sentarme a escuchar cómo nos castigaban sin conocernos. Además, no me importaba porque por más que se sentaran durante horas a debatir, ellos no nos iban a dar el documento. Ya estaba en el diario, la CHA a nuestro lado incondicionalmente y el INADI apoyando el pedido; pensar que de la marcha del orgullo LGTBIQ del año pasado me había traído unos prendedores con el número de teléfono por las dudas; si sufrieras algún tipo de discriminación, ya tendría dónde llamar para protegerte y hoy estábamos sentadas con el director luchando con nosotras. Durante estos años te había guardado recortes de diarios de todo transexual que se operaba o era noticia, guardé notas de revistas, toda la información que pude para que cuando fueras grande leyeras y te dieras cuenta de que me informé y que había mucha más gente como vos; pensar que hoy estoy guardando recortes de diarios, pero con tu imagen y de tu propia vida, cosa que jamás antes se me hubiera ocurrido

que fuera a pasar. Había que esperar una respuesta. Mi amiga Ana, la mamá de Felicitas, me llamó para decirme que en la Facultad de Psicología, donde estudia la hermana, era tema de debate el DNI de Lulú. Por Internet solo había que poner en el buscador "Lulú" para que salieran un montón de notas. Habíamos llegado lejos, hija. Y la noticia siguió unos días más. "Un caso sin precedentes en el país"; era muy fuerte escucharlo. Era impresionante ser los primeros en algo así y teníamos que sufrir el costo. Lo único importante de lo que no sacamos nunca la mirada fue el pedido de tu nuevo DNI. La noticia estaba en los diarios del interior del país y en otros países también. Traté de estar serena, de hablar pausado para que me entendieran bien y de no perder la calma. Traté de fijarme una sola meta: protegerte y tu documento. Valeria y toda la gente de la CHA le pusieron el pecho igual que mamá y ya somos un montón de gente que te acompaña y no vamos a abandonar esta lucha, Lulú; por vos, por tu identidad, por la dignidad del nombre que elegiste con solo cuatro años, por el respeto que te merecés y se merecen tantos niños y niñas que, viendo que vos pudiste, también van a poder.

12 de agosto de 2013

Hoy nos presentamos con Valeria y Marcelo en la Secretaría Nacional de la Niñez, Adolescencia y Familia (SENAF). Tuvimos una reunión con el secretario de Asuntos Legales, el doctor Martín Navarro. Hablamos mucho, tomaron nota de la situación e inmediatamente nos apoyaron.

Ahí dejamos asentado por escrito todos los trámites que habíamos hecho durante un año para obtener tu DNI bajo la Ley de Identidad de Género. La negativa del asesor de menores e incapaces del Tribunal de Morón y la falta de información y trato indebido que recibí en el Registro Civil donde te anoté cuando me citaron para firmar la resolución del registro de La Plata en la que te negaban el documento por ser un menor incapaz absoluto. Expliqué que cuando llegué al Registro Civil de Haedo para ver por qué me citaban me dijeron que firmara unos papeles en conformidad. Le dije al muchacho que me lo pedía: "¿Por lo menos lo puedo leer?".

Leyendo, me encontré que era la resolución del asesor de menores e incapaces y que debajo, la directora provincial del Registro de las Personas de la Provincia de Buenos Aires resolvía rechazar la solicitud administrativa del pedido del DNI y ponía tu nombre de varón, cuando vos habías mani-

festado ya tu deseo de ser niña y que te llamaran por tu nuevo nombre, Luana. Lo hacía por resultar el menor incapaz absoluto para otorgar su consentimiento a los fines pretendidos debiendo sustanciarse la pretensión por vía judicial. La Ley de Identidad de Género expresa puntualmente que este trámite es solamente administrativo, no debe llegar a un juez y que a tu solo pedido deben respetar tu cambio de nombre y no lo hicieron. Hubo muchos puntos de esta ley que no tuvieron en cuenta.

Cuando le dije al muchacho del Registro Civil que esto ya lo sabía pues me lo había dicho el asesor en persona, me contestó que solo firmara, que eran papeles que tenían que volver a La Plata y con esto concluíamos el trámite hecho hace un año. Y acotó: "Yo sabía que no te iban a dar el DNI cuando vinieron a llenar el formulario, pero bueno…".

Como diciendo: si ustedes querían hacerlo, no se lo podíamos negar. Le pedí si por favor me daban una copia de lo que estaba firmando y me dijo que no. Insistí diciéndole que no me iba a acordar de todo lo que había leído para mostrarle a mi abogado, me sacó el expediente de la mano y se fue a llamar a la encargada del registro, quien de muy mala manera me dijo que solo un abogado podía pedir una copia del expediente y se lo volvió a llevar.

–¿Podés traerlo que todavía no lo terminé de leer?, por favor.

Me exigían que tenía que estar el señor Guillermo, padre del menor, para firmar y papá nunca fue porque no podía, estaba ya en la provincia de Santa Fe, creo.

Me volví a casa, entonces, sin notificarme de manera correcta de lo que había firmado.

Todo esto quedó expuesto en la SENAF.

27 de agosto de 2013

Me llamaron del Registro Nacional de las Personas.

–Señora Gabriela Mansilla.

–Sí, soy yo.

–Usted le escribió una carta a la presidenta de la Nación pidiendo un DNI para su hija, ¿verdad?

–Sí, fui yo. –Apenas podía hablar, me puse muy nerviosa.

–La llamamos del Registro Nacional adonde fue derivado su pedido y queremos informarle que le enviamos una carta emitida el 8 de agosto pero

no fue recibida en el domicilio.

–No sé, se ve que no estaba.

–Bueno le comunico qué decía en esa carta. Que su nota dirigida a la Presidencia de la Nación había ingresado a este Registro Nacional de las Personas el día 1 de agosto, le hacíamos saber que este organismo está habilitado para generar un nuevo DNI que contemple la solicitud de cambio de sexo y de la situación registral una vez que se haya efectuado la rectificación de la partida de nacimiento. Como hasta el momento tal solicitud le ha sido denegada por el asesor de menores e incapaces del Tribunal de Morón, provincia de Buenos Aires, corresponde destacar que este Registro Nacional de las Personas no tiene ni puede tener injerencia sobre las decisiones adoptadas por organismos pertenecientes a otras jurisdicciones. Lamentamos informarle que hasta tanto no se resuelva la rectificación del acta de nacimiento correspondiente, este organismo se ve impedido de modificar los datos identificatorios consignados hasta la fecha.

–¿O sea que primero tienen que darme la partida de nacimiento rectificada en provincia?

–Así es, la carta se la vamos a volver a enviar para que usted esté debidamente notificada y le dejo mi número para que me llame para lo que necesite; sepa que en cuanto la niña tenga la nueva partida de nacimiento no va a haber ningún problema para que obtenga su DNI.

La recibieron, Lulú, la carta de mamá la recibieron; no fue en vano, no cayó en saco roto, al contrario. Qué contenta estaba, no luchábamos sin sentido, estábamos dejando huellas, además. Qué ganas me dio este llamado de seguir adelante. Vamos, Lulú, vamos por tu DNI, hija, que ya estamos cerca.



29 de agosto de 2013

Fuimos mamá y Marcelo Suntheim, fiscalizador de la CHA, al Registro Civil de Haedo para que nos dejaran leer el expediente que había firmado pues, hasta que papá no lo firmara también, iba a quedar ahí, y del cual no me habían dado una copia y no sabíamos bien lo que decía ya que no pude acordarme palabra por palabra de lo que leí. Nos encontramos con la noticia de que el expediente no se encontraba en el Registro Civil. Esta vez nos atendió una señorita muy amable que nos dijo que habían mandado a pedir el expediente mediante un remís que enviaron de Presidencia de la Nación. O sea que ya está en el Registro de La Plata y ahí lo volverán a ver, no sé. Pero la noticia era buena, en definitiva. La señorita se mostró muy atenta y nos deseó mucha suerte y dijo que para ella era un tema muy importante. ¿Qué diferencia, no? Cómo había cambiado todo, estábamos en los medios de comunicación y se estaban moviendo tus papeles, la gente estaba cambiando hasta la forma de tratarnos.

2 de septiembre de 2013

Hoy fuimos con Marcelo Suntheim hasta el Registro Civil de la ciudad de La Plata. Allí nos encontramos con las doctoras Marisol Burgués y Agostina Depiche, de la SENAF; fuimos a que nos entregaran una copia certificada del acta que firmé en el Registro Civil de Haedo. Nos recibió un señor con un cargo muy importante, creo, pero con muy poca humanidad y mucha falta de respeto. Con un traje muy costoso y una oficina impecable, lástima la pobreza que tenía en su corazón, se le notaba a lo lejos. Te nombró constantemente en masculino y se jactó de ser uno de los "dinosaurios", palabra utilizada por él, que habían dicho que no para que te dieran el DNI. Me mantuve en silencio y mordiéndome la lengua para no contestarle. Se sonreía, por ejemplo, diciendo: "¿Qué me va a hacer el INADI?, ¿un juicio?, como tantos que me hicieron. Yo solo cumplo con la ley y el Código Civil establece que el niño es un menor impúber incapaz absoluto".

Soporté lo que el señor del traje muy caro y la oficina lujosa se le antojó decirme sin ponerle objeción alguna, no porque no tuviera argumentos ni supiera defenderte, tenía que traerme la copia de lo que firmé y nada más. Además, no era él la persona que tenía que dar la orden para modificar tu partida de nacimiento. Miré alrededor y en la oficina había portarretratos con fotos de una criatura de tu edad, no sé si era su hija o qué parentesco tenía, y por un instante pensé en qué actitud tomaría este señor si yo hablara

de esa manera de aquella criatura a quien no conocía. Hay que ponerse en el lugar del otro.

Salimos de ahí con las abogadas, que me contuvieron. Nos encontramos con Marcelo y volvimos para el centro. Lloré tanto sin poder contenerme; Marisol y Agostina me hablaron mucho, fueron muy buenas personas conmigo y les estoy muy agradecida, no pude aguantar la ira, la impotencia de estar delante de una de las personas que, sin motivo alguno, solo por ser un "dinosaurio" como él se denominó, o sea, antiguo, nos bajó el pulgar antes de conocerte. Nos habló desde una superioridad que era totalmente innecesaria. Pero bueno, hija, con todas esas personas teníamos que tratar. Por suerte, conocimos en este camino a muchas otras para las que no alcanzan los calificativos y los agradecimientos. Personas con un nivel humano y un profesionalismo admirables. Comprometidos con su trabajo y con una notoria humanidad, como la gente de la SENAF, por ejemplo, que nos estaba acompañando hasta el final.

6 de septiembre de 2013

Hoy fuimos a la SENAF vos y yo. Nos encontramos con Valeria. Por fin te conocían, estaban presentes el doctor Martín Navarro, director de Asuntos Legales, la doctora Marisol Burgués y el licenciado Fernando Mariezcurrena. Nos reunimos para proporcionar mayores datos acerca de tu situación y cumplir con tu derecho de ser oída. Marisol te explicó muy bien quiénes eran ellos, dónde te encontrabas y cómo podían ayudarte. Hablaron acerca del DNI, manifestaste saber de qué te estaban hablando y expresaste el deseo de tener un documento de color rosa con tu foto. Hiciste dibujos de princesas para todos y jugaste mucho con la doctora Marisol Burgués. Una vez que fuiste oída, dejamos constancia de la copia que fuimos a buscar a La Plata. Firmamos todos un acta del encuentro y la primera que puso su nombre fuiste vos: Luana.

Volvimos viajando y te quedaste dormida del cansancio, nos lleva más de dos horas y media llegar al microcentro; te tenía en los brazos y te observé un largo rato. Tenés esa carita que puedo conocer tocándote con los ojos cerrados, la culpa o la sensación de lo que desconocí en un principio la tengo todavía. Te veo dormida y te veo de bebé, cuando eras mi gordo maravilloso, ese pensamiento dura un instante porque lo supera tu ser, sos Lulú, mi Lulú; como mi gordo, siempre te tuve de igual manera, qué bueno hubiera

sido entenderte antes, ya sé que es imposible, pero te hubiera ahorrado cuatro años de dolor. Tu presente como nena es tan fuerte e intenso, tenés una personalidad tan avasalladora, tan firme, inamovible, que no solo mamá lo ve, sino que hoy hay personas que están apoyando el pedido del DNI porque al verte están seguros de que ven a una niña y que se deben respetar los derechos que esta niña pide a gritos; se debe cumplir con la ley que te ampara y, lo más importante, hay una niña que desea ser escuchada. Sentite feliz, Lulú, porque ya te escucharon y todo va a cambiar de ahora en más. Ya está cambiando, ya la gente no piensa de la misma manera o por lo menos se instaló en ellos la idea de que existen los niños transexuales, lo crean o no, lo apoyen o critiquen, te acepten o te destrocen en sus comentarios, pero se está hablando de lo que antes de vos, hija, no se hablaba.

9 de septiembre de 2013

Mamá le escribió una carta al gobernador de la provincia, el señor Daniel Scioli. A él le pido encarecidamente que revea la posibilidad de rectificar tu partida de nacimiento ya que él es la máxima autoridad en la provincia y ese tema tiene que resolverse acá. Marcelo va a ir a La Plata a la Casa de Gobierno a llevarla personalmente. Esperaremos la respuesta también.

13 de septiembre de 2013

¡Qué día, Lulú! Fuimos con Marcelo y Valeria a la ciudad de La Plata, al Registro Civil, a presentar un recurso de reconsideración jerárquico por tu DNI. Nos representaba el doctor Pedro Paradiso Sotille de la CHA. El empleado de la mesa de entradas del registro no supo qué decirnos, es más, se retiró y llamó a su jefa para que ella recibiera esa documentación que era totalmente extraña para él. Lo mismo sucedió con la jefa que vino a ver qué queríamos hacer. La señora estaba muy nerviosa, por lo que pude percibir, se disculpó y fue a hablar con el área jurídica del registro para que le dijeran si nos aceptaba el recurso de reconsideración o no. Esperamos un largo rato que tomaran esa decisión o que averiguaran qué hacer. Le pregunté a Marcelo si podían rechazarlo y me dijo que no. De ninguna manera podían hacerlo. Volvió la señora, tomó los papeles en la mano, confundida, no sabía qué hacer con ellos. Se comportó muy amable, pero no sabía nada, solo que el tema estaba en todos los medios de comunicación y el registro provincial

era quien debía tomar la decisión. La directora de este registro era quien había salido en los medios diciendo que ella había firmado la negativa del pedido del DNI porque eras un menor impúber, incapaz de comprar un auto, un departamento y mucho menos decidir sobre tu identidad. Estaba totalmente equivocada y habló sin haber conocido bien el derecho que marcan la Ley de Identidad de Género 26.743, la ley 26.061 de Protección Integral de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes y la Convención de los Derechos del Niño, que en nuestro país tiene rango constitucional. Como directora del registro no podía ignorar eso bajo ningún concepto o ni siquiera se tomó el tiempo para interpretar que los pasos legales que me mandaron a cumplir no tenía por qué hacerlos, judicializar el trámite o referirse a vos en masculino, por ejemplo. Dijo que solo cambiaría la partida de nacimiento si se lo mandaba a pedir un juez, de otra manera no había posibilidad alguna porque ella había basado su resolución en el informe del asesor de menores e incapaces y que él había adjuntado al papel que firmamos una hoja con un "garabatito" que podía ser una nena con vestido y pelo largo que vos habías dibujado en esa reunión. Ignoraba lo que todos los licenciados en psicología saben, la importancia del dibujo espontáneo en los niños y cuánto puede expresar el menor en dicho dibujo. Por eso, el recurso que se presentó iba dirigido a un superior a ella. Entiendo la desorientación de las personas de administración, era la primera vez que se presentaba una persona tan pequeña a pedir un cambio de género. Lo que no entiendo es que las personas con un cargo superior no sepan aplicar las leyes establecidas. La ley de género es tan clara, no requiere mucho estudio. Bueno, esta señora completó y verificó todos los papeles que presentamos, nos entregó una copia y nos retiramos del registro de la provincia esperando el plazo establecido para que contestaran el recurso.

16 de septiembre de 2013

Hoy se festejó en el jardín el Día del Maestro, se hizo un acto y fuimos todos los papás. Había mucha gente y mientras transcurría el acto te paraste en el medio del patio y mirándome empezaste a rasguñarte la cara con ambas manos. Te quedaron las mejillas marcadas. Me espanté, otra vez no, Lulú, si estaba todo bien y se te veía tan feliz en el jardín. No entendía qué te estaba pasando. Cuando terminó, fuiste llorando hasta casa y solo repetías:

–No quiero venir más a este jardín.

–¿Qué te pasó?, ¿querés contarme?

–Nada, no me gusta este jardín ni el otro al que íbamos.

–¿Por qué te lastimaste, Lulú?

–No voy a venir más acá.

Te dejé porque era imposible con semejante crisis llegar a que me contaras, esperé mejor a que se te pasara. Pasaron dos días y antes de ir al jardín le dije a tu hermanito que fuera al baño porque en el jardín no tenía una muda de ropa para cambiarse, a lo que vos contestaste.

–Sí que te cambian, yo vi a una nena en el baño y estaba desnuda.

–¿Cómo que viste a una nena desnuda?

–Yo entré al baño y vi a una nena y no tenía penecito, tenía vagina.

–¿Por qué no te gusta tener penecito?, ya lo hablamos.

–Cuando sea grande no lo voy a tener más.

–¿Y qué vas a tener?

–Nada.

Eso era lo que te había pasado, lo mismo que en el otro jardín, te chocaste con la realidad, viste en el baño cómo es una nena. Por eso no querías volver ni al otro jardín ni a este nuevo. Supongo que te sentiste muy mal y por eso buscaste la primera excusa y te lastimaste la cara. Tenés que ir aceptando tu cuerpo, no hay otra, Lulú. En el jardín anterior también te pasó. Las nenas tienen vagina en todos los jardines, vos tenés que aceptar que sos una nena con pene. Acompañarte es lo único que puedo hacer y hablarte mucho. Tus reacciones sé que tienen un motivo, pero a veces me cuesta descubrirlo o que me cuentes cuál fue. Se nota la disconformidad, la bronca que tenés con vos misma, pero va a pasar, vas a ver, paciencia y amor, nada más.

Hay personas transexuales adultas que no pueden aceptarse, me imagino lo mal que podés sentirte vos. Vos sos más que un pene o una vagina, mi cielo, sos Luana y eso es lo que vale.

Tu tía Silvia te regaló un libro de cuentos de hadas. Empezaste a mirarlo y había un hada más hermosa que la otra, a lo cual decías con cada una:

–Esa soy yo.

–¿Y yo cuál soy? –te dijo–. Quiero ser esta que es linda.

–No, soy yo también, esa hada es Luana y es hermosa.

–Hermosa como vos.

–¿Y esta hada tiene penecito?

–Sí, tiene si vos querés, es un hada diferente.

–Bueno, es especial, tiene penecito, esa soy yo.

Era lo único que no podías dejar de lado u olvidarte, tu pene, ese que ninguna nena tiene más que vos. ¿Cómo hago para que no pienses en ello? Cuando pasan mujeres al lado nuestro por la calle o en el tren me mirás y me decís:

–Esa nena no tiene pene, mamá.

–¿Y cómo lo sabés?

–Porque la toqué y no tenía.

Es lo único que te diferencia de las demás nenas. Después, quien te ve no puede creer que tengas genitales masculinos, lástima que vos no puedas dejarlos de lado para que no te frustres. Intento todos los días que te quieras y que los quieras. Aceptación no es lo mismo que resignación, mi cielo. Aceptate, tu cuerpo puede cambiar cuando seas grande, no te resignes a vivir así, comparándote con las demás y agrediendo tu cuerpo por ser diferente. Te tocó vivir así y por algo te tocó a vos. Creo que es por la fuerza que tenés, vas a poder salir de esto que te tortura, ya lo creo que sí, saliste de peores situaciones y eras más chiquita; cuanto más crezcas, más difícil va a ser y por eso espero que puedas manejarlo queriéndote como yo te quiero. Como te queremos todos.

Mamá te preparó un álbum de fotos para que tengas de recuerdo. Desde que naciste hasta ahora que cumpliste seis años. Es tu historia, tu vida y tu transición. Desde el día en que naciste con 2,500 kilos y estabas en neonatología, cómo fuiste creciendo. Tus cumpleaños, el jardín, cuando te ponías servilletas en la cabeza para simular pelo largo, cuando te ponías mis remeras de vestido, el cambio que se fue dando en tu carita de nene triste con tu cabello cortito con dos hebillitas, tu primera pollerita de nena, cómo pasaste de ser un nene a Lulú, la nena hermosa que sos hoy, y cómo se instaló esa preciosa sonrisa en tu cara. La verdad es impresionante, verlo es revivir cada momento, es impactante y es tu historia, la que no tenés por qué olvidar ni esconder. Naciste con genitales masculinos y hasta los cuatro años de edad eras un varón para todos y en dos años te convertiste en una niña maravillosa que cuesta creerlo. Siempre fuiste la misma, te miro y solo se te veía con tristeza nada más y estos dos años no tengo una foto en la que te vea como antes, cambiaste lo exterior y se te ve desde adentro feliz. Estás feliz. Todos lo han notado. Se lo mostré a toda la familia, se emocionaron mucho. Hay una frase muy cierta que dice: "Los ojos son el reflejo del

alma" y es cierto, lo pudimos comprobar. Tus ojos hoy demuestran, además de alegría, la tranquilidad de no tener que pelear por existir y por ser comprendida. Por momentos cuesta recordar cuando te tratábamos como Manuel, es como si siempre hubieras sido Luana. Como si Manuel no hubiera existido y eso que solo es un nombre. La persona es la misma, pero cuánto determina la cultura de un nombre y un sexo asignado al nacer. Te pusiste un alma feliz y eso fue tu nombre y tu primer vestido, eso te hizo feliz. ¡Qué ser especial que sos, Lulú! ¿Tenés idea de cuántos adolescentes transexuales o personas ya adultas hubieran deseado tener la infancia que tenés vos, el valor que tuviste? Muchos no se animan a decirlo o les cuesta muchos años descubrir qué les pasa o por qué se sienten distintos a los demás. Muchos tienen el desprecio de su propia familia y se sienten excluidos. Por suerte, vos cambiaste el rumbo de tu vida hacia donde vos sentías. Toda la familia te apoya, tenés amigos que te aceptan y podés ir al jardín como vos querías. Tenés un camino brillante y libre, como vos desees vivirlo y jamás vas a estar sola.

Un círculo de amor en torno a Luana



Agosto de 2013

Toda la familia está reunida

Estamos trabajando, es el Día del Niño, nos reunimos la familia entera y me senté un rato con cada uno de ellos para hacerles unas preguntas, una entrevista, diría yo. Necesitaba saber qué pensaba cada uno de tus familiares acerca de todo lo que estaba pasando con el tema del DNI. Quería que cada uno de ellos te dejara un mensaje para cuando seas grande. La idea era que supieras lo que pensaba cada uno de ellos en ese momento. Para que el día en que te sintieras sola, leyeras cuánto amor había en esas palabras.

Salieron cosas muy lindas, profundas, sentimientos que no los habían dicho hasta ahora. Hablé con ellos por separado y todos se unen en una sola cosa: en el amor que te tienen.

Voy a transcribir el mensaje y lo que siente cada uno. Acá hay palabras de una abuela de una niña trans, de unas tías de una niña trans, todos ellos también son diferentes y tuvieron que pasar por ver tu transformación. Cada uno la vivió de manera diferente y está bueno que lo sepas. Les hizo bien expresarlo, lo noté, todos tenían algo para decir.

Silvia tiene 46 años, es técnica en electrocardiogramas y es tu tía.

Me di cuenta cuando me lo dijo; me miró y solamente dijo: "Yo nena, yo princesa".

Yo fui la que le dijo a tu mamá que viera ese documental. Pero esa nena era más grande que vos. Trataba de satisfacer tus necesidades. Era difícil ayudarte sin hacerte daño. Darte todo lo que querías era fácil, pero lo que hacía ¿estaba bien? Mi referente eran tus ojitos: sin pelo largo, ojos profundamente tristes, con un pañuelo simulando pelo largo, tus ojos se iluminaban. No había más que pensar. Fui yo quien les envió el email a Valeria Pavan y al doctor Helien. Me quedó grabada la angustia que notaba en vos y escuchar el llanto constante. No me afectó verte con peluca, al contrario, me parecía raro verte sin nada en la cabeza. Siempre vi tu interior. Me conectaba con vos desde adentro. Como estabas triste por tener pelo corto, fui y me corté el pelo yo también, más cortito que el tuyo así no te sentías diferente. Cuando elegiste tu nombre, no me costó adaptarme. El nombre no hace lo que vos sos, ni el cabello, ni la ropa. Me fue más fácil nombrarte en femenino. No sé hasta dónde preguntarte a veces cómo te sentís, no quiero arruinar esta frágil construcción, es como caminar sobre hielo. No saber si en el siguiente paso todo se rompe y se desmorona. Lo primordial es que crezcas como quieras, nene, nena, pero feliz. Jugando y compartiendo con tu hermano y no llorando y angustiada la mayor parte del tiempo. Hay cosas que no se pueden solucionar ya, tenés que calmar esa ansiedad tan grande que tenés. Hay cosas que son obvias, el amor incondicional que te tengo. Ahí voy a estar para ayudarte y apoyarte en todo siempre. El DNI es el paso lógico, muy importante. Que te llamen de otra manera, esperás la reacción del otro, sos muy sensible y captás su mirada, leés los mensajes corporales y sentís el rechazo al instante; por ende, reaccionás. Estás a la defensiva, hay que levantarte la autoestima. ¿Cómo te ayudo a entender que si el otro se molesta no debe importarte?, el problema es de los demás. Siendo tan chiquita te das cuenta si no te aceptan y eso te frustra. La sexualidad no está en los genitales, sino en el cerebro. Lo que me gusta a mí puede no gustarle al otro. Todo en la vida es una elección y la sociedad te obliga a elegir. Deseo algo imposible: que el entorno en el que te

muevas sea comprensible, no la sociedad toda, solo donde estés. Que no tengamos que ocultar nada para que te acepten. Podés contar conmigo, vamos a tratar en todos estos años de darte herramientas para que estés segura, tenés el potencial, sos avasalladora, vas adelante, no te quedás con el "no podés". Eso hay que alimentarlo. Cuando te pongas una meta, te vamos a ayudar. Todo avanza y todo se puede solucionar. No tengo dudas de que las modificaciones que quieras hacer en tu cuerpo las vas a lograr y la ciencia va a avanzar cada vez más. La química que tenemos no la puedo explicar, percibís mi interior, sentís que no te agredo, que te acepto. Nosotras nos vemos las almas. Lo que importa acá sos vos, Lulú. Me angustia lo que te pueda pasar, mi miedo al maltrato psicológico y físico que puedas sufrir. Si lográs estar fortalecida, es un logro importantísimo y muy tuyo.

Darío tiene 44 años, es encargado de un edificio, es el esposo de tu tía Silvia y también, tu tío.

Los tíos te daremos la mano para que jamás tropieces, el corazón para que tengas las fuerzas y el alma para tener la voluntad de seguir luchando para realizar tus sueños. Siempre estaremos a tu lado incondicionalmente para protegerte, amarte, ayudarte y, sobre todo, comprenderte. Tenés que tener un DNI, tenés que tener tu identidad, la que tanto deseás. Tenés conciencia y estás tan segura que necesitás un documento que te acompañe. De lo que es la ley no tenés idea porque sos muy chiquita, pero sí de tu sentimiento. Para que la sociedad entienda el sentido de la identidad falta mucho, no tendrían que guiarse por los papeles, sino por los sentimientos. Para mí, tenés decisión propia porque sabés bien quién sos, sos una nena. La gente es ignorante y al no saber se asusta y agrede, ataca y lastima. Vos tenés que ignorarlos porque contra la ignorancia del otro no se puede. El tema no está hablado en los colegios ni los médicos entienden, falta mucha educación. Gritaría a todo el mundo: "Yo soy el tío de Lulú" con orgullo, tienen que ser menos racionales y más humanos todos. Me dijiste un día: "Tío, yo nena".

Jamás tuve vergüenza, siempre orgullo por tu voluntad, tu fuerza, tu decisión y tu tenacidad para realizarte como sos. El miedo que tengo

es que después de tanto que lograste, de tanta lucha, un día te sientas vacía. Si llegara a pasar, llená tu vida con todo nuestro amor.

Valentina tiene 8 años y es tu prima.

Vos tendrías que tener un nombre de nena y una foto de nena en el documento porque cuando vas al médico y te tratan de varón te sentís muy mal. Siempre voy a estar a tu lado cuando me necesites, tu prima te ama mucho. Voy a estar para que me cuentes lo que quieras. Ser una nena trans es un varón con cuerpo de nene que siente que es una nena. Me acuerdo que de chica te mirabas al espejo y te querías sacar los pantalones. Cuando me di cuenta, no fue fácil; saber que tu primo, que es varón, se siente nena es raro, pero lo acepté. Sos una persona como todos, tengas como tengas el cuerpo, el pelo, los pies, sos un ser humano y hay que respetarte. Hay personas que no te respetan, hay que empezar a ponerse en el lugar del otro. Es horrible que te estén mirando, sé que es raro para los demás, pero dales la espalda si no te aceptan y seguí como si nada. Nunca pensé en dejarte de lado por ser como sos. Mi miedo es que alguien te discrimine y que llores por eso, porque no sabría qué hacer en ese momento.

María Esther, 64 años, empleada doméstica, tu abuela.

Siento una gran admiración por la preciosa niña en la que te fuiste transformando, ya no me duele haber perdido a Manuel porque como Lulú me llenás de tanta luz que me siento la abuela más feliz del mundo. En todos los problemas y dudas que se te presenten en la vida, hasta que Dios me diga basta, voy a estar ahí para acompañarte. De recién nacida ya sabía que eras especial, sos lo más importante en mi vida, y sin saber por qué siempre traté de protegerte rodeándote de todo mi amor. Jamás tuve duda en amarte tal cual sos, y si alguna vez la tuve, cuando decidiste cambiar a como sos hoy, solo fue por miedo a que la sociedad, que es tan fría y crítica, te dañara y no poder ayudarte aun rodeándote de tanto amor. Sos tan pequeñita y tan grande a la vez que ya no siento miedo. Pues la tristeza de tus ojos, que te acompañó durante los primeros añitos, se fue y me dio la fuerza necesaria para poder acompañarte sin ningún tipo de preo-

cupaciones. Hoy te veo súper feliz. Te amo tal cual sos, inteligente, tenaz y luchadora. La fuerza que tenés es digna de una personita que no se dejará vencer por nada ni por nadie. Eso en vos es tan admirable que nos deja a todos sin palabras. Tan pequeñita enfrentaste a todos a pesar de los miedos que con seguridad tendrías por tu corta edad, tanto valor va a quedar grabado para siempre en toda tu familia y en los profesionales que te están guiando por este camino que elegiste día a día. Es grandiosa tu actitud frente a lo que sentís interiormente y que difiere tanto de tu exterior. ¿Cómo no amarte después de ver el cambio de tus ojos por la alegría de ser vos misma? La abuela te apoyará siempre, te daré fuerzas cuando te caigas, lo que vos nos has hecho crecer como personas es increíble. Te espera un largo camino por delante y espero que, con la personalidad que tenés, salgas triunfante de las situaciones más difíciles que se te presenten. Tenés a toda tu familia y a mí agarrados muy fuerte de tu manito para seguir adelante con tu valiosa vida porque sos nuestra gigante, chiquita, la que nos da seguridad y entereza para encarar al futuro. Luana, sos tan especial que nos estás dando una lección de vida a todos los que te rodeamos. Seguí siempre así defendiendo lo que sentís, aunque el mundo esté contra vos, sos lo más grande, te ama tu abuela.

Gori tiene 44 años, ama de casa, tu tía.

A mí fue a la que más le costó entender y aceptar tu cambio por miedo, ignorancia, y pensé que por ser tan chiquita ibas a sufrir mucho y no era justo. Al principio fue confuso, no podía comprender que en tu cabecita eras una princesa y no lo que se veía por fuera. No quería que sufrieras, pero a la vez yo te hacía sufrir llamándote por un nombre que vos no querías. Las personas creen que se puede cambiar al otro y eso es imposible. Tenía bronca, no quería que nadie se riera de vos ni de Federico, que siempre te iba a defender. Pero al final me enseñaste vos a mí que todo se puede y que no te tiene que importar el resto del mundo. Cuando te vi vestido con peluca no lo podía entender o no quería que tu mamá te pusiera eso, pero al ver tus ojos, tu carita, tenías alegría, y así entendí que eso era lo que te hacía feliz, y eso es lo más importante. Desde ese momen-

to comencé a cambiar y a pensar diferente porque eras lo que tendrías que haber sido siempre, una hermosa princesa. Te amo muchísimo y contá conmigo siempre. Sos un ejemplo de niña, una luchadora pequeñita que, si Dios quiere, te vas a llevar al mundo por delante por tener tan claro lo que deseás. Tenés que tener tu DNI para no pasar más vergüenza. Para sentirte feliz porque te van a llamar por el nombre que elegiste, para no tener que dar explicaciones a nadie de lo que sentís. Tenés decisión, sos una nena, lo sostenés y mantenés. El primer día de jardín pensé que te iban a destrozar y no fue así. La decisión de entrar al jardín con tu pollerita y que no te importara lo demás fue increíble. Nosotros los grandes no tomamos decisiones a veces por cobardes y por miedo. A veces, por no querer asumir lo que está pasando, no hacemos nada al respecto o decidimos lo más cómodo, pero tu mamá no lo hizo, te escuchó. Los problemas los vas a tener igual, seguí adelante, enfrentalos. Yo creía que uno es nene o nena, no sabía lo del género, tuve que aprender a escuchar. Hoy veo a una nena, siempre fuiste Luana, veo en vos lo mismo que en otras nenas, sos coqueta, femenina, no tenés rasgos de varón, ni la voz que tiene tu hermano, mi miedo es que alguien te lastime con maldad y que no te dejen ser feliz. La tía Gori te ama y siempre voy a estar para defenderte.

Federico, 26 años, estudiante de psicología, tu tío.

Me di cuenta de que te sentías nena cuando me lo dijiste y cuando me enteré que se lo dijiste a tu papá: “Yo, nena, yo no Manuel, yo nena”.

Y encarar a tu papá, que para todo niño es la máxima autoridad de la infancia, fue fuerte. Ahí hubo un punto y aparte. Aprendimos a convivir con esto y a oír. Yo aprendí que lo exterior es lo de menos y que lo que se lleva adentro no se puede cambiar. Uno es lo que es y punto. El qué dirán no me afectó, pero escuché, por ejemplo: “No lo disfracen así al pibe porque en la escuela lo van a destrozar y no va a querer volver a ir”.

No quedó otra que aceptarla dejando atrás todo tipo de prejuicios. Me hice amigo de chicos gay para interiorizarme, aunque no es lo

mismo, pero quería aprender a ser más tolerante. Cumplí más la función de padre que el tuyo propio, que nunca estuvo. En la panza me escuchaban a mí, comieron lo que yo le cocinaba a tu mamá, y cuando le daban las inyecciones a mi hermana, yo estaba ahí. El padre, totalmente ausente. Al principio chocaba verte porque te ponías un disfraz, no como ahora, y resaltabas más. Hoy son más notorios tus rasgos femeninos, te vi carita de nena, decisión y actitud de nena, quisiste que te pongan aritos. El precio que hay que pagar por odiar al otro es quererse menos a uno mismo. La igualdad social y la integración son derechos. Sé lo que quieras ser, la belleza va por dentro. Cada cual pisa como quiere y tiene su razón de ser, la dicha no es cosa alegre. Contá conmigo para bien o para mal. Para encontrar esa salida en el cielo. Necesitás tu DNI porque legalmente acredita la identidad y sería favorable para que no existieran más situaciones de discriminación. En el DNI no deberían existir las variables femenino-masculino; alcanza y sobra con el nombre y el apellido, una foto y ya está. Así evitaríamos entrar en detalles sobre la intimidad de las personas. Cada uno decide quién quiere ser. Es más, si no se considera la opinión de un profesional que avala que es favorable para tu desarrollo, estamos perdidos. Mi miedo es que no lo puedas superar y termines pensando que no hay salida.

Ayrton, 13 años, estudiante de secundaria, tu primo.

Al principio pensé que era un juego, no pensé que ibas a llegar a esto. Me empezó a parecer raro en mi comunión cuando no te encontrábamos y estabas debajo de la cama de mis papás. Esto no se ve todos los días. Veníamos a verte y estabas todo el tiempo viendo películas de nena, no querías jugar a la pelota conmigo. Después el cambio fue tan grande, pasar de varón a nena, todo se centraba en eso. Es difícil de explicar lo que siento. A primera vista sos una nena, no se distingue si eras varón, pero yo lo sé. Igual soy tu primo y voy a estar para cuando me necesites, no quiero que nadie te lastime.

Ana Inés, 35 años, estudia para ser maestra de niños especiales, amiga de mamá, tu tía del corazón.

El mismo día que conocí a tu mamá, los conocí a ustedes, era octubre de 2007, tenían tres meses de vida, eran tan chiquititos. Desde ese día empecé a quererlos a los tres. Por cuestiones de la vida, por un tiempo no los vi, pero tu mamá me contaba cómo iban creciendo. Con el correr de los años, tu mamá me contó todo lo que sentías y te estaba pasando y siempre la apoyé para que siguieran adelante. En 2011 nació Felicitas, tu prima del corazón, recuerdo cuando vinieron a casa a conocerla y vos querías besarla, tocarla, hacerle muchos mimos y te encantaba la muñeca que tenía, era de trapo con pelito rosa de lana. Cuando Feli cumplió un año, ustedes vinieron a festejar su cumple y no puedo creer que seas una nena tan hermosa, Luana. Sos preciosa, te miraba mientras jugabas en el pelotero y disfrutabas el cumple con los otros chicos, estabas feliz.

Yo te respeto, te valoro y te amo por lo que sos, Luani. Para mí, sos una nena súper especial y sabés por qué, porque sos muy valiente frente a todas las cosas que te pasan, tenés una gran actitud frente a este mundo de grandes que a veces no entienden las cosas. Lo más importante que hay que entender es que vos sos una nena única que merece ser feliz. Y sé que eso va a ser posible porque tenés la mejor mamá del mundo y el mejor hermano que te pudo haber tocado. Siempre estuvieron a tu lado apoyándote en todo. Tu mamá es una gran luchadora, una gran persona que se esfuerza para que a vos y a Federico no les falte nada, también tenés el apoyo de toda tu familia y el mío, que soy tu tía del corazón, con Felicitas. Quiero que sepas que mi familia te acepta como sos y te quieren un montón.

Los niños son como mariposas al viento. Algunos pueden volar más alto que otros. Pero cada uno vuela de la mejor forma que puede. Cada uno es único, cada uno es especial, cada uno es diferente en su vuelo, pero igual es su derecho a volar para lograr su felicidad. Los amamos.

Viviana, 34 años. Es la mamá de Luana, la nena del jardín por la que elegiste tu nombre. Hoy es amiga de mamá.

Se me viene a la mente primero y principal lo que mi hija te quiere, Lulú. Desde el principio, sin condiciones, es tu amiga. Aunque pri-

mero fuiste su amigo. Compartieron durante un año la salita de jardín, cumpleaños y juegos en tu casa. Según me cuenta mi hija, vos te mostrabas interesado por los juegos de niñas. Tu momento más feliz del día era el de los rincones, donde cada nene elige con qué quiere jugar: "En el rincón de las nenas es donde 'él' va a jugar todos los días", me decía.

Mi hija, al llegar del jardín, me contaba que había jugado a que "él" la peinaba o que hablaban de las cosas que les gustaban: princesas, maquillajes, vestidos y peinados. Y se sorprendía, pero no le molestaba. También había días en los que estabas detrás de ella todo el tiempo observándola. Fueron muy amigos. Hasta pensé que estabas "enamorado" de mi hija Luana. Estaban siempre juntos, vos le acariciabas el pelo, todo lo que mi hija decía a vos te maravillaba, ¡obvio! Si era el mundo que vos querías vivir y como no te lo permitían, lo vivías a través de ella. En el cumple de mi hija todos se disfrazaron, fue muy frustrante para vos, Lulú, pues las nenas eligieron los trajes de princesas y los nenes de superhéroes, vos sabías que no te podías poner delante de todos un disfraz de princesa, te pusiste la capa de Superman que es roja y jugaste; tu mamá me contó después que te la pusiste porque era como la capa de Blancanieves. Después del receso escolar de invierno, tu mamá me pidió hablar. Todo me indicaba que no sería una charla más para nosotras, me imaginé cualquier cosa menos lo que me dijo. Fue directa: "Manuel no es más Manuel. Es una nena y eligió llamarse Luana, como tu hija".

En ese momento me pregunté cómo pudo suceder, traté de buscarle una respuesta lógica, pero no existía. Ahí mismo me contó toda la historia. Lloramos juntas y desde mi lugar de madre y amiga le ofrecí mi ayuda y apoyo en su lucha. No sabía cómo, pero aún hoy siento que acompañándolas en este camino se les haría más leve. Hoy en día, haciendo memoria y mirando fotos del primer año de jardín, veo que eras observadora de todas las niñas, tu carita triste en la fila de los varones lo decía todo. Luego de enterarme, esperé un tiempo prudente; debía de alguna manera explicárselo a mi hija. No sabía cómo se lo iba a tomar, su respuesta me sorprendió. Le pregunté qué le parecía que Manuel jugara siempre con ella a lo que me respondió: "Es muy divertido, ma, es como una nena".

La senté a mi lado, la abracé y le conté todo. Al principio se sentía mal porque no comprendió por qué le había pasado eso a su amigo Manuel y luego se puso contenta porque comprendió que nada iba a cambiar, sino que iban a compartir más cosas y me dijo: “No jugaba conmigo porque estaba enamorado de mí, jugaba porque es una nena como yo. ¿Cuál es el problema?”.

Le conté que vos habías elegido llamarte Luana como ella y, lejos de molestarse, se puso súper contenta, tenía una gran sonrisa. Los niños son tan espontáneos y auténticos, tan puros que no conocen distinciones a la hora de aceptar a alguien; al contrario, los adultos somos prejuiciosos y discriminamos por cultura. Dentro de tu entorno íntimo, el tema estaba encaminado, tenías que dar el paso hacia el “afuera” porque seguías sufriendo cuándo en el jardín te decían Manuel y cuando te sacaban de la fila de las nenas en la que te ponías por instinto. Al siguiente año, el primer día de clases apareciste como Lulú. Casi todos los niños del jardín te aceptaron, pero notaron algo distinto. Las preguntas eran: “¿Por qué Manuel estaba vestido de nena?”. “¿Federico tiene una hermana?”. “¿Qué le pasó a Manuel?”. “¿Por qué Manuel no vino?”.

El colegio no les brindó la suficiente información a los padres para saber cómo actuar y quedó a criterio de cada uno cómo explicarles a los niños. Hoy sos Lulú con todas las letras, ya no te tirás del pelo para que te crezca rápido, me emociona verte feliz, con tus vestidos y maquillajes jugando en tu casita de muñecas. Tenés muchas ganas de crecer feliz en una sociedad que no te mire mal, necesitás, además, a tu familia, amigos que te reconozcan como nena. Que te reconozca la sociedad respetando tu identidad y llamándote por el nombre que te identifica y no por el que figura en un papel. Pregunto entonces: ¿Qué niño no tiene ambiciones de crecer, de ser grande y ser el mejor en lo que más le gusta? ¿Acaso nadie soñó cuando era niño que solo por el hecho de manejar un karting sería piloto de Fórmula 1? ¿O que por patear bien la pelota sería jugador de fútbol? Bueno, ella, Lulú, Luana, cuando se pone sus vestidos y se maquilla como toda niña, sueña con ser una princesa o simplemente una futura mujer.

Carolina, 32 años, profesora de Lengua y Literatura. Mamá de Joaquín, un amiguito del jardín. Una amiga de fierro.

> Luana: soy la mamá de tus amigos Joaquín y Juan. Te escribí esta carta para que cuando seas grande puedas comprender la cantidad de gente que te quiere y que te está acompañando. Mi familia te conoció en el jardín cuando tenías tres años. Vos y tu hermano fueron las primeras personas a las que Joaquín tomó como referencia. Al principio, a él le costó adaptarse y fue la amistad de ustedes la que lo convenció de que ir al jardín estaba bueno. Después vino el conocimiento con tu mamá, viste como es ella, una loca linda, y automáticamente hicimos un ¡clic! Y puedo decir con felicidad que encontré a una amiga maravillosa. Todavía recuerdo el día que me contó qué era lo que te estaba pasando y por qué tenías los ojitos tan tristes. En un abrazo fuerte le dije que todo iba a estar bien y que te dejara ser porque yo considero que la libertad es lo mejor que les podemos dar a nuestros hijos. Después vino el remolino de cosas que pasaron y una anécdota que recuerdo es un día que te vimos un poquito triste y Víctor, el papá de Joaquín, te explicó que todos éramos diferentes y que estaba bien ser diferente. Él, por ejemplo, nació sin su mano derecha y es diferente de todos los papás, pero está bien que eso sea así. Otra cosa que me acuerdo es que te encantaban los peluches. Cuando venías a jugar a casa, Juan era un bebé y un día que no la habías pasado muy bien porque había un nene que te trataba mal, yo te di para que te lleves un patito de él ¡y estabas chocha!
>
> Yo sé que probablemente haya momentos en los que pienses que la vida no es justa. Por qué te tienen que pasar todas estas cosas a vos. Y también sé que va a haber momentos de tu vida en los que te encuentres perdida y no sepas qué hacer. Recordá en esos tiempos que vos tuviste la fortuna de encontrar tu misión en la vida desde muy chiquita. Vos sos una afortunada porque desde que sos una nenita sabés cuál es la razón de tu existencia y esa es, sin dudas, iluminar y guiar a otros. Quien sea que te conozca no puede dejar de percibir tu personalidad chispeante y tu alegría. Sos un ser maravilloso y tenés una fuerza y una determinación que la mayoría de la gente no podría ni imaginar y que muchos adultos se pasan la vida buscando.

No te olvides nunca de que tu mamá te ama y que el mayor acto de amor de un padre hacia un hijo se lo vi hacer a ella, cuando se enfrentó al mundo, solita, sosteniéndote de una mano a vos y a tu hermano de la otra, diciéndoles a todos: "Esta es mi hija y voy a luchar con uñas y dientes para que la respeten". La identidad es tu derecho desde el día en que naciste y nadie te lo puede sacar. Y tu identidad, sin dudas, es Luana, el nombre que te pusiste a vos misma con la misma actitud y convicción con la que llevás toda tu vida. Vos sabrás que no sos la primera nena especial que hay, la diferencia que tuviste vos es que tenías a alguien escuchando. Tu diferencia es que no te silenciaron y que tuviste una persona en tu vida que te permitió ser y te brindó la atención que te merecías. Esa persona maravillosa es tu mamá. Recordá siempre eso y valoralo.

Recuerdo con felicidad cuando después del acto de fin de año, por la pésima idea de vestir a los nenes de mono y a las nenas de bailarinas, vos estabas un poco triste y te regalamos una muñequita de trapo vestida de bailarina. Estabas feliz y lo que más me conmovió fueron tus ojitos, cómo revoloteaban de alegría. Esa luz que tenés en la mirada es la que no debés perder jamás. Esa alegría y esa manera de celebrar la vida tampoco. Y si alguna vez te encontrás con alguien que te dice lo contrario o que quiere apagar esa llama que tenés dentro, jamás se lo permitas porque nadie tiene la facultad de hacerlo.

Por último, quiero decirte que no esperes que la gente te comprenda. Generalmente las personas ni siquiera se entienden a ellas mismas. No busques la aprobación ni la palmada en la espalda, buscá la felicidad y la sinceridad en las personas. Te sobra inteligencia para darte cuenta quién te quiere de verdad.

Acá siempre vas a tener cuatro personas que te quieren mucho y que te están acompañando en cada paso, a veces físicamente y a veces con el corazón.

Salí a la vida, brillá sin miedo e iluminanos a todos.

Zilah, 23 años, estudia el Profesorado de Educación Física y es la novia de tu tío Federico hace tres años.

El cambio de nene a nena fue algo impresionante. De repente sos una nena hermosa. Es difícil de explicar, pero te acepté tal cual sos; aparte, si sos feliz así, hay que aceptarte como vos querés ser. Luana, pase lo que pase, seguí luchando por lo que desees que vamos a estar todos apoyándote para lo que sea. Tenés que tener fuerza, salir adelante, que todo se puede solucionar, todo se puede. Estoy acá para abrazarte, podés confiar en mí, tenés que apoyarte en los que te amamos, lo demás no tiene importancia ni les des valor. Te considero mi sobrina, siempre te voy a maquillar como hasta hoy, te voy a peinar y a pintarte las uñas; cada vez que quieras jugaremos con las muñecas y te voy a seguir llevando a la plaza a tomar helados. Te amo, fuerza, Lulú. Mi miedo es el maltrato de la gente, la discriminación y que vos te lastimes.

Walter, 43 años, chofer de larga distancia, tu tío.

Querida Luana:

¿Cómo no acordarme de aquella época en la cual eras un niñito triste e insatisfecho?, tus ojitos lo decían todo, algo no andaba bien en vos. Por mi trabajo te veía poquito, pero igual fue lo suficiente para sentir que no eras feliz. La familia lo percibía, tu mami, luchadora si las hay, fue la que empezó a atar cabos, tu conducta fue cambiando y se acercaba más a la de una niña. Cuando se dio cuenta tu mami de lo que ocurría y te transformaste en Luana, imposible olvidar la felicidad de tu rostro, impresionante fue el cambio para mejor. Por fin empezabas a ser vos, una niña llena de felicidad y alegría. Siempre pensé: que sea lo que quiera ser y se acabó si ella es feliz.

Siempre te acepté y estuve de tu lado.

Gracias a este cambio estamos todos más felices. Siempre contá con nosotros, estamos ahí y te amamos.

Ángel, 55 años, abogado.

Es mi papá del corazón. Lo conocí cuando tenía cuatro años más o menos y nos quisimos desde entonces, su corazón me adoptó al instante, me cuidó, me dio de comer y me enseñó muchas cosas cuando ni mi propio padre se acordaba de mí. Lo recuerdo como un hombre gigante, de manos

grandes y con mucha fuerza. Un oso que me abrazaba y me enseñó a bailar rock cuando tenía ocho años. Un tipo duro, machista. Me crie con él y siempre nos llevamos muy bien, fui su consentida y hasta el día de hoy tenemos una hermosa relación. Cuando le conté que vos decías ser una nena y por todo lo que estábamos pasando, se quebró, lloró, lo vi sensible ante mí y por primera vez lo noté desconcertado, pero abierto a escuchar. Me miró y me dijo: "Qué valor que tiene, es igual a vos cuando eras chiquita".

Hacía tiempo que no lo veíamos y te apareciste delante de él vestida de nena, con tu pelito cortito todavía.

–Hola, preciosa –te dijo.

Me miró y, sin mediar palabra, me abrazó:

–No esperaba otra cosa de vos, estoy orgulloso. Seguí peleándola.

Y desde ahí te acompañó en tu sentir como me acompañó a mí cuando tenía tu edad. Apenas aparecimos en el diario, llamó para apoyarnos y para repetirme una y mil veces lo orgulloso que estaba de mí y cuánto admiraba tu fuerza y tu decisión. Hasta llegó a pelearse en un bar cuando aparecimos en televisión y alguien comentó algo desubicado de nosotras y él escuchó. Pudo hablar con un amigo que tiene un hijo homosexual al que dejó de ver por su elección. Logró convencerlo de que cambiara su relación con su hijo, le contó que él era tu abuelo y que estaba orgulloso de serlo. Un tipo tan grandote para mí, tan importante, me dio mucha fuerza también y no creí que pudiera entender; sin embargo, no dejó de apoyarnos en esta lucha por conseguir tu documento.

Que él esté orgulloso de mí es muy gratificante ya que fue la imagen de padre que necesitaba, mi papá, él y yo nos elegimos, estamos unidos por el corazón.

Ana Lía, 33 años, ama de casa y amiga de mamá; más que amiga, hermana, diría yo. Tu tía del corazón. Es la mamá de Nahir, una de tus dos únicas amigas.

> ¿Qué más que dar gracias a la vida por ponerlas en mi camino dándonos el más valioso de los regalos que son su confianza y su amistad? En ustedes están la madre y la niña más fuertes, valientes y fieles a su sentimiento enfrentando con valor al mundo día a día. Con la mirada más pura pelean por algo tan importante como es ser feliz. Algo que hoy sí veo en tu mirada de princesa, Lulú. Conocerte me hizo entender que valen la pena tantas cosas que creí perdidas, tan-

tos sueños que creí dormidos, sentí temblar mi optimismo hasta que llegaste a mi vida y conocí la fuerza interna que tenías siendo apenas una niña. Te doy gracias por enseñarme que el valor madura nuestro espíritu, hace reflexionar sobre los que lo tienen vacío porque el rechazo y la indiferencia nos tiñen de gris, cosa que no se ve en tu maravilloso brillo interior. Reina de la lucha por ser lo que verdaderamente sientes en lo profundo de tu alma.

A Ana la conocí un día que salía triste del jardín porque vos estabas con muchos conflictos y caminé a su lado contándole todo lo que te pasaba, me ofreció su apoyo y nunca más nos separamos. Ella es la mamá de una de las nenas que más querés y que sigue siendo tu amiga después de tu transformación. Además de la nena a quien le copiaste el nombre, Nahir fue muy importante para vos. Te pegaste a ella también y te brindó su amistad y te cuidó. Ana fue quien te hizo los agujeritos en las orejas para que pudieras usar aros como vos deseabas, ella te ayudó con cada fiesta de fin de año para ver cómo hacíamos con tu tristeza y cuando se fue tu papá, fue quien muchas veces nos trajo algo para comer, te hizo la torta de tu cumpleaños y te pasó la ropita que a su hija no le quedaba más porque mamá no tenía para comprarte. En estos dos años, ella fue incondicional y nuestro más preciado ángel de la guarda. Un ser humano con un corazón más grande que su mismo pecho.

Natalia, 36 años, estudia Licenciatura en Trabajo Social, mi amiga del alma, otra tía del corazón. Inseparables, siempre unidas en las buenas y en las malas.

Mi querida Lulú:

Quisiera contarte cómo fue esa primera vez en que vos y yo nos conocimos, cómo fue ese momento en que todo cambió, cómo tu presencia y tu coraje cambiaron para siempre la vida de todos los que te rodeamos y amamos.

Y como en esos cuentos de hadas y princesas que a vos tanto te gustan, lo imposible se volvió real y te nos fuiste transformando de principito triste y solitario en una hermosa princesa y en la más luchadora de todas ellas.

Aquella primera vez que nos conocimos fui corriendo luego de un llamado de tu mamá. Por distintas razones, la vida nos llevó por distintos caminos a tu mami y a mí, no nos vimos por mucho tiempo; sin embargo, nuestra amistad era una hermandad fuerte a la distancia. Recuerdo que estaba emocionada por la noticia, mi amiga había sido mamá y de mellizos. Por lo que me sentía orgullosa tía por partida doble.

A lo largo de tus seis añitos, he compartido muchos momentos de alegría, de juegos, travesuras, risas y también tristezas junto a vos, tu hermanito y tu mami. Han sido como los tres mosqueteros, unidos, fuertes y tenaces frente a las adversidades.

Tu mami ha sido y sigue siendo una leona que lucha incansablemente por los derechos de ambos, por que sean felices, por que la vida sea lo menos dura posible, por que la sociedad y sus prejuicios no logren borrar sus sonrisas, no empañe sus sueños y que en el mientras tanto, sigan soñando con qué les gustaría ser cuando sean grandes.

Recuerdo cuando empezabas a dar tus primeros pasos, lo difícil que era no consentirte cargándote en brazos, tus sollozos cuando te encaprichabas por tu juguete favorito, que había que buscar intensamente; me encantaba apoyar mi cara en tu cachete regordete mientras te cargaba porque así dejabas de llorar, mientras te cuidaba hasta que llegara tu mamá. Mientras tu hermanito jugaba en su sillita con sus autitos y muñequitos, vos y yo buscábamos tus peluches favoritos por toda la casa, no querías jugar con autitos, no parecían gustarte para nada, siempre los tirabas y llorabas, te gustaba abrazar a los peluches, como si pasaras tiempo extrañándolos, los abrazabas fuerte contra vos, eras feliz, te sonreías, tus ojitos mojados parecían sonreír cuando te los daba.

Así fue pasando el tiempo, a tus casi dos años, tu mami les cantaba canciones infantiles y así empezaron a hablar más fluido, vos te sabías muy bien las canciones y hacías bailar tu manito.

Un día, tu mamá les puso para ver una película de princesas y allí todo un mundo nuevo se abrió ante tus ojos y los nuestros, los colo-

res vivos de los vestidos de esas princesas que bailaban y cantaban fascinaron tus sentidos, tu carita sonriente, y tus ojos sorprendidos miraban hipnotizados la pantalla del televisor. Ninguno de los adultos varones de la familia ni tu mamá dieron mayor trascendencia a que a un niño le gustara ver dibujitos de princesas o cantara la canción de esa película.

Qué tanto podía importar un príncipe o una princesa en un dibujito animado que a los niños de la familia les gustaba tanto ver.

Pero lo que no imaginamos inmediatamente era que nuestro niño amado no era totalmente feliz siendo ese niño, que no quería jugar a ser el príncipe del dibujito, sino que quería ser la princesa que bailaba con esos hermosos vestidos de bellos colores.

Fuimos dándonos cuenta de que sufrías por ser esa princesa. Recuerdo que el día de mi cumpleaños yo estaba con ustedes en tu casa, tomando un té con tu mami; luego llegó tu abuela a saludarme y les dijo vamos a cantarle el feliz cumple y vos le pediste a tu mami que te pusiera el delantal de la cocina. Me miraste sonriendo y te animaste a cantarme el feliz cumpleaños, pero para mi sorpresa, venía con coreografía el saludo, bailaste agarrando el delantal y lo movías como si fuera un vestido. Nos cantaste y bailaste como lo hacía la princesa Aurora del dibujito que tanto te gustaba. Nos miramos con tu mamá y tu abuela, un poco sorprendidas, te aplaudíamos por bailarnos.

No veíamos nada malo en que jugaras a bailar como la princesa Aurora; sin embargo, no emitíamos comentario alguno de lo que nos parecía. Podíamos intuir que algo nos querías decir.

Cuando supe que le habías dicho a tu mamá que eras una nena, no un nene, y que eras una princesa, sentí que ya lo sabía, que lo había intuido todo ese tiempo, no me horrorizaba pensar ni aceptar que quisieras ser una nena, que lloraras tanto para que tus padres te permitieran jugar a las princesas poniéndote las remeras de tu mamá que te lucían como vestidos, que pidieras muñecas para jugar o que tu tía Silvia te pintara las uñas a escondidas de tu papi porque se lo pedías insistentemente, o que suplicaras porque te dejaran pintar con

tu fibra rosa, con la única que te gustaba colorear. No, no me escandalizaba ni me asustaba que mi sobrino del corazón, el mismo que tuve en brazos tantas veces, al que le besé la cabecita cuando se quedaba dormido en su cochecito, afirmara tan precozmente que era una nena especial.

Me horrorizaba y me daba miedo el mundo lleno de personas prejuiciosas, discriminatorias y llenas de odio que ibas a tener que enfrentar con tan pocos añitos de vida. Y todas las acusaciones retorcidas que iban a tener que soportar tu mami y toda tu familia.

Y así fue, tu mamá pasó por tanta angustia y desesperación por no saber qué hacer, y se enfrentaba a tu padre para que no te castigara por desear todo aquello que usaban las nenas, ni te reprimiera con gritos. Decidió controlar su desesperación y escucharte con su inmenso amor, comprendió que no tenías un capricho por ser nena, sino que sufrías mucho porque eras una nena que estaba atrapada en el cuerpo de un varón, una nena que sufría y se angustiaba mucho cuando la vestían de varón, la llevaban al jardín y la veían todos vestida con ropa de nene. Llorabas tan desconsoladamente, pasabas mucho tiempo así, todos los días, podía escucharte cuando tu mamá me llamaba por teléfono y me decía que llorabas porque tu papá no quería que usaras sus remeras como vestidos, o no quería que te dejara pintar con la fibra rosa, o porque le prohibía que te dejara ver la película de la princesa Aurora.

Fui testigo de cómo tu familia se iba desmoronando poco a poco, ya no había paz en esa casa. Un padre que no aceptaba a su hija, que el prejuicio y el qué dirán podían más que su amor.

Afortunadamente, tu mamá optó por el amor que sentía por sus hijos y eligió apoyarte incondicionalmente y defender tu identidad autopercibida, hasta que llegó a la CHA.

Solo se trataba de acompañarte y dejarte ser. Algo que no iba a ser tolerado tan fácilmente por nuestra sociedad en un niño tan pequeño. Pero lo que no imaginábamos por completo era que una criatura de seis años estaba dispuesta a enfrentar a nuestra sociedad argenti-

na y al mundo para afirmar que es una nena y gritar que su nombre es Luana.

Aun así, el mundo de los adultos puede ser tan hipócrita, condenatorio, tan cruel y egoísta, que parece no dar lugar a la voz de una niña.

El odio, la intolerancia respecto del otro, la homofobia, el machismo van contaminando este mundo y llenando de veneno la mente y el corazón de todas las personas y, lo que es peor, de su descendencia también. Lulú, soportaste en el jardín la intolerancia y discriminación de padres como si tu condición de niña trans fuera a contagiar a los demás niños. Increíblemente, el discurso despiadado y carente de información de esos padres se fue reproduciendo en palabras muy crueles en boca de esos compañeritos de aula.

Lo más triste y doloroso que sufriste, Lulú, y que me llenó de impotencia fue cuando hicieron el acto de fin de año del jardín al que concurrías. La consigna era hacer una especie de musical en el que los varones debían ir disfrazados de monos y las nenas de bailarinas, ¿por qué vos tenías que usar el disfraz de mono? Sin tener contemplación ni respeto por tu identidad, el jardín insistió que debías usar ese disfraz como los otros nenes.

Tu mamá te animó a que te disfrazaras de mono para ir al acto, por esa única vez, y que a cambio te prometía una sorpresa especial al regresar a casa después. Con un nudo en la garganta, todos estuvimos presentes en ese acto y vimos tu carita de desolación y profunda tristeza. Cómo mirabas a las nenas con sus disfraces de bailarina. Fue la experiencia más discriminatoria y triste que soportaste. En varias oportunidades habías pedido que querías el disfraz de bailarina. Incluso se lo manifestaste a tu maestra.

Jamás pude borrar de mi memoria tus ojitos tristes de esa noche, cuando ninguna maestra ni otros padres presentes se detuvieron ni por un instante a mirar tu carita. Eras la niña más dulce y más hermosa de todas, pero la más triste que vi jamás.

Una niña que fue excluida cruelmente por los adultos, a nadie le importaron sus derechos ni respetar su identidad y a la que había que

ocultar de la mirada de los demás papás para que no se escandalizaran porque un nene quería ser bailarina.

Al principio, todos, familiares y amigos íntimos de tu mamá, intentamos persuadirla para que no llevara a la nena a ese acto en el que no querían que fuera vestida con el disfraz de bailarina y fue muy difícil para ella tomar esa decisión, pasó días enteros de culpa y angustia buscando el apoyo de amigos para descargar sus impotencias y estar fuerte para Luana y toda la familia.

La razón por la que tu mamá decidió que fueras a ese acto es porque se iban a presentar miles de situaciones como esa y no podía protegerte de todo eso siempre, serías discriminada y observada, era mejor enfrentar a la sociedad ahora y que fueras comprendiendo que la gente siempre va a hablar y juzgar. Esa fue la primera prueba que ustedes debieron pasar, esto las unió mucho más como madre e hija y también fortaleció el espíritu de ambas.

Vos tuviste tu tan ansiado disfraz de bailarina al llegar a tu casa, esa fue la sorpresa que te había preparado tu mamá, había pasado varias noches a escondidas diseñando y cosiendo el disfraz de bailarina, con todos los detalles de florcitas para el pelo, el tul y zapatillas de bailarina. Mientras amigos y familiares esperábamos en el comedor de la casa que salieras, tu hermanito nos desbordó de amor y emoción porque espontáneamente hizo de presentador de la bailarina; como si presentara a una estrella que salía al escenario, nos pedía que hiciéramos silencio para presentar a la bailarina.

Saliste de la habitación y la muestra de amor de tu hermanito nos desbordó el corazón de emoción a todos, él te abrazó y con una sonrisa gigante te dijo: “Luana, estás hermosa”. La alegría se dibujó en tu carita otra vez, fuiste aplaudida por todos los que te amamos, reconocida y valorada, como lo que en verdad eras, una nena y una hermosa bailarina.

Fue en esa noche maravillosa que atesoramos ese momento cuando vos y tu hermanito nos transmitieron el amor verdadero y nos enseñaron a los adultos lo que no terminamos de aprender de la vida, la aceptación y el respeto por el otro, aceptar y amar a nuestros hijos e

hijas por encima de todo y de todas las personas que los discriminen.

Mi hermosa y valiente Luana, sé que nuestra sociedad difícilmente cambie cuando llegues a tu adolescencia o a tu juventud, pero vos y muchas personas que te acompañamos estamos haciendo un gran esfuerzo por brindar toda tu historia de vida para que ayude a comprender y entender a muchas otras Luanas que están necesitando ser reconocidas, aceptadas, respetadas e incluidas en este mundo del que todos y todas formamos parte.

Nos vemos pronto para seguir construyendo cuentos de hadas y princesas, para seguir aprendiendo que la vida es una bendición que se construye desde el amor más profundo como el que vos y yo compartimos.

Gracias, Luana. Te amo con mi corazón.

Mónica, licenciada en Psicología, 42 años, amiga de mamá, tía del alma.

Mi preciosa Luana:

Ya pasaron seis años desde que nos conocimos y actualmente compartimos un sentimiento que está fundado en el respeto, el amor y la ternura.

Tuve el gusto de conocerte y de conocer a la familia hermosa que te rodea y te llena de amor y cuidados. Contigo conocí el color rosa, las Barbies, los cuentos de princesas y sirenas. Me colmaste de momentos compartidos, de juegos de adivinanzas, de escondidas. Muchos momentos vividos de alegrías y de angustias. Aprendí el valor que tiene una palabra, una mirada de aprobación, de aceptación en la que te sentías feliz, valorada, respetada y contenida en un mundo donde la imagen es lo que predomina por sobre los sentimientos que habitan dentro de una persona.

Luana querida, me hiciste sentir felicidad cuando me pintaste las uñas de color violeta fuerte y nos reíamos de felicidad porque ese juego tenía el valor de permitirte mostrarte, expresarte encontrando la mirada del otro, el reconocimiento de tu sentir, una mirada de

amor, de calor, de respeto en la que poder reflejarte y sentirte amada.

Realmente es difícil poder delimitar quién ayudó a quién en este largo camino que vamos recorriendo juntas. Me refiero al hecho de que hayas dicho soy Luana y así me llamo, ese es mi nombre. Fue una de las vivencias más conmovedoras que viví en mi vida porque se trató de mi querida Luana.

Los días y las noches que pensé en vos, en lo que se sentiría estar dentro de tu piel, de tu corazón, dentro de tus seis años.

No encuentro una respuesta todavía, pero lo que sí sé es lo que siento al formar parte de tu vida y eso no tiene precio. Mi corazón está repleto de recuerdos que estarán por siempre en mí. Y a la vez imagino todo lo que la vida nos traerá. Seguramente vivencias de felicidad, de tristezas, pero por sobre todo, de amistad y lealtad absoluta.

Tu cara es hoy día el reflejo de la lucha, de la esperanza, de la batalla ganada, de la valentía más grande, de la niñez absoluta.

Tu identidad es un acto de amor, el resultado de un sentir que es tuyo y solo tuyo, y que solo debe ser festejado como un acto de libertad y justicia.

La identidad de una persona no tiene como fin satisfacer las expectativas de los otros que nos rodean, sino satisfacer los sentimientos y necesidades que brotan desde lo más profundo del corazón de la persona para poder vivir en concordancia con lo que se siente, con lo que se desea y lo que se necesita para poder vivir momentos de felicidad y plenitud física y psíquica.

Luana de mi corazón, siempre vas a estar acompañada de las personas que te amamos y de las personas que se irán sumando en el mundo de tus afectos y experiencias de vida. Deseo que podamos seguir compartiendo momentos maravillosos de felicidad y que podamos conseguir que muchas personas que hoy sufren mucho porque se sienten incomprendidas, rechazadas, excluidas, puedan encontrar y encontrarse en su corazón para disfrutar del derecho a la identidad, a la vida y la felicidad.

Gracias, Luana, por derribar muros y construir puentes de amor. Yo quiero estar a tu lado para realizar eso. Te amo.

Son muchas las tías del corazón que la vida les regaló a vos y a Federico, mamá eligió bien a las amigas que me acompañaron siempre, como Matilde, que es como una madre para mí y que siempre estuvo a nuestro lado junto con Héctor, que los amó desde que estaban en mi panza. Matilde les cosió sus primeras sabanitas para el moisés y cuando papá faltaba, Héctor fue una figura importante para Federico. Tu deseo de ser nena nunca los alejó, ni siquiera dudaron de lo que vos sentías pues vieron tu tristeza y tu tenacidad para ser una niña. Te acompañaron y te trataron como vos querías y siempre tuvieron hasta el día de hoy una palabra de aliento en los peores momentos. Ellos son personas grandes ya y sin embargo tienen una mente tan abierta y mucho más aún el corazón. Jamás nos dejaron de ayudar ni nos dejaron solos.

Otras amigas de mamá que nos ayudaron siempre fueron Silvia y Elvira. Amigas hace más de trece años. Vivieron mi embarazo conmigo y nos trajeron tanta ropita de bebés que siempre vamos a agradecerles. Cuando les conté lo tuyo, lloraron, y nunca tuve de ellas una negativa. Ellas también te trajeron vestidos y a sus propias nietas para que jugaran con vos haciendo que vivieran este cambio como algo natural. El que dejaras de ser Manuel y pasaras a ser Luana no cambió en nada el amor que te tenían, al contrario, creo que te amaron aún más. Te cuidaron y te protegieron siempre. Te vieron crecer junto a tu hermano y les debo tanto. Son esas personas que uno no deja de agradecerle a la vida haber encontrado. Con ellas y con todos podemos contar; por eso te cuento que tenés un montón de gente que te quiere y que vivió junto conmigo tu cambio de nene a nena. No hubo una persona que me dijera: “¿Qué estás haciendo con ese chico?”

Al contrario, ellos fueron testigos de tu cambio y te acompañaron porque vieron en vos a una nena con un cuerpo que no tenías que tener. Si hubiera hecho algo mal, estoy segura de que tanta gente que siempre me rodeó, incluso nuestra familia, y que los ama a los dos no hubiera permitido que hiciera algo que no correspondía. Al contrario, todos vieron lo mismo que veía yo, todos te escucharon llorar a gritos por una pollera y a todos les dijiste que no eras Manuel, que te llamabas Luana.

Por ejemplo, la familia de mi amiga y hermana del alma Ana Inés no dejó de apoyarme y de llamarme para darme aliento para seguir luchando,

todos se solidarizaron y estaban esperando tu documento.

Luana:

Como toda mamá me gustaría dejarte algo de valor para tu futuro. No tengo nada más que el humilde techo que tenemos. Lo que puedo darte son los mismos valores que me dio tu abuela a mí. Deseo que de toda esta lucha que fue tan difícil para todos te quedes con todo el amor y la fuerza con la que intentamos rodearte para que no te toquen los malos pensamientos de los demás. Llenate de orgullo por lo que lograste y ponete el mejor de los escudos que es estar segura de vos misma. Sé honesta, honrada, sincera y trabajadora. Mi mamá me enseñó que no hay que darse por vencida nunca. Noto que hay mucha gente que te daña constantemente con sus dichos, es muy fácil opinar sobre la vida de los demás y de lo que ellos harían y me parece que la edad es lo que más los atormenta, piensan que lo mejor hubiera sido que esperes hasta los dieciocho años para ser quien sos, y me duele porque si en cuatro años tu vida se destruía, me imagino vivir así todos esos años, es ahí donde una persona trans corre peligro y piensa en el suicidio. Es a esa edad cuando, cansados de la represión y el maltrato, se van de sus casas a la calle y a lo que les depare la vida. Como si fuera fácil ponerle un tiempo al sentir. Nadie puede decirle a su hijo: "No sientas hasta que tengas tantos años". Si ellos no lo hacen con sus hijos, por qué yo lo tengo que hacer con vos. Me los imagino diciéndoles: "No te enamores hasta los dieciocho años" o "No tengas deseos ni sueños" o "No seas nada hasta esa edad", "No vivas porque sos chico todavía". "No te pongas aros, ni te tatúes, no saques tu registro de conducir ni vayas a bailar". ¿Cómo se detiene el deseo? ¿Cómo se logra impedir que un hijo se desenvuelva como quiere? Como si ser mayor te garantizara algo, no sé, la felicidad, por ejemplo, o el éxito. Además, no sabía que a los dieciocho años recién se podía tener una identidad distinta. ¿Qué se hace hasta entonces? ¿Se ocultan los sentimientos? ¿Se hace lo que se debe y no lo que se siente como en la época de mi abuela? ¿O se hacen las cosas a escondidas? ¿Se cría a una persona con resentimiento y dolor? Volvemos siempre a la maldita represión. Qué gente pequeña de mente y con malos sentimientos. Todavía quedan personas que piensan que uno debe manejarse con violencia

frente a todo lo que no puede cambiar. Aprendan algo, es más sencillo aceptar que luchar en contra de los sentimientos de los demás; sepan otra cosa, los pueden reprimir, pero nunca dejan de existir; los pueden ocultar, pero tarde o temprano afloran; los pueden ignorar, pero van en contra de su propia sangre. Los machos se hacen a los golpes. Así era el dicho, ¿no? Todas estas personas están siendo violentas de alguna manera y agradezco a Dios que hayas nacido de mí y que no te tocara ninguno de ellos como madre o padre porque no solo hubieras sufrido por tener un cuerpo distinto, sino que te hubieran castigado, te hubieran callado y escondido hasta la mayoría de edad por lo que escuché, te hubieran agredido como muchos padres hacen e hicieron con sus hijos trans y, lo que es peor, creen que les hacen un bien, nunca hace bien el maltrato o la violencia; prohibir es violencia, ignorarlos es violencia, no aceptar a tu hijo tal cual es, es violencia. ¿No los miran a los ojos? ¿No los ven sufrir? ¿Por qué miran para otro lado? O, lo que es más vergonzoso, se miran ustedes mismos y les faltan el respeto decidiendo ustedes por sus hijos. ¿Qué harían si decidieran por ustedes y no los dejaran hacer lo que quieren? Vi gente pidiendo que se respeten sus derechos y son los mismos que después no respetan los derechos de los demás. Se acomodan a como les resulta mejor a ellos. ¡Libertad, gente! Abran sus mentes y sus corazones que se van a llenar de sentimientos lindos, no tengan miedo de dejar ser a sus hijos, ellos no tienen error, hacen todo con sentimiento, vivan y dejen vivir.

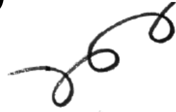
No te conocen y no te vieron sufrir, no te conocen ni vieron qué hermosa nena sos, no te conocen y apuesto a que si te pongo delante de ellos, no se dan cuenta de que naciste varón, no te conocen y hablan como si te conocieran.

Estoy cansada de que digan que es un capricho o que yo te hice esto a vos. Trato de no escuchar, pero sabés qué me pasa con esto, veo en qué sociedad más cerrada y hostil vas a tener que vivir. No ven, no tienen corazón ni sentimiento alguno, no quieren ver a los niños diferentes y no les importa dañarlos, y así no se crece, seguimos luchando contra la ignorancia. Si el común de la gente no cambia un poco la mentalidad, tengo miedo de que te hagan sufrir más de lo debido. Ya tenés bastante con lo tuyo y encima pensar en lo que te

van a complicar me da impotencia. ¿Cuán fuerte vas a tener que ser? No lo sé. Ojalá lo seas y mucho. Si supieran que no es fácil para vos ni para nosotros. Que no pediste nacer así. Y que yo no deseaba una nena; me hubiera sido más fácil criar a dos varones que pelear contra el mundo. Lo que es importante es que vos no te dejes contaminar con los miedos, las dudas y la incapacidad de los demás. Yo los pondría a ellos en el centro del huracán y desde un lugar cómodo juzgaría sus vidas como hacen con las nuestras. Te aseguro que ninguno soportaría la presión por la que pasamos nosotras ni saldría a la calle. La gente que juzga es cobarde. Siempre, antes de juzgar a alguien por lo que hace, primero ponete en su lugar por un instante y tratá de sentirte como esa persona; después tenés dos opciones: o comprendés o callás por respeto. Eso hice yo toda mi vida. Nunca juzgué, cada uno sabe lo que siente y lo que quiere hacer; si lo comparto, bien; y si no lo comparto, me alejo sin opinar. Nunca hagas lo que no te gusta que te hagan a vos, no te rías del otro si no soportás que se rían de vos, eso es respeto, mi cielo. Con respeto se llega a todos lados, una crece como persona y se logra tener un lugar digno en este mundo. Hay que dejar algo, no se puede pasar por esta vida y dejar un lugar vacío.

Es lo que deseo dejarte, siempre respetá al otro y dale la libertad que necesite. Libertad para elegir, libertad para vivir, para ser y para amar. Sé libre y dejá ser libres a los demás. La felicidad viene sola después porque todo en esta vida vuelve. Lo que vos das la vida te lo devuelve; la abuela me lo dice a mí constantemente y es cierto, lo he podido comprobar.

La lucha por el dni concluye



Septiembre de 2013

Apenas pude los anoté para que estudiaran inglés. Para que no perdieran ni olvidaran lo que habían aprendido en el colegio privado. Fui y lo primero que me pidieron fue el DNI de los dos, obvio, todavía no lo teníamos, pero ya estaba instalado el tema en los diarios y la televisión. Lo único que dije fue: "Soy la mamá de Lulú y estamos luchando para obtener su nuevo DNI, te puedo traer el que tiene ahora".

No sé qué hizo que fuera a ese lugar y que me encontrara con Emilce, la directora, una persona muy creyente y maravillosa que te recibió con los brazos abiertos, sin prejuicio alguno, ni explicación, ni siquiera quiso un informe de la licenciada Valeria Pavan, ni de la licenciada Gabriela Gamboa. Los anotó al instante, tuvimos una breve charla y siempre te trató de una manera muy amorosa. Llegó a decirme algo muy importante:

–Si ellos siguen estudiando acá el año que viene y no te dan el DNI, cuando tenga que emitir un certificado no voy a poner el nombre que dice el documento, no me importa; para mí, ella es Luana y a ella le voy a entregar el papel que sea. Es una nena hermosa, si vieras cómo se comporta, es más, ni siquiera su maestra lo sabe, no le conté por privacidad y para que eso no la condicione, y ¿sabés una cosa?, no se dio cuenta. Jamás hubiera pensado que Luana era la niña que salía en televisión y mucho menos que había nacido varón. Para la maestra es una niña más.

Después tuve la oportunidad de hablar con ella, tu maestra de inglés, y nos invadió la emoción, lloramos juntas, ella es una chica muy joven, amo-

rosa, que me abrazó y me dijo que nunca hubiera pensado que eras un varón biológico: "Para mí es una nena más, no podía creerlo cuando me enteré".

Hizo hincapié en cómo te comportás, que jamás dudó de que fueras una niña. Me brindó su apoyo y fue muy lindo hablar con ella. Es muy bueno que estés en un lugar así, con gente tan buena de verdad, igual que la secretaria, te tratan tan bien, tan naturalmente, y Emilce me dijo que ella les enseñaba a todos aquello de "no hagas a otros lo que no te gusta que te hagan"; por eso no tuvimos problemas con ningún nene ni con los padres del instituto. Donde hay un adulto que sabe llevar la situación, es raro que se desborde el tema. Ella me dijo que cree mucho en el "ser" más que en el cuerpo y que vos "sos" una nena, que no tiene dudas de ello.

Se puede, hija, ¿viste?, ¡todo se puede!

Podés ir al jardín como toda niña, podés practicar patín artístico, podés estudiar inglés y nada malo pasa con vos ni con los demás niños que están con vos compartiendo la actividad. Podés y vas a tener una vida como la de cualquier nena. Encontramos a muchas personas que nos hicieron más fáciles las cosas, gente con sentimientos y sin prejuicio alguno y creo que también ayudó que te conocieran personalmente. Nadie puede decir que naciste varón o que hay algo malo en vos; al contrario, ven a una nena y no pueden asociarte con un nene por más que les esté contando que naciste así. Cualquier persona que te conoce ve en vos a una nena, lo que vos sos realmente.



20 de septiembre de 2013

La SENAF está preparando un dictamen a favor del pedido de tu DNI. Hoy te llevé conmigo, nos encontramos ahí con Valeria y Marcelo. Nos dieron una copia del dictamen que van a presentar ante el Registro Provincial de las Personas de la provincia de Buenos Aires. Me notifiqué y vos también. La doctora Marisol Burgués y el doctor Martín Navarro te explicaron con un lenguaje comprensible y acorde a tu edad lo que estaban haciendo y para qué estabas ahí otra vez; en función de ello comprendiste que era un paso más a los fines de obtener tu Documento Nacional de Identidad.

Hoy se festejaba en el jardín el día de la primavera, tenían que ir disfrazados de lo que quisieran; me habías pedido que te lave y te cosa un vestido de princesa que te gustaba para ponerte. Te expliqué que teníamos que ir a hacer este trámite para tu DNI y por más que tenías muchísimas ganas de ir a la fiesta, viniste sin ningún problema conmigo porque era para pedir tu

documento, es increíble como entendés todo, Lulú. Nos está costando mucho, pero vamos a ayudar a muchos niños más, de eso estoy segura. Valeria me dio la noticia de que la llamaron tres familias después de la nota que salió en el diario. Detrás de cada uno de esos nenes hay familiares y amigos, hay mucha más gente para ayudar. Por eso y por ellos tenemos que estar fuertes, para darles el ejemplo, guiarlos y para que no pasen todo lo que nos tocó pasar a nosotros. Muchas personas están cambiando, algunos, los que se animaron a llamar, se están dando cuenta de que a sus hijos les pasa lo mismo que a vos, Lulú. Y debemos demostrarles que se puede. Sos grandiosa, hija, de eso tenés que estar orgullosa. No pienses más en que tenés un cuerpo diferente, no sos la única, pensá en el alma, en el ser y en nada más. Al fin y al cabo, el cuerpo muere, lo que queda es el alma y lo que fuimos e hicimos. Y tu alma, Lulú, más allá de tu cuerpo, tiene tanto brillo, más del que tienen los vestidos de tus princesas. Ya caminamos mucho sobre lágrimas, bronca y rechazos. Es hora de caminar sobre sonrisas y alegría, aunque sean pocas y estemos solas, mi cielo. Es hora de recoger lo que sembraste en el corazón de cada uno de nosotros y de cada uno que te conoció personalmente y en los que dejaste un pensamiento distinto o, por lo menos, la duda de que se puede ser diferente y vivir en paz e igualdad. Siempre hay una lucecita y la tuya es muy grande y brilla con tanta intensidad que nada ni nadie va a poder apagarla porque sería apagarte a vos. Hoy te señalan, te miran distinto, pero va a llegar un día en que lo van a tomar de una manera normal, ya nadie se va a asustar de nada, la sociedad tiene que cambiar para el bien de todos.

Cuando te dije que había una posibilidad de que hubiera otras tres niñas trans te pusiste tan contenta:

–Las quiero conocer, mamá.

–Hay que esperar, Lu.

–¡Las vaginas a la basura, los penecitos a ser libres! –gritaste con el brazo extendido hacia arriba.

Me hiciste reír, me contagiaste tu alegría, ¡las cosas que se te ocurren!

–¡Todas las nenas con penecito! –seguías gritando.

24 de septiembre de 2013

“ Un dictamen con D de DNI ”.

Ese era el título de la nota que salió en el diario *Página 12*. Era el apoyo de la SENAF. Estuvo la noticia en la televisión todo el día. Fue grandioso. Un dictamen impresionante y con un contenido tal que no se podía ir contra él. Las notas las dio Marcelo Suntheim, de la CHA. Estuvo en la mayoría de los noticieros, fue preciso, serio, muy informado y nos dio mucha seguridad. Volvieron a llamarme de los canales, pero este tema lo tenía que tratar alguien que supiera muy bien y conociera el dictamen perfectamente, y ese era Marcelo. Ya falta menos, hija, los amigos y familia llamaron todos tan contentos. La SENAF te apoyaba, era un hecho único. Te escucharon y respondieron por vos y tus derechos como niña. Se instaló el debate otra vez, pero ahora era distinto, hubo más respeto, un organismo nacional te apoyaba, era el primer caso en todo el país. Se reunieron en los programas para preguntarse entre ellos si correspondía o no un documento para un niño tan pequeño que deseaba ser niña. Escuché tanto, tantas preguntas que me hubiera gustado hacerles una yo a todos ellos; en casa, sola, escribí: "¿Por qué no?".

Ya que tanta gente se pregunta por qué darle un DNI a Lulú, les pregunto yo a ustedes:

¿Por qué no? ¿Por qué seguir haciendo sufrir a una nena de seis años? ¿Por qué creer que una niña a esa edad no sabe quién es?

Confunden elección sexual con identidad de género, cambio de sexo con cambio de género en el DNI. El género es masculino o femenino. Los genitales no determinan la identidad del individuo ni la sexualidad. ¿Por qué decirle NO antes de escucharla? ¿Por qué subestimar la decisión de mi hija, a quien nadie conoce, y hablar de ella con tanta falta de respeto?

¿Por qué juzgar mi lucha y la determinación de estar a su lado acompañándola en su deseo de ser? Nadie conoce el sufrimiento de esta criatura por hacerse un lugar en esta sociedad tan dura, llena de prejuicios y hostilidad hacia lo diferente. Amo a mi hija tal y como es, ¿eso es lo que tanto cuesta entender? No he pedido nada extraño, solo que respeten sus derechos y que se cumpla la Ley de Identidad de Género.

¿Por qué desprestigiar el trabajo de psicólogos y médicos psiquiatras especialistas en el tema, que llevan dos años acompañando a Lulú y a la familia?

¿Por qué ignorar una institución como la CHA, que acompaña a Lulú, un organismo tan importante como el INADI, que nos dio su apoyo, y el dicta-

men extraordinario que presentó la SENAF? Todos ellos conocieron a Lulú, la escucharon y respetaron su pedido de tener un DNI que refleje su imagen.

¿Por qué criticar la decisión del ministro Alberto Pérez que por orden del gobernador y de la Presidencia respeta los derechos de mi hija?

¿Por qué no respetar la Ley de Identidad de Género?

¿Por qué no respetar a una persona?

¿Qué tendría que haber hecho como madre? Castigarla, reprimirla, contrariar su deseo más íntimo de ser, verla sufrir y obligarla a llevar una vida que ella no quería vivir ¿Hasta cuándo? ¿Hasta qué edad? ¿Llamarla por un nombre con el cual no se identifica, vestirla con ropa con la que se siente humillada y obligarla a vivir con vergüenza y angustia?

¿Decirle que por haber nacido con genitales masculinos debe ser varón cuando se siente una nena?

¡Pues no! No lo hice… decidí luchar contra todo porque lo mejor para mi hija fue que sus padres escucharan su deseo. Que hayamos respetado su identidad; por ella fuimos al Registro Civil a representarla para pedir un cambio de DNI.

A ningún niño se lo puede vestir y llamar por el género opuesto al que se siente y mucho menos obligarlo a llevar una vida social, en el jardín, en un deporte, durante dos años consecutivos sin que ese niño demuestre en algún momento estar disconforme. La mamá no forma la identidad de un niño, la acompaña. Lulú no dijo: "¡Soy nena y ya está!". Fue un proceso de cuatro años.

Detrás de Lulú no solo está su mamá, hay un equipo de especialistas que ven el día a día de mi hija, ven cómo dejándola ser y respetando su género autopercibido, la niña empezó a dormir, dejó de caérsele el pelo, mejoró su estadía en el jardín y su relación con sus compañeritos, cambió su estado de ánimo, superó su angustia y aceptó su cuerpo. Cumplen con el deseo de Lulú, no con el mío.

¿Cuánto hay de prejuicio? ¿Cuánto hay de miedo a lo diferente, cuánto hay de ignorancia?

¿Por qué asusta la edad? No se le está haciendo un daño, se le está otorgando un derecho, el mismo que tienen los demás niños. Tener un DNI con un nombre y género adecuado.

No es un nene que desea ser nena… es una nena trans.

El DNI es un derecho, un documento que refleja la identidad de cada persona y el DNI que mi hija tiene hoy no refleja lo que ella es: una nena. Y

que le otorguen ese derecho no afecta a nadie más que a ella.

Pregúntense ustedes qué son capaces de hacer por sus hijos… yo sé lo que soy capaz de hacer por mi hija…

¡¡¡SOY CAPAZ DE ESCUCHARLA!!!

Entonces, vuelvo a preguntarles: ¿por qué no un DNI para Lulú?

25 de septiembre de 2013

Un día muy feliz. Un día de gloria.

Todavía seguía el debate por tu DNI en televisión y radio. Ya estaba tan cansada de escuchar conclusiones absurdas que esta vez decidí salir a dar un paseo con ustedes y distraernos un poco. Nunca voy a entender por qué se armó tanto revuelo. Será porque para mí está todo tan claro. Pero respeto la opinión del otro, pasa que no la están manifestando con respeto en algunos programas y escuchar a esta altura que siguen diciendo que la madre quería la parejita me agobia. Hoy no quería escuchar nada más y nos fuimos los tres solitos a dar una vuelta que duró como tres horas. Ya no quería ni prender la televisión. Cuando llegamos a casa, revisé el contestador y tenía tres mensajes de la secretaria del ministro Alberto Pérez; me dejaban un teléfono para que me contactara con él. No sabía ni qué pensar, llamé temiendo que fuera otra negativa. La secretaria me atendió, le dije que era Gabriela Mansilla y que estaba respondiendo por los mensajes. De inmediato me comunicaron con el ministro, quien me dijo:

–¿Señora Gabriela Mansilla?

–Sí, soy yo.

–La estoy llamando para comunicarle personalmente que vamos a rectificar la partida de nacimiento de Luana para tramitar su nuevo DNI.

–¿En serio? –Me quedé helada.

–Sí, quería primero comunicárselo a usted para enviar un comunicado a la prensa. La esperamos mañana en la Casa de Gobierno de la provincia para notificarla y para conocer a Luana.

–Gracias, no sé qué decirle, gracias.

Colgué el teléfono y empecé a gritar:

–¡Lo logramos, Luana, lo logramos, hija!

Viniste corriendo a la cocina sin entender nada, te alcé tan alto como pude mientras te gritaba:

–¡Lo logramos, mi cielo!, ¡lo lograste, Lulú!

–¿Qué, mamá?

–Lo lograste, te van a dar el nuevo DNI.

Lloré de alegría, saltamos, nos abrazamos, fue increíble, tu carita de felicidad, corriste a tu habitación llamando a Federico:

–¡Federico, me van a dar el documento!

Y ahí gritábamos y saltábamos los tres. Lo primero que hice fue llamar a Marcelo y el celular estaba apagado; la llamé a Valeria y apenas me dijo hola le grite con tanta felicidad:

–¡Lo logramos, Valeria, nos van a dar el DNI!

Valeria se puso tan contenta que gritaba ella también. Fue una explosión de alegría, nos reíamos y llorábamos al mismo tiempo. Qué hermoso sentimiento. Valeria estaba dando una charla en La Plata. Fue una emoción inmensa. Luego llamé a tus tíos, a tu abuela, mandé mensajes a todos los amigos avisando que ya estaba, que habíamos ganado la lucha, que te reconocían tus derechos. Qué día inolvidable, uno de los más felices de mi vida. No lo podía creer, no se me iba la sonrisa de la cara. Te acercaste diciéndome:

–Vamos a hacer una fiesta, mamá, la fiesta de mi DNI.

–Claro que sí, mi cielo, vamos a hacer una fiesta por tu nuevo documento.

–¿Podemos hacer una torta de chocolate?

–Claro, lo que vos quieras.

–Quiero que haya globos y muchos regalos.

–Pero no es tu cumpleaños, Lulú.

–No importa, es mi fiesta de DNI.

Te llevé a tu clase de patín y se ve que la felicidad la tenía pintada en la cara porque se me acercó Sabrina, tu profesora, y me dijo:

–¿Sí?

–Sí, lo logramos, le dan el DNI a Lulú.

La profesora se puso tan feliz que me abrazó fuerte, a vos te alzó y te abrazó un largo rato. Todos estábamos felices. Esperábamos tanto este momento. Por vos, para que ya no sufras y para sentir que vale la pena luchar por lo que uno desea. El logro no era nuestro, era tuyo, pero estábamos peleándola todos juntos. Sentí como si me hubiera sacado un peso de encima, tenía más liviana el alma, me senté a verte patinar y se me caían las lágrimas de verte, y repetía en vos baja:

–Lo lograste, Lulú. Tanto sufrir, pero lo conseguiste.

Ese día me llamaron todos, estaba saliendo en los canales, en las radios y por Internet la noticia de que mañana nos reuniríamos con el ministro.

–Lulú tendrá por fin su nuevo DNI –decían.

Lo que más me impactó fue este título "Luana, la primera nena trans en el mundo que obtuvo su DNI sin autorización de un juez".

En el mundo… impactaba, era enorme ese título.

Me llamó la periodista de *Página 12* Mariana Carbajal para felicitarme y le dije que me reía y lloraba al mismo tiempo, que estábamos felices y que hoy se ganaban sus derechos todos los niños y niñas trans, que estaba orgullosa.

Tu tía Gori me dijo:

–Anotá este día, hoy Lulú volvió a nacer.

–No, Lulú nació en julio y existe desde ese día, hoy se ganó el derecho de ser Luana. Hoy hay un antes y un después de Lulú.

26 de septiembre de 2013

Fuimos con Valeria, Marcelo y vos a la Casa de Gobierno a ver al ministro Alberto Pérez, el jefe de gabinete de la provincia de Buenos Aires. No llegábamos más, el viaje fue eterno. Llegamos y había periodistas en la puerta así que entramos por la parte de atrás. Un lugar bellísimo, un salón imponente. Te encantó. Ahí saludamos al ministro y al secretario, el doctor Juan Pablo Álvarez Echagüe. Uno de ellos, cuando te saludó, te regaló un chocolate y figuritas de nenas. Recorriste el salón y el ministro te mostró las fotos de su escritorio.

Te trajeron galletitas y una gaseosa mientras el ministro nos decía que por orden del señor gobernador te iban a rectificar para el martes siguiente la partida de nacimiento y que en 48 horas tendrías tu DNI. Te acercaste a él para hacerle un pedido:

–Yo quiero un DNI rosa y violeta con muchos brillitos.

A lo que el señor ministro respondió:

–¿Podemos conseguirle un portadocumentos con brillo?

Salimos por la puerta de atrás en un remís de la gobernación, Marcelo y Valeria junto con Álvarez Echagüe salieron por el frente para hablar con la prensa. Luego nos encontramos con Marcelo y Valeria, fuimos a almorzar y mientras caminábamos por la calle nos reíamos por tu pedido de un DNI rosa con brillos. Marcelo me dijo:

–Ya tenés el título de tu libro, Gabriela.
–¿Cuál te parece?
–Yo nena, yo princesa.
–Me gusta, fue su primera frase, ese va a ser.
De ahí salimos y llamaban los periodistas, Valeria iba saliendo por teléfono en las radios, concretaban móviles para el noticiero y fuimos a la sede de la CHA. Valeria iba a dar un móvil desde ahí y nosotras dos nos volvimos a casa. Parecía un sueño, un día que esperamos tanto y que llegó tan de repente que costaba creer que la lucha había terminado con un final feliz.

29 de septiembre de 2013

Nunca pensé que este tema iba a tomar tanta dimensión. Cuando dejé de lado el miedo y empecé a dejarte ser nena, jamás imaginé que esto podía pasar. Creí que solo íbamos a luchar contra los más cercanos, el jardín, los padres, el barrio. Cuando fuimos a llenar el formulario hace un año atrás era solo un trámite privado para que tu vida fuera más fácil. No pensé que tu historia iba a llegar a todos los países. Lucho por ustedes dos desde el momento en que quedé embarazada. Deseé con tanta fuerza que vivieran, porque que tenían el síndrome de transfundido transfusor y podía perder a uno de mis mellizos en cualquier momento. Desde ahí que los amo y que hago todo lo que está a mi alcance para que estén bien. No me voy a rendir jamás y espero que vos tampoco. Me entristece ver que tu nombre está en todas las casas, en todos los países y en el mundo entero; muchísima gente habla de vos y el único que yo esperaba que te llamara por lo menos para felicitarte o decirte algo para que te sientas bien era tu papá, Guillermo, pero no apareció. Él firmó el formulario conmigo para que tuvieras tu DNI y hoy hace un año que nunca más lo vieron, nunca más los llamó. Ni un solo mensaje ni una sola palabra para vos, hija. No sabemos dónde vive, no tenemos un número de teléfono. Fue la gran ausencia en esta lucha, el gran cobarde, la mayor desilusión. Sos su hija, Federico es su hijo, estás en la televisión, en las radios y en los diarios del mundo y tu papá desapareció. Lo siento, me hubiera gustado que estuviera acompañándote, pero no puedo obligar a ese individuo a que los quiera. A que sea responsable y cumpla con su rol de padre. Es la única lucha que perdí hace años. Solo él sabrá en su corazón qué sintió cuando se enteró de la noticia, yo hoy siento vergüenza ajena. Hoy veo quién es realmente y es una pena pues se pierde a dos seres mara-

villosos como son vos, Lulú, y tu hermano Federico. Se puede escapar a otra provincia como lo hizo, puede escapar de ustedes, de sus obligaciones como padre, pero no puede escapar de su conciencia, estar a solas consigo mismo y en algún momento cuando se siente a reflexionar; lleva en su espalda el peso de haber abandonado a su hijo y a vos en el momento más difícil de tu cortita vida. Salió de mi casa un día de locura y no volvió la vista atrás para ver que dejaba a dos criaturas inocentes y con muchos problemas. Eligió pasear por los bares, los amigos, el libertinaje, la joda y ustedes eso no se lo iban a quitar porque los llamara o los visitara una vez a la semana. Pensar que hay tantos hombres que desean ser padres y no pueden y él ya tiene seis hijos que dejó desparramados por donde pasó. La factura que tendrá que pagarle a la vida por hacer sufrir a niños inocentes no creo que la pueda pagar, siempre va a estar en deuda. Faltó esa persona, pero nos llenamos de otras que nos brindaron su apoyo incondicional. La primera batalla que ganaste fue poder ir al jardín como vos querías, como cualquier otra nena; esta, la del DNI, es la segunda. Nos queda mucho todavía, pero está bien ir despacio y poder solucionar de a poco los inconvenientes que se presenten. A veces nos va a ir bien y en otras ocasiones nos va a ir mal. Lo que vale es mantener esas ganas de seguir adelante como lo hicimos juntas hasta hoy. Y ojalá todas las buenas personas que nos ayudaron, nos acompañaron y creyeron en vos sigan a nuestro lado. Incluso aquellos que nunca conocimos y nos dieron fuerzas igual. La gente que me gritó en la calle: "¡Te felicito!".

La que me reconoció y te miró a vos, que estabas de mi mano, y dijo: "Te felicito, ¿le puedo dar un beso a Lulú?, sos hermosa".

A los que escribieron cosas lindas por Internet, que pusieron comentarios buenos y nos mandaron fuerzas para seguir. Y los que se acercaron a darnos un beso sin decirnos nada por respeto. Las mamás del jardín que me dieron su apoyo y me dijeron: "Contá conmigo para lo que necesiten".

2 de octubre de 2013

Hoy fuimos al Registro Civil de La Plata. Viajamos vos, Federico, Valeria y yo. Fuimos porque te van a sacar la foto para tu DNI y a tomarte las huellas dactilares. Estabas tan ansiosa, tan contenta y hermosa, mi cielo. Llegamos al registro y nos estaban esperando. Conocimos a la directora, quien nos trató muy amablemente. Estabas desesperada por firmar, por poner tu nombre.

En la foto saliste divina, con una sonrisa inevitable. Me dieron el comprobante y nos dijeron que nos avisaban, que no iba a llegar a casa, sino que el mismo ministro nos lo iba a entregar en persona en una conferencia de prensa.

Tenía que dar la cara, lo pensé mucho y decidí hacerlo ya que me llenaba de orgullo, no iba a esconderme, nunca lo hice, solo quería cuidarte y que después no te señalaran a vos porque yo había salido en los medios. Pero esto era importante, ¿a quién iban a darle tu documento si no? Igualmente, las emociones pueden más y habíamos llegado al final de una lucha que duró más de un año y era inevitable que llorara a cada rato. No podía hablar con nadie; cada vez que alguien se me acercaba o me llamaba para decirme: "¿Es verdad que le dan el DNI a Lulú?", se me caían las lágrimas.

Fue tanto, tan duro, fuimos tan juzgadas, hubo tanto dicho, que estaba muy sensible; necesitaba estar fuerte y no sabía cómo.

El que apareciera en público significaba mucho. Tenía que tener valor y entereza. Demostrarte a vos que así se va por la vida, con la frente alta y orgullosa de lo que habíamos logrado. Esa misma noche, mientras trabajábamos, hablamos con tu abuela y tu tío Federico:

–Me da miedo exponerme por Luana, no quiero que después la señalen.

–Vos hacé lo que tengas que hacer, nosotros te apoyamos como siempre, esta es una más y la mejor –dijo tu tío.

–Contás conmigo para todo –me dijo mi mamá.

Avisé al jardín que iba a salir en los medios de comunicación para que estuvieran preparados. Por los padres o los nenes, no solo vivo preocupada por vos, Lulú, sino por los demás niños, que se puedan sentir mal o afectados al descubrir que no sos como todas las nenas. La directora no estaba en ese momento y hablé con la secretaria, Stella:

–¿No te parece que aparecer vos en los medios es exponer mucho a la nena?

–¿Qué le enseño, entonces, qué ejemplo le doy? Que luche y después agache la cabeza y se esconda. ¿A quién le van a entregar el DNI si no es a la mamá que peleó tanto y hasta tuvo el atrevimiento de escribirles una carta a la presidenta y al gobernador? Esto es un logro y voy a dar la cara por el orgullo que tengo de tener a Luana como hija, con esto le voy a enseñar que hay que mirar a la gente a los ojos, a no agachar la cabeza y al que no le guste que no nos mire. Tanto que me llamaron de todos los medios, tanto que hablaron de mí, de preguntarse quién es la mamá de Lulú, la que disfra-

za a su hijo porque quiere tener una nena, pues acá estoy, les voy a decir. Vine a buscar el DNI de mi hija, no voy a vivir escondida; este es un caso sin precedentes en el país y sé que puede servir de ejemplo para otros padres, que vean que doy la cara, que lucho y que ellos también pueden hacerlo por sus hijos, que no tengan miedo. Voy a dar la cara por Luana y por todas las Luanas que están sufriendo. Por ellas y por ellos, por los niños y niñas trans. No sé esconder la mugre debajo de la alfombra y no voy a exponer a Lulú; voy a que me entreguen en mano el respeto, los derechos y la dignidad de mi hija en una tarjetita que lleva su nombre y dice sexo femenino. No digo que me es fácil, que no me da miedo la repercusión, pero es el cierre de esta lucha y lo voy a hacer dignamente. –Lloraba desconsoladamente y la secretaria también.

–Tenés razón –me dijo–. Si me lo decís así, tenés toda la razón y te digo algo, como madre me siento orgullosa a través tuyo.

Cuando me quedaba sola, me pasaban todos estos años como una película, era caer hasta el fondo y agarrar un recuerdo, traerlo a mi mente y llorar. Deseaba llorar por última vez. Habíamos logrado entre todos que te entregaran el DNI y quedaba en la historia por ser un caso sin precedentes a nivel mundial. ¿Quién iba a pensar que terminaríamos así? ¡Qué lágrimas llenas de felicidad y orgullo! De Manuel ya no queda ni el nombre, siempre fuiste Luana y a partir de hoy serás Luana para todo el mundo.

4 de octubre de 2013

Vinieron de la TV Pública a casa a hacerme una nota, la misma periodista del diario. A horas de que nos den el documento. Tenía los ojos hinchados de haber llorado tanto. Antes de que empezara, le mostré el álbum de fotos que te había hecho y le dije: “Antes de que me hagas cualquier pregunta, miralo; conocela por foto aunque sea y observá cómo fue su transición, tené una imagen de ella y después hablamos. Se sorprendió y se lo mostró a todos los que estaban”.

Ustedes estaban en el jardín. Hablé lo mejor que pude, se me secaba la boca de los nervios, traté de hablar lo mejor que pude y de contener el llanto que en esos días me estaba ahogando. Ella fue sumamente respetuosa, uno de los chicos que venía con ella tenía tatuado en el antebrazo el nombre de Luana, su hija. Me dijo que su significado era “guerrera”. Me sonreí, no pudiste elegir otro más justo a tu personalidad.

Este muchacho me dijo que había venido para hacer la nota y en su cabeza tenía lo que había escuchado en otros lugares, que era yo quien te disfrazaba; cuando se fue, me dijo: “Me voy con otra impresión después de haberte escuchado, te felicito”.

No me salían las palabras, no podía coordinar las frases por la emoción, los nervios, no todos los días tenés un móvil de televisión en la puerta de tu casa, una periodista, un productor y tres asistentes escuchando lo que tenés para decir. Antes de irse, Mariana Carbajal me dijo que me quedara tranquila, que había hablado muy bien. La procesión iba por dentro, entonces, porque yo sentí que no había podido hablar. Cuando se fueron, lloré un montón para desahogarme e irlos a retirar del jardín. Se me estrujaba el estómago y no quería que ustedes me vieran mal. Eran días de felicidad después de haberla pasado tan mal. Había que disfrutarlo y valorar lo que se había conseguido.

Martes 8 de octubre de 2013

Llegó el gran día, nos estamos preparando para salir en unos minutos nomás. Hoy nos entregan tu DNI. Es en la sede del Banco Provincia de Capital en el piso 19. Lo están anunciando en todos los canales. Me lo va a dar en mano el ministro Alberto Pérez. Nos vino a buscar a casa un taxi que nos mandaron de la CHA. Nos llevó hasta el consultorio de Valeria a vos, a Federico y a mí. Estábamos los tres muy contentos. Yo tenía un miedo atroz y una emoción enorme, hacía fuerza y pensaba en otra cosa para no llorar. Vos tenías una carita de felicidad que no se podía describir. Valeria nos recibió en su consultorio y ahí te regaló un vestido nuevo para este día tan importante y a Federico, una remera que le quedaba tan linda que parecía un hombrecito. Estabas hermosa, Lulú, tan linda por dentro que se te notaba brillante por fuera. Valeria los llevo a comer y esperamos hasta que Marcelo nos avisó que fuéramos para allá. Salimos caminando por pleno microcentro y al llegar al Banco Provincia nos estaba esperando César Cigliutti, quien nos abrazó con mucho cariño. Subimos y pasamos por unas oficinas, el lugar era espectacular. Ahí nos estaban esperando Marcelo Suntheim, el doctor Alfredo Grande y el doctor Pedro Paradiso Sotille. Estaban todos tan contentos que el ambiente rebalsaba de felicidad, hacía mucho que no me sentía tan feliz. Conocimos al secretario nacional Daniel Lerner de la SENAF, les trajeron chocolates, gaseosas y hojas para dibujar a los dos. Todos

te abrazaron, te felicitaron y se alegraron de verte tan hermosa. Llegaron el doctor Martín Navarro, la doctora Marisol Burgués y la doctora Agostina Depiche, de la SENAF; la doctora Laura Saldivia, que ayudó a escribir el recurso de reconsideración para el registro de La Plata; el ministro y el subsecretario de Gabinete Álvarez Echagüe. Éramos un montón de gente y todos estaban tan contentos que fue maravilloso. La buena onda se expandía por todos los rincones. Era un día de fiesta, un día que iba a quedar en la historia de todos nosotros, de todo el país y del mundo entero.

La doctora Laura Saldivia se acercó y me dijo:

–No puedo creer que te conozca, ¿tenés idea de lo importante que es esto?

–No –le contesté–, creo que si tomo conciencia, me desmayo acá nomás.

–Lo de ustedes es una historia de tanto amor.

–Como toda mamá.

–No, este amor que tenés es increíble, no todas las mamás aman así a sus hijos.

–Bueno, está todo listo –escuché decir.

Ya los medios de comunicación, cámaras y fotógrafos estaban esperando en el salón de al lado. El ministro Pérez me llamó y me dijo que me entregaría allí el DNI.

–Prefiero verlo ahora, me va a traicionar la emoción y no voy a poder hablar.

Estábamos César, el doctor Grande y Valeria. El ministro abrió un sobre y me entregó tu DNI, apenas lo agarré y miré tu foto y tu nombre lloré, lloré y lloré. Se lo mostré a Valeria y a César y lloramos todos, nos abrazamos, un derroche de sentimientos que menos mal que fue ahí y no delante de todos. Se lo di al doctor Grande y me apuré para que lo viera Marcelo. Cuando estábamos por entrar, Valeria me señaló un televisor que había y estaban anunciando la entrega del documento a Lulú. Respiré lo más profundo que pude y avancé, les di un beso a los dos y se quedaron con toda la gente que había venido. Todos los que aportaron su granito de arena para que se lograra esto que hoy era una noticia a nivel mundial. Mientras ellos los cuidaban, mamá fue hacia el otro salón. Lo único que se escuchaba era el sonido de las cámaras de fotos. Solo eso por varios minutos, no sabía a dónde mirar, eran tantos, creo que más de cuarenta. El ministro dijo unas palabras y me dio en mano el DNI, todos pidieron que lo mostrara, tapé tu foto y lo mostré. Me temblaban las manos, las piernas y la voz. Habló César, el director

de la CHA, estaba muy emocionado. Yo miraba al frente y no podía creer que estuviera parada ahí. Me pasó el micrófono y con mucha emoción que se notaba en la voz dije unas palabras de agradecimiento. Enseguida me hicieron un par de preguntas y respondí como pude, aguantando las lágrimas y los nervios. No era fácil estar parada ahí frente a todos ellos, no sabía qué me iban a preguntar y como algunos habían sido tan despectivos, no imaginaba qué esperar. Por suerte había caras amables, duró un instante y a la vez fue eterno, típico de esos momentos que te tiembla el cuerpo y el corazón al mismo tiempo, momentos en que uno se pasa años esperando y cuando te querés acordar ya pasaron. Así fue. Respondí cuatro preguntas e intenté dejar un breve mensaje para los padres que estuvieran pasando por la misma situación. Fui simple, sincera y no tuve miedo en ningún momento, porque decía la verdad y porque hice todo con tanto amor por vos que no era difícil de contar. El amor hacia un hijo lo dice todo, lo que una madre puede hacer para ver feliz a su hijo no tiene explicación ni sentido, solo amor. Y el orgullo me salía por los poros, se me veía en los ojos y me rebalsaba el alma. Orgullo de madre, de verte luchar y que siendo apenas una niña habías logrado que toda esa gente que nos estaba sacando fotos estuviera ahí pendiente de tu DNI. Por lo que fuera, sin estar de acuerdo o apoyándote. Da lo mismo, tu deseo trascendió todas las fronteras, y llegaba a otros países y en otros idiomas se hablaba de Lulú, la nena transexual que hoy tenía su tan ansiado documento de identidad. Orgullo de no bajar los brazos ante nadie y de dar la cara porque jamás tuve vergüenza ni quise ocultarte.

¿Viste cuando respirás hondo y el pecho se te hincha el doble? Bueno, así me sentía sabiendo que recibía un papel que nos iba a dar tranquilidad y paz a futuro. Orgullo de que legalmente existías tal cual vos querías existir y de que estabas ahí al lado, en el otro salón, esperando para ver tu foto y tu nombre en el documento que querías que fuera de color rosa y con brillitos.

Orgullo del triunfo, de haber ganado una batalla que había comenzado hacía un año y dos meses y que recién hoy nos estaban reconociendo. Este DNI era la recompensa a tus lágrimas, Lulú, a cada golpe que te diste por no querer ser varón, a cada día que te costó ponerte el pantalón dejando tu pollerita escondida debajo de tu almohada y a la paciencia que tuviste para que te creciera el cabello para ser como las otras nenas del jardín. Este DNI representa tu decisión, tu deseo y el valor que tuviste para mantenerte firme frente a todos en la elección de ser niña por más que no podías ni mirarte el pene. Es una caricia a tu corazón que habían herido cuantas personas inten-

taron convencerte de lo contrario sin escucharte. Un mimo por soportar la mirada de asombro y de desprecio de tantos otros. Un premio a la perseverancia, un reconocimiento a una personita que estaba pidiendo que no la llamaran más por un nombre que no le gustaba. Un DNI con tu foto y con tu nombre, un derecho bien ganado, nada más.

Con solo seis años lograste que el mundo se diera vuelta para escucharte. Hay personas que pasan su vida entera tratando de ver quiénes son, otros nunca tienen el valor necesario de ser ni de enfrentar lo que viene después de una decisión. Viven a escondidas como si fueran delincuentes por sus deseos, se sienten culpables también, tienen una doble vida, quizás, y la felicidad así no llega nunca, menos la paz, siempre están incompletos. Otros tienen que dejar afectos para poder vivir como desean y a unos cuantos el valor les llega un poco tarde. Lo tuyo fue increíble, digno de admirar, un ejemplo. Aunque no lo reconozcan, hubo muchos que pensaron "mi hijo/a es como Lulú" y callaron. Estoy segura de que unos cuantos se preguntaron: "¿Por qué no tuve una madre así? ¿Por qué a mí me costó tanto?".

Eso es lo que te quise evitar también, era obvio que la vida se te iba a complicar, pero no quería que fuera por mí, por ponerte palos en la rueda y por castigar un pedacito de mi ser. Yo estoy acá para que te sea un poco más fácil todo, para darte fuerzas y para agarrarte fuerte de la mano cuando tengas que pasar por un momento difícil y no puedas caminar solita. Estoy para poner el pecho al mundo entero y que se respete tu felicidad. Y estoy para amarte, hija, tal cual sos. Es tu vida, tu deseo, tu elección.

Terminó la conferencia y entré al otro salón para darles un abrazo a vos y a Federico, te mostré tu DNI y te encantó. Estaban tan contentos, los encontré descalzos jugando con los almohadones del sillón. Bajamos con Federico y Valeria, vos te quedaste un rato más porque había periodistas en la puerta todavía. Nos reunimos un rato más tarde. Te trajeron hasta el consultorio de Valeria y de ahí nos tomamos un taxi hasta casa. Fuiste medio viaje mirando tu documento. Llegamos a casa y estaban pasando por la TV Pública la entrevista que me habían hecho, la noticia de que te dieron el DNI estuvo el resto del día. Ya estaba, ya no quedaba más que festejar. Hicimos tu torta de DNI; digo hicimos porque participamos los tres en todo; obvio, era de chocolate y la decoraste, con tu hermano, con granitas violetas. No pude hacerte una gran fiesta porque no tenía plata y estábamos trabajando, pero vinieron tus tíos a compartir la tortita y también inflamos unos globos. La cortaste vos y todos aplaudimos muy felices respirando otro aire, mucho

más tranquilos. Lo más duro ya había pasado. Habíamos amortiguado el golpe lo mejor que pudimos porque toda la familia sufrió esos dos largos meses desde que salió la nota en el diario hasta que te dieron el documento. Fue un premio para todos los que te amamos también. Un gran abrazo al corazón, un momento que ninguno iba a poder borrar de sus mentes ni del alma. Un descanso para poder juntar más fuerzas para lo que vendrá. Nos queda un largo camino y no podemos transitarlo solas, necesitamos el apoyo de todos como hasta el día de hoy.

Noviembre de 2013

Después de que te entregaron el DNI, la repercusión que tuviste en el jardín fue muy favorable, ni yo la esperaba. Tu maestra Susana me llamó para decirme que habías cambiado muchísimo y para bien.

–Está mucho más contenta y participativa. Desde que comenzó las clases intenté acercarme a ella para que supiera que podía confiar en mí y le costó aceptarme un poco. Después del DNI, ella sola se acercó para contarme. Se la nota más feliz. Una mañana en la que compartíamos el desayuno, Luana dijo: “Yo tengo algo que contar. ¿Vieron la nena que salía en la tele?, soy yo. Me dieron un documento que dice Luana. Yo nací varón y tengo pene. Soy una nena diferente”.

La maestra me contaba todo esto y se le llenaban los ojos de lágrimas. Dijo que los nenes lo tomaron con mucha naturalidad, es más, alguno le respondió que ya lo sabía.

Necesitás que los demás te acepten, me contaba tu señorita, y que te acepten tal cual sos, no como lo que ven, sino que vos te encargás de decirles que sos diferente sin tapar nada.

–Es fantástico –le contesté–, hace dos años que se trabaja para que ella se acepte tal cual es y esto que me contás me parece muy importante. Que pueda decir sin vergüenza y mirándolos a todos: “Soy nena y tengo pene” es de mucho valor. –Me vine muy feliz, hija, ojalá sigas así, para mamá es grandioso.

Tu maestra Susana Juárez te escribió unas palabras que me emocionaron:

> Después del DNI todo cambió, desde el día que tuvo la entrevista para obtener su identidad, ella había cambiado la actitud con la docente, ella se había brindado a expresar sus vivencias, se había ani-

mado a ser ella, a contarles a los demás lo que estaba viviendo; primero lo hizo con una niña. Durante ese tiempo su mirada era triste, sus palabras eran las mínimas, pero desde el día que recibió en mano su identidad comenzó a sonreír, comenzó a ser feliz, quería gritar a los cuatro vientos quién era ella. Se permitió involucrarse con su alrededor que la estaba acompañando, se permitió conversar abiertamente con sus compañeros. Ella se sentía segura, se sentía única, se sentía especial, se sentía diferente y es así como se lo dijo a su señorita y compañeros: "¿Vieron esa nena de la foto, de la tele?, esa Lulú soy yo, yo soy esa nena diferente". A partir de poder ver su nombre en el DNI, había cambiado, pudo darse cuenta de que ella era tan diferente y especial como sus compañeros, tal cual su docente intentaba hacérselo ver, no era solo ella a quien se ayudaba, no era solo a ella a quien se acompañaba en sus sentimientos, era a ella y a cada uno de ellos. Desde el momento en que se sintió identificada, reconocida y nombrada como ella eligió, su semblante cambió, su mirada cambió, su sonrisa apareció; con esa actitud me demostró que era ella quien quería ser, era ella quien sentía la necesidad de obtener su identidad, era ella: Lulú.

Lulú es esa niña que es feliz con su pelo largo, sus vestidos rosas, sus zapatos de tacones, así tal cual se muestra, así tal cual se siente, lo demostró en sus juegos de vestimentas de princesas, con vestidos amplios y coloridos, con sus bailes artísticos por la sala, con su fina voz y delicada personalidad, así se hizo querer, así se dejó ayudar y no por ser una nena diferente, sino por ser una niña igual a todas, que tienen sus angustias, sus preocupaciones, sus sensaciones a flor de piel, una niña que necesita de todos y necesita su identidad para poder crecer como persona.

Muchos de los nenes que estaban allí no tenían idea de lo que es un DNI, es lógico, son muy chiquitos; si vos no hubieras pasado por eso, quizás tampoco lo sabrías. Mirá qué bueno, por lo menos hasta se habló de lo que significa un documento gracias a todo lo que pasó. Le preguntaste a la señorita si había visto en la televisión a tu mamá y ella te dijo que sí y te pusiste muy contenta. Todo lo del documento te puso feliz, por eso me da bronca cuando dicen que un niño o niña a esa edad no se da cuenta de nada. Tu alegría fue tan grande que hasta a tu maestra y a tus amiguitos se lo contaste.

Hubo un gran cambio positivo que, les guste o no, hay que reconocerlo. Sos espontánea y no te callás nada, eso es muy importante. Hay que empezar a prestarles mucha más atención a nuestros hijos y a los niños en general por más pequeños que sean. Tienen mucho que decir y captan hasta nuestro estado de ánimo. Perciben y reaccionan al instante. Se expresan a través del llanto, de la alegría. Si un adulto cuando tiene alguna preocupación no puede conciliar el sueño, ¿tanto cuesta pensar que cuando un niño llora por las noches o tiene pesadillas varias veces es porque algo lo está perturbando y no lo puede explicar con palabras? Ni hablar de cuando empiezan a hacerse pis en la cama seguido.

Demuestran qué les pasa con enojo o con un berrinche, rompen juguetes, siempre están dando señales de lo que les pasa. Está en el adulto saber entender o prestarles la atención debida. En el peor de los casos, hay quienes no solo no escuchan, sino que no quieren escuchar porque los afecta directamente a ellos y es preferible ser ciegos y sordos cuando se es cobarde o egoísta como tu papá, Lulú. No es nada fácil escucharle decir a un niño que desea ser niña o viceversa. Pero por un instante piensen en lo difícil que resulta para esa criatura decirlo y recibir una negativa. Los niños son naturales e inocentes y en estos casos hay cosa que no pueden saber, solo sienten y lo manifiestan. Hay niños y niñas que gritan hasta la adolescencia que no son lo que sus padres quieren y terminan callando, con la voz escondida en el alma, heridos y con un dolor que cargan toda su vida. Y otros que dejan el hogar porque prefieren la calle y los desconocidos antes que su propia sangre los siga despreciando. Qué triste, cuánta soledad impuesta a fuerza de desprecio. Vos tuviste quien te escuche y quien te apoye, tu familia; a unos les costó más, a otros nada, pero acá estamos todos dejando de lado los prejuicios, el qué dirán, el egoísmo y el miedo. Y gracias a eso, hoy tenemos a una niña feliz y no a un niño escondido debajo de la cama llorando porque no quiere sacarse el vestido de princesa.

4 de noviembre de 2013

Me robaron el celular en el colectivo. Me desesperé, tenía ahí todas tus fotos y las de Federico. Las del día de la entrega del DNI. Me dolió por eso, no por el aparato. Me preocupé y fui a la comisaría a hacer la denuncia. Tenía miedo de que alguien publicara las fotos y tu identidad; por las dudas y

para quedarme tranquila, fui sin pensar con qué me iba a encontrar. Me atendió un oficial que cuando me senté a redactar lo sucedido me preguntó:

–¿Qué aberración no? Una verdadera atrocidad.

–¿De qué me habla?

–Que le entreguen un DNI.

–¿Por qué lo dice? –mi cara se transformó, no podía creer lo que estaba escuchando, me llené de ira y me contuve por estar en inferioridad de condiciones ante una violencia directa y ejercida por la autoridad que me tomaba la denuncia. Estaba en la comisaría, tenía todas las de perder.

–Lo digo porque tengo una nena de esta edad y jamás permitiría que fuera al jardín con una nena como la suya –me dijo dejando de escribir y recostándose en la silla.

Quería mandarlo a la mierda pero no podía, decidí contar hasta cien como me enseñó el doctor Helien; para algo me sirvió el año y medio de terapia con el psiquiatra que me decía que yo no iba a poder cambiar al resto de las personas y que tampoco podía ir en contra, yo tenía que demostrarles con altura que los equivocados eran ellos. Me costó mucho contenerme.

–¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

–Por el baño, ¿cómo van a ir juntos al baño? Yo pediría que tu hija vaya a otro baño.

–Mi hija cuando va al baño cierra la puerta como todos y lo que haga detrás de la puerta es privado.

–No sé, hay tanto degenerado.

–¿Qué te pensás –dejé de tratarlo de usted–, que mi hija anda desnuda por el baño exhibiéndose?

–Es tan raro, porque no deja de tener cuerpo de varón, digo yo, cuando sea más grande y se caliente ¿se le va a parar, no?

Me mordí la lengua, respiré ante este individuo irrespetuoso y maleducado que no sé quién lo puso en el cargo que tiene, y encima por esto cobra un sueldo. No comprendí en ningún momento por qué no se limitó a tomar la denuncia y a tan solo escribir lo que yo le relataba en vez de dar su inmunda opinión. Tranquilamente podía levantarme e irme, pero necesitaba el papel de la denuncia y decidí ser tan baja como él y le dije:

–Sí, por supuesto, se le va a parar. ¿Dónde tengo que firmar, señor oficial?

–Cierto –dijo y escribió, lo que le correspondía hacer.

Salí de la comisaría envuelta en ira y con tanta impotencia, pero con la denuncia en mi mano. Sabiendo que con esta clase de gente me iba a topar a diario y seguramente cosas peores iba a tener que escuchar. Tener control de uno mismo es muy complicado, pero a veces no vale la pena estallar. Hay que pensar que se trata de gente pobre e ignorante y pobrecita su hija en tener un padre con ese pensamiento. ¡Qué suerte que tuviste, Lulú, de no tener en tu familia a una persona así!

Un deseo a las hadas



El 11 de diciembre de 2013

Ese día entregaron las carpetas con los trabajos del año en el jardín y todas las mamás de los nenes que egresaban les cantamos una canción a nuestros hijos. Fue hermoso. No se podía con tanta emoción. ¿Cómo se canta con un nudo en la garganta y con lágrimas que explotan de amor al mirarlos a los dos como me miraban ustedes a mí?

La señorita de música del jardín, Mariela, me dijo: "Gracias por dejarnos ser parte de esta historia de vida, te admiro como mamá y te felicito por el inmenso amor que le tenés a tu hija. Te apoyo desde que conocí la historia, contá conmigo".

El 13 de diciembre fue la entrega de diplomas en el jardín. Fue maravilloso. Decoraron todo con tanto amor, fue tan lindo todo. Terminaron los tres años de jardín y pasaron a la primaria, mis dos bebés, mis chiquitos, qué momento tan feliz fue, cuántos recuerdos lindos guardé en mi corazón ese día. Inolvidable. Cuánto crecieron. Terminaste el jardín legalmente como Luana y el orgullo que tenía mamá era inmenso. ¡Lo lograste, hija!

Las mamás que conocí en este jardín fueron tan buenas personas, tan solidarias, respetuosas. Pude agradecerles a todas por acompañar aunque sea con la mirada de aceptación que tanto necesitábamos, nos ayudaron, nos escucharon y nos trataron con mucho cariño. Un grupo tan humano, generoso, no tengo palabras para agradecerles. Por aceptarnos, por compartir momentos lindos con nosotros, por integrarte y dejar sin prejuicio alguno que sus hijos jugaran con ustedes. Gente que te llena el alma y que te da fuerzas para seguir sabiendo que la tenés a tu lado.

El 17 de diciembre de 2013 fue el último acto y los egresados les entregaron la bandera a los nenes que se quedaban en el jardín; ese día fueron abanderados vos, hija, y tu hermano. Fue un honor y un reconocimiento a la lucha, a que lo lograste, a que todo se puede y que sos una nena como todas. Vos, Lulú, junto a Federico fueron abanderados uno por la bandera nacional y el otro por la bonaerense. Los felicito, estoy orgullosa de ustedes. De vos, Luana, mi princesa, mi nena diferente, mi nena trans, viste que todo se puede. Viste que no hay diferencias.

Luana: he escrito este libro pensando en vos, hija, en tu futuro y en dejarte algo que te ayude en los momentos en que dudes o no sepas qué hacer. Dejo este libro en tus manos para que veas cuánta gente te ama y qué importante fue tu lucha por ser quien sos hoy. Tu pasado de niño que no podés ignorar y tu presente, que cambió muchos pensamientos y que significó tanto. Que dejó un mensaje a quien quiso oír: “Uno es lo que desea ser”, nada más simple ni nada más cierto que eso. Escribí tu historia para vos, en cada página está tu lucha, lástima que por momentos fue muy dolorosa y con mucha angustia, pero no quería olvidarme los detalles que, con el tiempo, se iban a ir borrando, los diálogos que tuvimos y lo que cada uno aportó. Dejo este libro para que le sirva de ejemplo a quien lo necesite y si sirve tu testimonio, como me sirvió a mí aquel documental que vi, y en algún lugar hay un padre o una madre que lo lea y cambie su actitud con su hija o hijo mi alma está llena, mi lucha está completa porque no solo te ayudé a vos, sino que podemos con esta historia sacar quizás a un niño que se esconde debajo de la cama como lo hacías vos, o por ahí dejan de castigarlos. Que un niño o niña deje de sufrir sería maravilloso para mí porque sé que hay niños y niñas transexuales que esperan ser escuchados y esperan que los amen nada más, por eso creo que contando tu pesar y tu triunfo frente a todo, algún familiar cercano se dé cuenta y compare o simplemente se vean reflejados y puedan salvar la integridad de esos niños o niñas. La identidad no se puede

apagar en ningún ser humano. El respeto sobre todo y la libertad es un derecho que es obligación respetar. No se puede encerrar el sentir de una persona mucho tiempo pues en algún momento explota y nada lo detiene. Que este libro te llene de fuerzas y de orgullo y que ayude a otras familias, que vean que se puede, que hay una niña diferente que pudo ganar derechos, que fue al jardín, que practicó un deporte, estudió un idioma y salió al mundo vestida de nena con genitales masculinos y vive hoy una vida normal, que no hay nada de malo en ello y que un niño o niña trans puede obtener su Documento Nacional de Identidad con un simple trámite administrativo. Que la ley lo acompaña, lo protege y que hay muchas personas de buen corazón que los aceptan como lo hicieron con vos, que se puede perder el miedo y la vergüenza, y que gane el sentir. Y si no llega a ayudar a nadie, que quede la historia de la lucha de una nena de seis años que peleó contra todos durante cuatro años de su vida, lo crean o no, por ser escuchada y que no solo utilizó la voz para gritar "Yo no soy un nene, soy una nena", sino que expuso su alma y su cuerpo para pelear por lo que sentía y que intentó en su inocencia ser feliz ante todo. Tu historia, Lulú, va a quedar grabada a fuego para unos cuantos, para otros quedará como un tema que pasó, algo raro de creer y algunos ni se acordarán. Me alcanza con que haya cambiado tu propia vida y la de los que te rodeamos, nos dejaste una enseñanza enorme, a nosotros que somos grandes, a nosotros que pensábamos que las sabíamos todas, nos enseñaste a pelear por lo que uno quiere y a no doblegarse jamás. Sos grande, hija, sos especial y tu vida es un ejemplo de amor infinito.

Nos queda un largo camino por recorrer todavía, no todo se resume en tu DNI. Lo lograste y es muy importante, pero quedan tantas cosas con las que lidiar, tanto por recorrer y muchas situaciones que se van a ir presentando y con las que vamos a tener que luchar con sudor y lágrimas seguro. Con todo este movimiento, hubo mucha gente que tomó conciencia y que te apoyó, y muchos que están en contra, incluso enojados. La sociedad entera no cambió, y es con lo que vamos a pelear día a día. El próximo año te espera la primaria. Estás creciendo y dentro de poco, menos de tres años, empezarán nuestras visitas al endocrinólogo para prever tu desarrollo hormonal y poder, por medio de un tratamiento, frenar la testosterona para que no desarrolles un cuerpo de varón, y esperar a la mayoría de edad para ver un tratamiento con estrógenos y, si vos deseás, una futura operación de reasignación de sexo. ¿Demasiado, no? Un poco fuerte y el tiempo pasa volando; cuando me quiera acordar, vas a ser una señorita y espero que el avance de

la ciencia en estos temas de género te ayude a que tu cuerpo acompañe tu sentir. Me preocupa que tampoco haya antecedentes en esto, vas a ser la primera niña transexual en intentar que tu cuerpo se vea como el de una niña "normal". Todo lo que se ha hecho en tratamientos hormonales es en adolescentes ya desarrollados y en personas adultas en este país. Nuestra guía siempre vas a ser vos, nada se hará si no es tu deseo y seguiremos acompañadas de los mejores profesionales, de eso estoy muy segura. Nos seguirás guiando como hasta hoy y la ciencia te acompañará en tu deseo esta vez. Hoy tenés un DNI que refleja tu identidad, pero no olvidemos que tu cuerpo va a ir desarrollándose como varón y es ahí donde hay que batallar ahora. Tu adolescencia y todo lo que conlleva va a ser mucho más difícil que tener un DNI con tu nombre, ahí hubo leyes que te ayudaron, en tu cuerpo no las hay. Espero que tengas tu autoestima alta y estés bien parada para lo que se nos viene. Todo va a cambiar y va a ser muy difícil, tenelo presente, pero estamos acostumbradas a luchar, nada se nos hizo fácil, mamá está segura de que vas a ser tan valiente como hasta ahora.

Te esperan tus compañeritos, una nueva maestra, estar separada otra vez de tu hermanito y estarás solita para enfrentarlos. El jardín es otra cosa, ahí hay otra inocencia y los niños son más simples. No te voy a mentir, me da un poco de miedo pensar en los demás, los niños son muy crueles a veces y siempre en la primaria hay un pobre niño que sufre el acoso o la burla de los demás. No solo eso, van a compartir la escuela con niños más grandes. Ojalá no te toque a vos y si te toca, que te entre por un oído y te salga por el otro, siempre se sufre al crecer y esa etapa no la podés saltar, todos la viven, a todos los niños y niñas les cuesta, quizás a vos te cueste un poco más como todo lo que te tocó vivir. Pienso en que vas a enamorarte o se van a enamorar de vos y no puedo imaginar ni cómo va a ser ni de quién. Solo espero lo mejor y que sea sano para vos, no traumático. Y dejo de pensar porque no quiero desesperarme de antemano. Que venga lo que tenga que venir que acá estaremos para ponerle el pecho como siempre. Mamá seguirá escribiendo, la nueva etapa que te espera va a ser muy dura y quizás tengamos mucho más para contar, mucho más para dejar y algún otro triunfo para festejar. Todo lo que tengas que pasar lo pasaremos juntas, y si dejo un registro es para que sea útil, para que ayude. Estoy segura de que servirá. A unos más que a otros. Pero te puedo apostar que tu historia, Lulú, no termina acá.

¿Les puedo pedir un deseo a las hadas? Deseo… que seas feliz, que lo sigas intentando, que nunca te rindas, que jamás des un paso atrás, que lo-

gres ser fuerte, que te sientas libre, que te quieras mucho y que sigas siendo un ser tan lleno de luz porque el camino es oscuro y sos vos quien lo va a iluminar.

Te amo,

Mamá.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, que me enseñó que nada es imposible y que todo tiene solución. Por su amor infinito y su lucha que me sirvió de ejemplo siempre.

A mis hermanos y a mi familia, por apoyarme y acompañarme en toda mi vida, y más aún en los momentos en que los necesité. Gracias a ellos, nunca estuve sola. Ellos son mi fortaleza, los amo profundamente.

A mis amigas, hermanas del corazón que la vida puso en el camino para que sean nuestros ángeles de la guarda. Ellas saben quiénes son.

A la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), por habernos acompañado en esta lucha desde hace más de dos años. A César Cigliutti, un ejemplo, a Marcelo Suntheim, una gran persona, y a Pedro Paradiso Sotille, un grande. A todos ellos, ¡mil gracias!

A la coordinadora del área de salud de la CHA, licenciada Valeria Pavan, por estar al lado de mi hija con tanto amor y responsabilidad. Por ser una amiga cuando la necesité y por escuchar el deseo de Lulú. ¡Lo logramos, Valeria!

A la doctora Laura Saldivia Menajovsky, autora del recurso de reconsideración presentado al Registro Civil para obtener el DNI de Lulú.

Al doctor Adrián Helien, médico psiquiatra sexólogo especialista en transexuales, por su apoyo y colaboración. Su ayuda fue muy importante para mí.

Al doctor Alfredo Grande, médico psiquiatra director de Atico, cooperativa de trabajo en salud mental, por ser un excelente profesional y por comprometerse con esta historia y defender esta lucha.

A la licenciada Gabriela Gamboa, que acompaña a Lulú, y a la licenciada Diana Rebón, a quien tuve la suerte de conocer y que hoy acompaña a mi hijo Federico.

Al Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), por su apoyo.

A la Secretaría Nacional de la Niñez, la Adolescencia y la Familia (SENAF) y a quienes tuve el agrado de conocer personalmente: el secretario nacional Daniel Lerner, el doctor Martín Navarro, la doctora Marisol Burgués y la doctora Agostina Depiche. Gente que ama lo que hace y que fue de total importancia en la lucha por el DNI de Lulú.

A la señora presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, primero por haber impulsado una ley tan importante como la Ley de Identidad de Género y por recibir mi carta, la de una humilde ciudadana. Eso me hace creer más aún en mi país.

Al señor gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, por interceder en este asunto de manera inmediata y con tanta humanidad.

A los ministros Alberto Pérez, Juan Pablo Álvarez Echagüe y Carlos Gianella.

A Verónica, de La Fulana, por ser la primera que me escuchó, me dijo: “Dejala ser” y secó mis lágrimas.

A la directora y las docentes del primer jardín de Lulú, por aceptarla y dar el primer paso hacia la integración. Por ser las primeras en ver el cambio de mi hija.

A la directora del jardín en el que mis hijos encontraron su segunda casa, Cristina Pasam, y a sus docentes, en especial a Susana Juárez, la seño de Luana.

A Sabrina Gagliano, la profesora de patín artístico de Lulú, y a Luján, por habernos agarrado fuerte de la mano y abrazarnos cada vez que lo necesitamos.

A todas las personas que apoyaron y creyeron en el deseo de mi hija y respetaron sus derechos.

Especialmente a mis hijos, Luana y Federico, por ser mis dos amores, mis dos razones, por enseñarme cada día y darme fuerzas para seguir adelante.

A todos los que nos apoyaron sin siquiera conocernos.

Gracias a todos por ayudarme a luchar por el DNI de Lulú, por su identidad y por la dignidad de “ser”.

Este libro está dedicado a todas las personas diferentes, a los que sufren y sufrieron discriminación, rechazo y abandono y aun así siguieron adelante. A todos los que no bajaron los brazos ni a los golpes. A todos los que

pudieron decir “yo soy” pese a todo. Y a quienes les costó la vida el deseo de existir. Por los niños, que son el futuro, por que haya igualdad para todos. Sigamos luchando por un lugar en este mundo y por que todos podamos vivir en paz. Por el orgullo de ser quienes decidimos ser.

Gabriela
gabrielamamadelulu@hotmail.com

EPÍLOGO

Quizás la lectura de un epílogo refiere a la idea de un resumen, una conclusión o una nueva perspectiva que, desde el final del camino, pretenda iluminar el recorrido que el caminante hizo al escribir. Abandonemos esa esperanza en este epílogo, aunque no estemos cercanos a ningún círculo del infierno. Por el contrario, si un paraíso existe, sin dudas este libro nos habla de él. Escribí hace mucho: "Solo saben los que luchan". Saber no siempre es poder, pero arrima el bochín. La pregunta es qué saber interpela y contra qué es esa lucha. Gabriela, una de esas madres que Bertolt Brecht denominaría coraje, transporta una pesada carreta para defender los derechos de su hijo Manuel. Quizás el más fundante de todos los derechos que es el derecho al deseo. Desear ser lo que una y otra vez todos y todas dicen que no puede ser. Tardíamente, nuestra madre coraje aprenderá, por pura prepotencia de trabajo –como diría Arlt–, pero también por pura prepotencia amorosa, que estaba luchando por una nueva identidad de género para su hijo. La carreta es muy pero muy pesada porque está llena de los prejuicios, los cientificismos, los mandatos ancestrales, las culpas milenarias, los dolores y las vergüenzas más profundas. En esa carreta también tiene que transportar los temores propios y los errores propios y ajenos, consecuencia de los tratamientos iatrogénicos en salud mental. Terapias que fueron mucho peores que la inexistente enfermedad. "No te estaba sacando la ropa, yo sentía que te estaba arrancando la piel. […] Te castigamos e insistimos junto con la psicóloga en doblegarte y lo único que conseguimos con este método 'correctivo' fue verte totalmente infeliz". La ropa, la piel, es decir, el yo más primario. Nuestra madre coraje sabe, aunque aún no sabe que sabe, que hay un fundante que no puede ser arrasado y que contra viento, marea y crueles recomendaciones, ese fundante no dejará de insistir. Insiste porque existe,

no puede dejar de existir y solo se trata de escuchar. Escuchar la voz del deseo. Pero es pedirle demasiadas peras al olmo de una cultura represora que se especializa en bajar línea desde los pedestales de lo sagrado, de lo sabido, de lo naturalizado. “A ver, mirame, sos un nene, sacate esa remera”. La remera que era usada como improvisada pollera. Quien quiera oír que oiga, quien quiera pensar que piense. Los profesionales del arte de curar se han transformado en sacerdotes del arte de currar. Y el curro no es solamente económico, aunque también. Es curro científico y es curro político. El poder le gana la pulseada al saber y nuestra madre coraje se enfrentó a la impunidad de la corporación. “Subrayé las cosas puntuales mientras lloraba y con esas hojas me fui a ver a la licenciada que estaba haciendo que te destruyeras por el simple hecho de obligarte a ser quien no querías ser”. No puedo sentir ninguna simpatía por los colegas que invocan el nombre de Freud en vano. Después de todo, fue él quien nos enseñó a escuchar a los pacientes y a escuchar los sufrimientos que relataban. Nos enseñó a escuchar sin juzgar, sin sentenciar, sin castigar. De a poco, la madre coraje fue entendiendo, por su obstinación en escuchar y amar, que otro coraje se abría paso. Incontenible. “Soy una nena y me llamo Luana y si no me decís así, no te voy a hacer caso”. El coraje es contagioso. Una madre coraje que era empujada por una pequeña nena coraje. Luana sostenía con el cuerpo mucho de lo que nosotros pensábamos. Deseos y mandatos que luchan, a veces, con crueldad, siempre con violencia, para que podamos ser lo que queremos ser y no ser aquello que nos obligan a ser. Serás lo que debas ser y si no, no serás nada. Sentencia atribuida al Padre de la Patria, pero no por eso menos letal. Madre e hija coraje enseñan que serás lo que quieras ser porque si contrariás tu deseo, entonces, solo entonces, serás nada. “Obvio que todos los que estaban en el colectivo te miraban, un nene jugando con muñecas y la madre, que está al lado, no se las saca, qué espanto, ¿no?, pues a mí no me importaba la mirada del otro, es más, ni siquiera los conocíamos, lo que me importaba a mí era tu mirada, tus ojitos llenos de luz, tu alegría”. El coraje de mirar en los ojos la profundidad de una mirada deseante para descubrir aquello que la madre coraje no hubiera elegido descubrir. Descubrir en Manuel a Luana. Pero nadie puede elegir lo que va a descubrir. Quisiera expresar mi profunda implicación con los deseos de la madre coraje y de sus hijos. La mía y la del equipo psicoterapéutico que integramos en Atico Cooperativa con las licenciadas Gabriela Gamboa y Diana Rebón. Cuando Valeria Pavan nos pidió atención para una nena trans, resolvimos no dar nada por pensado,

sino dar todo por pensar. Decisión ética y científica de la que no damos ningún paso atrás. No se puede atender a un paciente desde la misma baldosa, pero mucho menos desde la vereda de enfrente. También hay una piel entre paciente y terapeuta. Puede ser desgarrada fácilmente. Y además, puede haber incompatibilidades insalvables. En la medicina clásica, había un lema rector: *primum non nocere*. Es decir, primero no hacer daño. Luego, si se puede, colaborar en el proceso de curación. Curar es cuidar y de eso se trata. La madre coraje cuidó el deseo de la nena coraje. Nosotros tratamos de cuidar ambos deseos cuidando también los nuestros. Sabemos que la especialidad de todos los mandatos es descuidar, degradar, corromper, castigar todos los deseos. Combate desigual: una nena trans, una madre coraje atacada con prejuicios anidados en escuelas, consultorios psicológicos y todas las familias que se consideran sexualmente correctas. Combate desi-gual en el que la neutralidad es complicidad con la cultura represora. Implicarse es acercarse al reprimido, al humillado, al pobre de espíritu, al pobre de cuerpo, y espalda con espalda, como el gaucho Martín Fierro con el sargento Cruz, darles pelea a todas las *patrullas militares*. Las patrullas de prejuicios y mandatos con su carga cruel de amenazas y castigos. No es poco el coraje que hace falta para enfrentarlo. "Lulú es una niña con pene, pero es una niña. Yo soy una mamá diferente por tener una hija trans. Y orgullosa estoy de esa diferencia". El orgullo es otro de los hechos malditos de la cultura represora. Cuando se presentó el libro *Adopción: la caída del prejuicio*, dije que el orgullo de ser gay no era por ser gay, sino por luchar para tener el derecho de serlo. La lucha de madre y nena coraje es esa misma lucha. Y este libro es el registro más implicado que se pueda encontrar. Porque nos va llevando cual hilo de Ariadna para encontrar los caminos elegidos para fugar del atroz minotauro de los baluartes culturales discriminadores y represores. Y el orgullo no es otra cosa que valorar lo que somos y lo que deseamos. Es una herramienta imprescindible para toda subjetividad liberada. La cultura represora busca la humillación permanente: "Obvio que todos los que estaban en el colectivo te miraban, un nene jugando con muñecas y la madre, que está al lado, no se las saca, qué espanto, ¿no?". Jugar con muñecas es solo para nenas… pero con la condición de que no tengan pene. Una mujer puede envidiar el pene, pero no puede osar tenerlo. El mandato biológico y el mandato cultural organizan una identidad por mandato. Los genitales, fuente de toda razón y justicia, determinan el sexo. Pero irrumpe otra identidad que denomino identidad por deseo. –"Mi penecito es nena. –¿Tu pene

es nena? –Sí, mi penecito es nena y está contenta". Luana está diciendo: "Este pene no soy yo". Más aún: "Soy nena con mi pene porque mi pene también es nena". Nunca escuché el relato de una batalla cultural sostenida por una nena de seis años. El mandato biológico cultural más inapelable fue arrasado por la convicción deseante de la nena coraje. Por eso este libro es la continuación de esa batalla por otros medios. Será leído y seguramente se repetirán las críticas, incluso las injurias. En otros tiempos, que nunca podemos estar seguros de que no volverán, este libro hubiera sido quemado. O directamente jamás publicado. Por eso, tenemos que sostener el deseo de la madre coraje y de su hija e hijo coraje leyendo este libro todas las veces que sea necesario. No solamente para entenderlo, sino fundamentalmente para quererlo. Porque es un nuevo libro de la "otra ley". Ley de la madre y ley de los hijos. Con un fundante que, para una cultura no represora, es inapelable: un deseo sostenido desde el cuerpo y desde los vínculos más entrañables. La familia de Luana tampoco dio un paso atrás. Creo que es una de las tantas razones por las cuales Luana se pudo enfrentar con centenares de imposiciones y agresiones. "Golpeaste el escritorio con una mano y le gritaste: Luana me llamo". Imagino a una nena de seis años golpeando el escritorio de un profesional burócrata para defender su nombre propio y no puedo ni quiero dejar de conmoverme. El nombre propio siempre lo elige alguien. Es, quizá, lo menos propio que tenemos. Pero Luana sí lo eligió y lo defendió con todo su deseo. Defenderlo es necesario, pero no es suficiente. Hay que inventar una matriz vincular para que los deseos no se contaminen con el veneno de la soledad. Matriz que comienza con la familia de origen y se prolonga en la familiaridad que se construye en el día a día. Familiaridad que incluye dos instituciones: la Comunidad Homosexual Argentina y la Cooperativa Atico. Un convenio marco de intercambio permanente lo registra. Estas matrices son necesarias para sostener la autoestima. El sentirse bien con lo que se hace y con lo que se quiere. Para Luana era vital construir un vínculo primario y entrañable con una muñeca. Y fue necesaria audacia y creatividad. "–¿Querés que mamá le haga un penecito a la muñeca? –Sí –gritaste, y comenzaste a saltar de alegría". La muñeca como espejo. Una de las formas de la identidad. La otra, el documento nacional. Espejos que reflejan sin deformar. Espejos que reflejan el ser verdadero y no la existencia por decreto de necesidad y urgencia de la cultura represora. "Pero te puedo apostar que tu historia, Lulú, no termina acá". Una vez más, la madre coraje tiene razón. La historia de nuestra pequeña Lulú, la nena coraje, ter-

minará y se prolongará en nosotros. Se continuará en todos los que lean este libro. Se sentirán mucho mejor cuando terminen la lectura. La salud es también aprender a compartir los deseos.

Alfredo Grande
Médico psiquiatra. Psicoanalista. Director clínico del Centro de Salud Mental Cooperativo Atico. Coordinador del equipo terapéutico, integrado por las licenciadas Gabriela Gamboa y Diana Rebón, que asiste a Gabriela Mansilla y a sus hijos.
aticocooperativa@aticocooperativa.com.ar